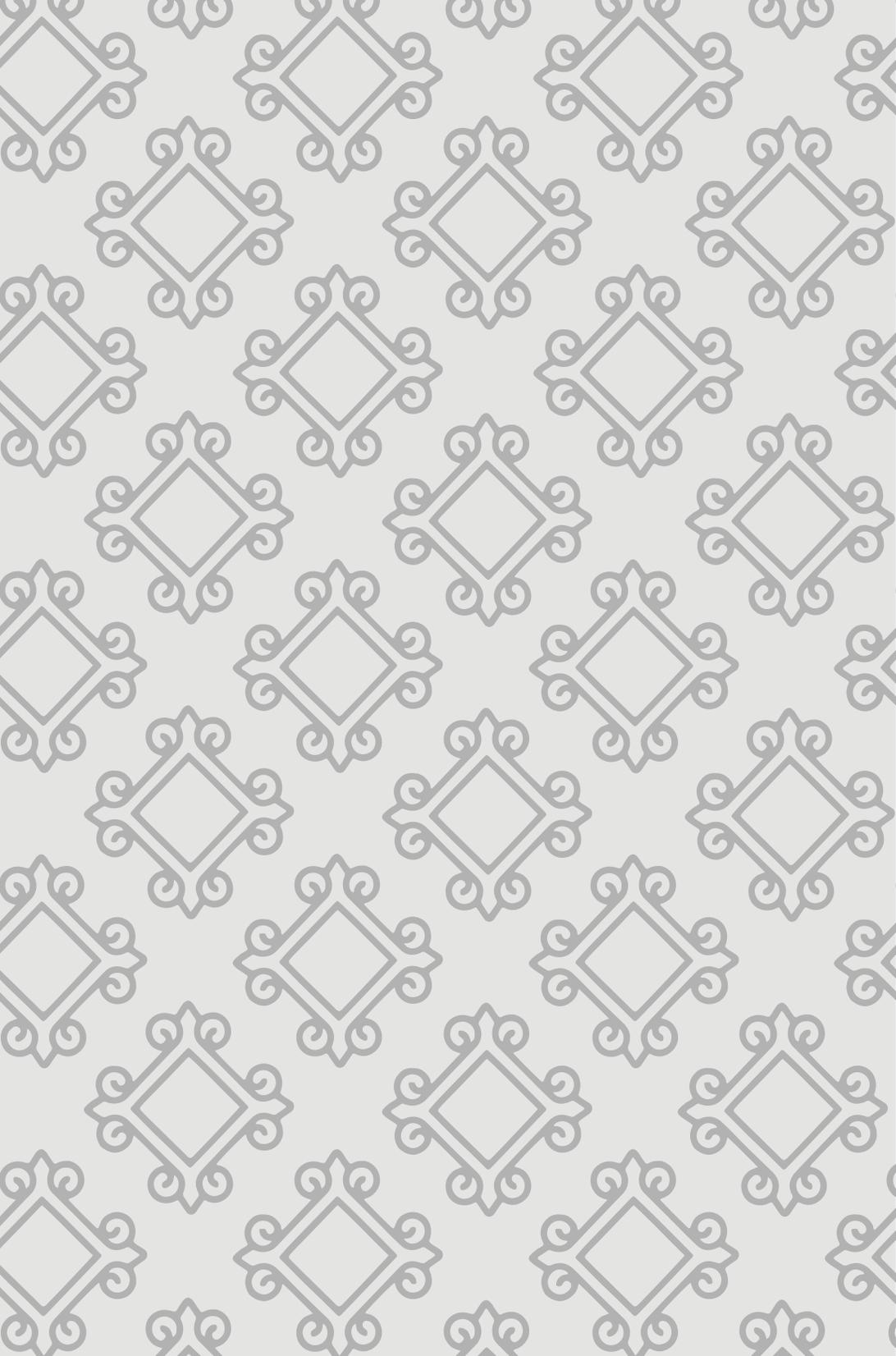


II

CONCURSO de
RELATOS

Ángel Sanz Briz

CEMENTERIO DE TORRERO



II
CONCURSO DE RELATOS
ÁNGEL SANZ BRIZ



CEMENTERIO DE TORRERO
2022





Noviembre, 2022.

© Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza. Cementerio de Torrero.

© Presentación institucional de Víctor Manuel Serrano Entío.

Coordinadora: Olga Larrubia Martínez.

Diseño de portada y maquetación: Fernando Sánchez Arribas.

Depósito legal: Z 1725-2022

Impresión: Gistel, S.L.

Impreso en España con papel con certificaciones.

FSC y PEFC (papel obtenido de bosques sostenibles).

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

II
CONCURSO DE RELATOS
ÁNGEL SANZ BRIZ



CEMENTERIO DE TORRERO
2022

ÁNGEL SANZ BRIZ, *IN MEMORIAM*

Coordinadora de esta edición:
Olga Larrubia Martínez

ÍNDICE



Presentación institucional	09
Acta del jurado	13
Primer Premio	17
Finalista	27
Accésits	35
Relatos seleccionados	73

PRESENTACIÓN INSTITUCIONAL



*“Después de todo, la muerte
es solo un síntoma de que hubo vida”*

Mario Benedetti

Los cementerios y la atmósfera que los envuelven han sido inspiración para infinidad de autores. En un cementerio tienen lugar inolvidables momentos de la literatura de todos los tiempos, como el trágico desenlace de “Romeo y Julieta” o más reales, como del desmayo de Zorrilla declamando versos en la despedida de Larra.

El Área de Urbanismo y Equipamientos del Ayuntamiento de Zaragoza continúa mejorando y dotando de contenido cultural al Cementerio de Torrero, más que un lugar de despedida y un nuevo modelo de gestión de cultura funeraria. Además de las rutas divulgativas para conocer más y mejor el cementerio, en este espacio tienen lugar conciertos, obras de teatro, monográficos fotográficos todo para facilitar a la ciudadanía un espacio cultural diverso y diferente.

En este 2022 se celebra el II Concurso de Relatos “Ángel Sanz Briz”, año en que se ha inaugurado un nuevo espacio para rendir homenaje a esta persona de nuestra historia de tan gran talla humana que merecía tener un lugar destacado dentro de nuestro cementerio. Desde enero descansa en una plaza rodeado de piedras, metáfora de cada una de las personas que hoy viven gracias a su valentía, porque como reza el proverbio hebreo en su tumba: “el que salva una vida es como si salvara un universo entero”.

Querría para terminar agradecer a todos participantes en este II Concurso cuyos textos han llegado desde todos los rincones del mundo y les animo a continuar escribiendo, buscando la musa entre vivos y muertos.

Víctor Manuel Serrano Entío
Consejero del Área de Urbanismo y Equipamientos

*“La vida de los muertos
está en la memoria de los vivos”*

Marco Tulio Cicerón

ACTA DEL JURADO



Reunido el Jurado compuesto por D. Rafael Artal Roy, D. Javier Vázquez Ezcurdia y Dña. Carmen Forga Capapey en representación del Área de Información al Ciudadano del Ayuntamiento de Zaragoza, han resuelto otorgar, al cumplirse todos los requisitos de la convocatoria, los PREMIOS DEL II CONCURSO DE RELATOS “ÁNGEL SANZ BRIZ” DEL CEMENTERIO DE TORRERO:

PRIMER PREMIO:

Lamento

José Luis Viejo Montesinos

Navalafuente, Madrid (España)

FINALISTA

Dónde estarán mis lentillas

Antonio García-Catalán Barchino

La Solana, Ciudad Real (España)

Dada la calidad de los relatos recibidos, el Jurado ha decidido otorgar cinco accésits a los siguientes participantes:

ACCÉSIT

La ciudad silente

José Ignacio Gaspar Escayola

Zaragoza (España)

ACCÉSIT

Los adioses marchan en ferrocarril

Alexis López Vidal

Valencia (España)

ACCÉSIT

Promesas rotas

Eva María Baos Ruiz

Abreña, Barcelona (España)

ACCÉSIT

Satair

Francisco Javier Orozco Valverde de León

León, Guanajuato (México)

ACCÉSIT

Sinfonía de la vida

Oscar Arias Rodríguez

Tarragona (España)

De los restantes epitafios presentados, el Jurado ha realizado una selección que se incluirá en la edición del libro.

Para que todo ello conste se firma el acta en Zaragoza a 14 de octubre de 2022.

Firmado:

Rafael Artal Roy

Javier Vázquez Ezcurdia

Carmen Forga Capapey

Estos relatos son obras de ficción que forma parte del acervo literario de varios países, así como el legado cultural de cada autor con el que ha querido participar en este concurso.

El jurado, consciente de tanta diversidad, exime al Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza de cualquier terminología o frases que pudieran, en su caso, herir la sensibilidad de lector, recordando una vez más que la literatura es ficción.



PRIMER PREMIO

JOSÉ LUIS VIEJO MONTESINOS

Navalafuente, Madrid (España)



LAMENTO



I. O DAGA O MAR

Viajaba como polizón en el Faraón, camuflado entre unas barricas de vino de Amalfi. Por la noche salía de mi escondrijo para robar pan, o tasajo, o lo que pudiera echarme a la boca. El agua, bien que pútrida o casi, me la suministraba una oportuna grieta en la tablazón de la cubierta, porque debía llover arriba, en el mundo de la luz y de las gaviotas, o eso pensaba; más tarde supe que apenas había llovido en la travesía, y que lo que rezumaba era el agua del baldeo. Compartía mi mansión con ratas pequeñas y ratas grandes; ratas medianas no vi, quizá porque las grandes esperaban a que creciesen las pequeñas para comérselas.

Mi acomodado crucero había comenzado en Nápoles, donde abordé con sigilo el bergantín marsellés, en mi desesperada huida de unos rufianes con los que había contraído una inaccesible deuda de juego por mi mala suerte, siempre mi mala suerte. O a lo mejor no era la suerte, sino aquellos malditos dados cargados con los que intenté engañar al Turco una tarde de tormenta junto a un albañal de Toledo, el barrio napolitano que ha sido mi hogar toda mi vida. A las tres empezó la timba. A

las cuatro había ganado diez ducados. A las cinco, cien, la bolsa entera del Turco, de su lugarteniente tuerto y de toda la banda. Y ahí debí retirarme o al menos cambiar los dados. Pero no, seguí, mientras el Turco iba enloqueciendo de codicia y de ira. Y se coge antes a un mentiroso que a un cojo. Me agarraron entre tres y me quitaron los dados, los machacaron con el puño de una daga y las placas de plomo que salieron de ellos me delataron. Con la misma daga, el Turco decidió hacer justicia napolitana, no sin antes rogarme amablemente que le devolviera los ducados. Diles a estos que me suelten un momento, que busque en los calzones – balbucí al Turco con un hilillo de voz.

Y dicho y hecho. Solté los ducados delante de aquellos rufianes y, aprovechando un instante de indecisión, emprendí una carrera cuesta abajo por el albañal. Casi sin resuello, pero gracias a mis piernas de avestruz y a mis dieciséis años, llegué al puerto antes que aquellos podencos, y salté al primer barco que encontré atracado, sin mirar bandera, gallardete ni nombre. Mis perseguidores no acertaron a determinar en cuál de los bergantines, goletas y chalupas surtos por allí me habría podido meter, y bufaban mientras revolvían cubas, cajas y sacos.

Suerte que nadie en el bergantín que me tocó advirtió mi precipitado abordaje, quizá por su ajetreada faena en la carga y estiba de las mercancías. A través de una escotilla por la que me había colado, me introduje en una lóbrega bodega llena de cubas que desprendían un aroma alcohólico, inequívoco anuncio de su embriagador contenido amalfitano. Acurrucado en un rincón escuchaba ruidos y voces inconcretas que unas veces parecían italiano de Nápoles, otras quizá siciliano y órdenes en recio francés. Al cabo de unas horas, unos chirridos, sin duda procedentes de las jarcias en movimiento, me anunciaron la inminente partida, confirmada poco después por el bamboleo del barco. En mi oscuro escondite me planteé el dilema: O daga o mar; y sin

dudarlo elegí el mar. Pero eso fue la primera vez, ahora ya estoy harto de barcos y naufragios, y ya dudo si no hubiera sido mejor la daga.

A los dos días, algo grave debió suceder en el mundo de la luz y las gaviotas, porque escuché voces lastimeras y un inusual trajín de pasos y órdenes. Desde mi húmeda hura apenas distinguía nombres, aunque uno sí que entendí con claridad, y fue la primera vez: Edmond Dantes.

II. ISMAEL

Cuando Ahab clavó el doblón de oro en el mástil yo estaba en la popa del Pequod. El rugido de las olas contra el casco del ballenero me impidió escuchar las voces del capitán convocándonos al terrorífico desafío. Fue el propio Ismael quien me puso al corriente de la oferta. Mucho me pareció el precio que pagaba Ahab por el simple avistamiento del leviatán blanco; cuando, unos meses más tarde, lanzamos los botes al mar a la caza de Moby Dick, pensé en una limosna.

Me había embarcado en Nantucket como Ismael y su amigo Queequeg. A pesar de mi juventud, yo ya había servido como grumete en un par de goletas, en el cabotaje de Nueva Inglaterra; pero aquel iba a ser mi primer viaje, llamemos, oceánico. Una mezcla de inconsciencia, idealismo y afán de gloria y fortuna me había impulsado a enrolarme, aun a sabiendas de la mala fama y el peor fario que envolvía aquel viaje. Había dejado a mi madre tan desconsolada como aliviada por mi despedida del hogar, una mísera granja rodeada de tierras pantanosas; seguía las huellas de mi padre, a quien se tragó el mar en un bacaladero, siendo yo tan niño, que ni me acuerdo. Nunca alcanzó la fortuna que también le había sido esquiva en la granja, y ahora, el hijo, emprendía la misma senda, quién sabe si con el mismo trágico destino. Pero las aventuras y las monedas que había atesorado en mis dos pri-

meros empleos me animaron a mí y mitigaron el desconsuelo de mi madre, que se desprendía de una boca y quizá ganara un lobo de mar. Eso pensaba yo, claro.

No fue sino al cabo de un mes embarcado cuando hablé por primera vez con Ismael. Él tampoco era arponero, pero, a diferencia de mí, sí quería serlo. Compartíamos la alegre ingenuidad de los pocos años, pero él era más ambicioso, quería recorrer el mundo, conocer otras tierras y otras gentes, y los deseos comenzaban a cumplirse al congeniar con el taciturno.

Queequeg, el indio Tashtego y el poderoso Dagoo. Yo solo quería alejarme de los pantanos.

El implacable novelista podría haberme desembarcado en el Cabo de Buena Esperanza, o transferido a alguno de los muchos balleneros que Ahab y el Pequod se van encontrando por los siete mares. También podría haberme permitido fabricar mi propio ataúd hermético, como hizo con el de Queequeg para que se salvase Ismael. Pero no. Un trágico destino me aguardaba. Pero no piense el lector que era la muerte. No. Algo peor, el olvido, la nada.

De nuevo en la irrelevancia. Un personaje existe en la irreal realidad de la ficción. Más aún, es inmortal en este limbo literario. Ahab, Queequeg, Tashego, Dagoo y todos los demás tripulantes del Pequod perecen, como Moby Dick, pero en realidad perviven tanto como Ismael, que sobrevive porque a Melville le parece bien, pero en el fondo todos lo hacen, y al final habitan en el mismo mundo que el propio Melville, finado, pero inmortal. ¿No podía el novelista haberme hecho un hueco en la inmortalidad también? Qué trabajo le costaba. Así, como estoy, quedo anónimo, irreconocible y humillado. Y eso como añadidura al mal de mar que tanto padezco; porque podría, dentro de su iniquidad, haberme imaginado en otro escenario, la aquietada capilla del padre Mapple, por ejemplo, total, para no acordarse finalmente de mí. Simplemente me imagina, incluso me dota de una incor-

pórea personalidad, y luego me borra. Tuve una segunda oportunidad cuando el padre Mapple-Orson Wells se sube al púlpito a narrar la desobediencia de Jonás; John Houston podría haberme hecho su hijo, y redimir a su atormentado padre de alguna manera (ni el guionista ni el director soy yo). Tampoco. Me arrastro entre las sombras a la espera de una imposible manumisión.

III. EL MANUSCRITO DE JUAN DE AGUIRRE

El mar, el mar. Reclamo, suplico, oh imposible lector, que me liberes del mar. Habito inauditos universos de ficciones de ficción, y siempre están empapados del húmedo salitre del océano. Pero la pastosa sensación fría de la sal no es la peor de mis desgracias; es ese mal de mar del que ya me quejé personalmente a Dantes, y no era nada aquella tormenta cerca de Génova. Luego vino otra vida, o sencillamente tuve conciencia de ella, y también para mi mal, cuando embarqué en el Pequoq camino a la perdición. La senda del infortunio me llevó inexorablemente también a conocer a Juan de Aguirre, el tío de Shanti Andía. Las inquietudes del guipuzcoano le llevan por todo el mundo en su fragata, pero ahí no me situó; es en el barco negrero de Juan de Aguirre donde me encuentro; mi doblemente ficticia peripecia me libra de que los ingleses que abordan El Dragón me lleven preso, porque antes ya había abandonado (precipitadamente) el barco. En las idas y venidas por la ruta de los esclavos hubo ocasiones de sobra de desembarcarme en Cuba o en la Costa del Oro, pero, como en el Faraón, mi sino era padecer en la bodega; al menos en el bergantín el embriagador efluvio de las barricas mitigaba, y cómo, las pestilencias de la sentina; pero en la urca holandesa la carga era sufriente carne humana, con sus hedores que, con todo, eran incomparablemente menores que la miseria moral en la que me hallaba, y de la que ni siquiera podría alardear, como Tristán de Ugarte, tanto el verdadero, como el falso, en la literaria épica de la crueldad, porque de mí solo sabes tú ahora; nadie preguntará a

Juan de Aguirre, ni a Shanti Andía por mí. Soy un fantasma químicamente puro, y mi sábana pulverizada se desvanece en el alisio de Cabo Verde.

En la maléfica ruta serví más de dos años y, como nadie reivindicará mi ser (y menos, por tanto, mis obras), tengo que aprovechar este resquicio que no sé quién provee, para reivindicarme como fantasma humanitario. Mis tareas, siendo variadas, se aplicaban mayormente al cuidado de la mercancía, como los lobos (mejor, hienas) de mar llamaban a los infelices engrillados que viajaban en la bodega. A la escasa ración de agua que me ordenaron les diera cada día, yo añadía subrepticios jarritos a quien me los demandaba en la universal lengua de los gestos; como hacía con las galletas y los mendrugos de pan; hasta unos escabeches de chicharro que robaba del almacén les allegaba a los más hambrientos, que también eran los más corpulentos, con la insoluble duda de si lo que hacía era justo o no, no tanto por contravenir las órdenes aumentando las raciones, sino por desdeñar a los prudentes y más flacos.

Un día, a la vista ya de las costas de Cuba, Tristán de Ugarte (así lo conocíamos) confirmó sus sospechas sobre las menguantes reservas de víveres, y los dedos de los negreros me señalaron a mí, quién si no, el que avituallaba a la mercancía; pero la acusación no quedó confirmada hasta que, delante de los africanos, sus miradas de gratitud se dirigieron a mí. El juicio inmediato determinó que había puesto en riesgo la vida de la tripulación, y esas ligerezas tenían la consideración de traición, delito sin duda capital. Los más crueles, y nostálgicos de los viejos piratas, proponían pasarme por la quilla, pero el también humanitario Tristán de Ugarte los convenció para que dejaran que el verdugo fueran los arrecifes, y me tiraron por la borda con la salvífica compañía de un corcho grande. Otra vez mis piernas de avestruz y mi juventud me ayudaron a escapar de la muerte, y a duras penas alcancé la laguna coralina.

Este podría ser el comienzo de una magnífica novela, en la que fuera el fundador de un movimiento de liberación de los esclavos cubanos, o el cruel propietario de un ingenio azucarero que se encuentra años después con algunos africanos a los que calmó la sed. Etcétera.

Como siempre, nada de esto sucedió, ni se escribió que sucediera. El falso Tristán de Ugarte, vuelto a Juan de Aguirre, omitió toda referencia a mí. Cómo se lo voy a reprochar entonces a Baroja.

IV. DAVID

No nací en Blunderstone, como David Copperfield, pero sí en una parroquia cercana, también en Suffolk, pero como al parecer no puedo existir, ni tan siquiera como sombra de una sombra, omitiré el nombre, no fuera a ocurrírsele a alguien indagar por allí y corroborar la impostura. Esto no les sucede a las innumerables rutas literarias que por el mundo se han extendido. Mucha gente acude a apuntarse a la ruta del Tercer Hombre en Viena, e incluso algunos seguro que echan de menos a Harry Lane en las alcantarillas. Los turistas de la ruta del Quijote comen menús muy apañados de precio en la Venta del Quijote en Puerto Lápice; incluso hay quien, sin ser turista, visita la perdida Venta de la Inés, en el Valle de Alcudia, bien de interés cultural, y que Cervantes menciona en Rinconete y Cortadillo. Viena, Puerto Lápice, el Valle de Alcudia, la Lisboa de Pessoa tienen otra vida al margen (aunque a consecuencia) de una ficción que se vuelve cada vez más real. Pero de ese privilegio de la inmortalidad contagiosa no disfruto, y mucho menos la humilde granja donde nací por las mismas fechas que David.

A pesar de ser paisanos, no conocí a David hasta que ambos entrábamos en la juventud, y él vivía con su tía abuela Betsy Trotwood. Por razones que no son del caso, y aunque lo fueran ya

les digo que daría lo mismo, compartí las enseñanzas del abogado, el bueno de Mr. Wickfield, de cuya hija Agnes, como David, también me enamoré. Fueron meses de doliente pugna entre la amistad que profesaba con el huérfano Copperfield y el no declarado amor por Agnes. En mis ensoñaciones de entonces, y aún las de ahora en este limbo, me imaginaba como un futuro abogado influyente, con chistera y reloj de oro, quizá miembro del Parlamento, o respetado vicegobernador de algún ignoto lugar de la India. Y me consolaba con que David asumiría su derrota y encontraría el amor en otra parte. En la buhardilla en la que vivía en Canterbury soñaba (¿o realmente recordaba?) con otras vidas; vidas de marino, y agradecía haber dejado atrás el mugriento salitre del Faraón, las temibles borrascas del Cabo de Hornos a bordo del Pequoq, o el indescriptible olor del sudor de los esclavos a bordo del Dragón. Algo había conseguido; al menos en este insondable territorio del no lugar no sufriría el mal de mar, las náuseas físicas y morales de esas vidas. ¿Sería verdad que Alguien me escuchaba? Era la primera vez que se me concedía un deseo, y no me quejaré, aunque sea tan nimio, en comparación, se entiende, como vivir abuhardillado, y no enclaustrado en una bodega maloliente y oscilante.

Sin embargo, mis intentos seguían siendo vanos. La gloria sería para David, su tía abuela, Pegotty, Agnes y el abogado Wickfield, y la gente pasará expresamente por Blunderstone para visitar la irrealidad de la parroquia donde nació David Copperfield. Como estoy hecho a la idea, no he mencionado mi aldea natal, ni me quejaré más. Tendré que volverme más humilde, agradecer que paso mis días en Canterbury como abogado local, no muy rico, pero acomodado, algo envidioso, eso sí, de cuán épica habría sido mi vida si Dumas, Neville, Baroja o Dickens me hubieran prestado un poco de atención, el personaje no-personaje del que nadie se acuerda, al que nadie dedica la menor empatía.



FINALISTA

ANTONIO GARCÍA-CATALÁN BARCHINO

La Solana, Ciudad Real (España)



DÓNDE ESTARÁN MIS LENTILLAS



Todo comenzó cuando Nicolás contrató un seguro de vida con una compañía finlandesa que nadie conocía. Al cabo de unos días, recibió una llamada de la aseguradora comunicándole que, después de los últimos recuentos y comprobaciones, él era el cliente un millón. Y para celebrar semejante acontecimiento le obsequiaban con un viaje a Finlandia para dos personas, con todos los gastos pagados. Y Nicolás, generoso, me invitó a acompañarle confesándome que era su mejor amigo.

Así, un buen día de noviembre embarcamos rumbo a Helsinki envueltos en una terrible tormenta que sacudía, como si de una coctelera se tratara, la bañera volante que nos transportaba en su vientre. Pero, a pesar de las vapuleantes inclemencias meteorológicas, Nicolás estaba feliz y celebraba, con su risa estridente, sus propios chistes que nadie en el avión entendía. Unos porque no hablaban español y otros porque no les veíamos la gracia.

Cuando el piloto nos informó que sobrevolábamos Holanda, Nicolás quiso ver los tulipanes. Queriendo contemplar los famosos campos multicolores, que tantas veces había visto en

los documentales de la dos, se me echó encima. Y yo, arrastrado por su corpulencia, me hundí en las gelatinosas carnes de la señora sentada al lado de la ventanilla: una finlandesa robusta, rubicunda y de olor agrio. El encontronazo hizo que mis lentillas y mi crucecita de oro, que llevaba colgada desde que hice la primera comunión, cayeran en las profundidades de su escote pecoso, abundante y sudoroso.

Cuando Nicolás se convenció de que a esa altura no se verían los tulipanes, volvió a su asiento. Y yo, tras una torpe disculpa, le planteé a la vecina el escabroso tema de rescatar mis lentillas y mi crucecita. Como no hablaba finlandés y mi inglés era más escueto que el hueco de los asientos low cost, pedí ayuda a Nicolás. Este se dirigió a la nórdica y, con su inglés poligone-ro, le solicitó poder meter su manaza peluda en el escote para rebuscar. Ella no comprendió ni una palabra, pero los gestos de Nicolás y la proximidad de sus manos delataban claramente sus intenciones. Entonces, la mujer gritó y las azafatas acudieron en masa. Entendí que la mujer quería poner una denuncia contra Nicolás y él contraatacó exigiendo que se desnudara para encontrar las lentillas y la crucecita. Advirtió que, si no se realizaba inmediatamente la búsqueda, su seguro pondría los medios necesarios para recuperar mis pertenencias. Incluso amenazó con demandarla por apropiación indebida, enriquecimiento ilícito y falta de empatía. Esto último, después de contar una lacrimógena mentira sobre el origen de mi crucecita de oro, que supuestamente me había entregado mi abuela en su lecho de muerte, entre estertores mortales y consejos vitales. Al final, Nicolás fue recluido durante el resto del viaje en uno de los baños de la tripulación.

Cuando aterrizamos en Helsinki, y antes de que nadie bajara del avión, subió la policía y se llevó esposado a Nicolás. Yo, en cuanto pisé tierra, me encontré con un emisario de la aseguradora finlandesa que me comunicó que nuestro viaje se

había cancelado y que nos olvidásemos de hoteles, excursiones a Laponia, saunas y auroras boreales. También me informó de la comisaría dónde se encontraba Nicolás, a la que pude llegar gracias a la milagrosa colaboración de un taxista croata que hablaba más español que yo inglés o finlandés. Ya en la comisaría, conseguí enterarme que Nicolás estaba detenido por acoso e intento de agresión y que al día siguiente se celebraría un juicio rápido que decidiría su futuro.

Gracias también al taxista croata pude asistir al juicio, que fue efectivamente rápido además de puntual. Estábamos citados a las 11:52 de la mañana, hora exacta a la que comenzó la vista. A las 12:07 ya teníamos una copia de la sentencia. Y Nicolás ingresó a las 13:41 en una cárcel de nombre impronunciable para un periodo de treinta y nueve días y siete horas.

Mi visado de turista y mi economía no me permitían quedarme en Finlandia treinta y nueve días y siete horas. Por eso le pedí a mi taxista croata que me llevara a la cárcel para despedirme de Nicolás. Al solicitar la visita, me preguntaron si quería ventanilla o habitación y, ante mis dudas, el taxista croata me sugirió que, si solo quería hablar con él, mejor pidiera ventanilla. Y allí, a través de un cristal, me despedí de Nicolás, rogándole que me avisara cuando lo soltaran.

Sin embargo, Nicolás no llamó hasta pasados cuarenta y seis días, poco antes de Navidad.

— ¿Por qué no has llamado antes? ¿Te han alargado la condena? ¿Ya estás en España?

— No. Sigo en Finlandia. Es que... verás... me he casado.

— ¿Qué? —grité—. Pero ¿con quién te has casado? Si tú no conoces a nadie en Finlandia. Y en la cárcel no creo que...

— Pues ha sido en la cárcel...

— ¿Qué? —volví a gritar mucho más fuerte.

— Me he casado con Anilkka.

— ¿Con quién?

— Con Anilkka. Tú la conoces.

— ¡Yo qué la voy a conocer!

— ¡Que sí!

— ¡Que no! Yo, en Finlandia, sólo conozco a Djez Mraz, mi taxista-guía-intérprete croata.

— Anilkka es la mujer del avión.

— ¿La que espachurramos? ¿La que te denunció por meterle mano?

— Para recuperar tus lentillas y tu crucecita, recuérdalo. Unos días después de ingresar en la cárcel comenzó a visitarme. Sentía remordimiento porque había entendido que yo no quería agredirla. Y comenzamos a hablar. Y a conocernos. Y un día me dio la sorpresa: pidió habitación para la visita y ahí todo surgió, culminó, cristalizó. Cuando salí, al final de la condena, estaba esperándome y nos casamos a los dos días.

— ¿Así, tan rápido?

— Tenía cuatro días para abandonar el país... o regularizar mi situación.

— ¿Y vas y te casas? Podías haberte venido a España sin regularizar nada.

— Claro, pero nos hemos casado porque nos queremos.

— Ya. ¿Y vas... vais a venir para Navidad?

— No puedo salir de Finlandia en dos años, para asegurar que el matrimonio no ha sido de conveniencia. Y, además, en Navidad es difícil, porque Anilkka... tiene mucho jaleo.

— ¿Es que trabaja en Amazon? —intenté bromear.

— No, aunque... Sé que no te lo vas a creer, pero tengo que contártelo. Verás, sabes que Finlandia es el país de Papá Noel... Pues verás... es que... Anilkka...

— ¡No! ¡Anilkka es la mujer de Papá Noel!

— No.

— No, claro. Si fuera la mujer de Papá Noel no te podrías haber casado con ella.

Salvo que se hubieran divorciado y entonces sería la ex...

— Que no. Escucha. ¡Anilkka es Papá Noel!

— ... —callé esperando que descubriera la broma.

— Sabía que no te lo ibas a creer —continuó delirando—. No puedo explicarte más porque hasta que no llegue Nochebuena no sabré exactamente cómo funciona esto. Pero... ¡Ella se convierte en Papá Noel!

— ¿Es un travesti?

— No. Simplemente Papá Noel es una mujer y yo me he casado con él... con ella. Y me dice que mire debajo del árbol esta Navidad.

Yo estaba convencido de que Nicolás se había vuelto loco. Casado con Papá Noel. ¡Qué disparate! Pero al levantarme el día de Navidad, debajo del árbol, descubrí un regalo con mi nombre que no debería estar allí. Lo abrí y encontré mi crucecita de oro de la primera comunión. Con su cadena, con su fecha grabada

y con la muesca que le hice cuando quise cortarle un trozo, sin conseguirlo, para convencer a mi padre de que había encontrado una pepita de oro en el río. También había una nota:

Feliz Navidad. Ahí tienes tu regalo. Aunque Papá Noel es mágico, hay cosas imposibles. Las lentillas se desintegraron. Anilkka tiene un sudor fuerte, pero no se lo digas porque lo negará. La cruz ha sobrevivido a la corrosión porque es de oro. Un abrazo. Nicolás Santos y Anilkka Joulupukin.

Desde entonces, todas las navidades, bajo el árbol aparece un regalo que no debería estar ahí. Y me acuerdo de mi crucecita de oro, que no me he vuelto a poner. La saco de su estuche y la limpio compulsivamente con Sidol, consiguiendo olvidar dónde se perdió, quedándome sólo con el recuerdo de cómo la recuperé.



ACCÉSIT

JOSÉ IGNACIO GASPAR ESCAYOLA

Zaragoza (España)



LA CIUDAD SILENTE



Cuando iba al cementerio el día de los difuntos, después del ritual de cumplir con los suyos le gustaba quedarse solo para dar una caminata por esa ciudad de calles silenciosas. Si el motivo era una muerte reciente, se fundía en la comitiva de quienes habían sufrido la pérdida, pero después daba su paseo.

Esta vez la visita es por un motivo diferente. Tiene que poner orden en su vida. Desde hace meses, su pecho es una olla a presión y sus nervios una red llena de nudos. Quiere estar tranquilo, lejos del bullicio. Al cruzar la puerta, aparece la avenida principal, flanqueada por una hilera de lápidas custodiadas por cipreses. «Edificios entre rascacielos» piensa. «Como la gran manzana». Camina despacio mientras contempla las sepulturas que se suceden a ambos lados. Unas, cabeceras de fosas cavadas en la tierra, emergen desde el suelo. Otras rematan pesadas losas sobre tumbas como túmulos.

En su paseo se cruza con una abuela sentada sobre un sepulcro. Tiene las manos enlazadas sujetándose las rodillas. Está sola, aunque no parece triste; al contrario, su rostro es de alegría. Sigue su camino, pero la curiosidad le hace girarse y su

mirada se encuentra con la de la anciana, que le sonríe. «Sí, está alegre» musita. Le devuelve la sonrisa y es consciente de que le ha desaparecido la garra que le estrujaba el estómago desde hacía semanas.

Continúa hacia adelante. Tiene la sensación de estar en una ciudad llena de vida. «Qué ironía» piensa. Pero la tristeza en los ojos de visitantes solitarios que acarician con sus dedos nombres y fotografías le hace abandonar ese pensamiento.

Todo es contraste. Mármol y piedra. Lujo y contención. Cuidado fervoroso y abandono. Fulgores de limpieza y suciedad acumulada. Nombres relucientes y otros surcados por grietas que los hacían inteligibles.

Lleva un rato perdido. De repente, como si una mano invisible tirase de él, se gira. Allí sigue la anciana. Parece esperar algo o a alguien. La saluda con un ligero inclinar de cabeza, le dedica una sonrisa y es consciente de que esa mañana ha sonreído más que en los seis últimos meses.

Sigue su ruta. Ve terrenos delicadamente cuidados en algunas tumbas, al lado de otras entre bancales de tierra cuarteada por hierbajos. Flores frescas y ramos de plástico.

Irreconocibles fotografías de color sepia junto a claridades de otras recién sacadas.

Recuerdo vivo y abandono absoluto.

—¿Qué te pasa, hijo?

Una voz de mujer parece dirigirse a él. No procede de ningún lugar en concreto.

Mira hacia todos los lados, pero no ve a nadie. La voz tiene un eco familiar.

—Estás preocupado, lo veo en tu cara.

Otra vez la misma voz. No se mueve. Se restriega los ojos con las manos y acomoda la vista.

—Estoy aquí, mírame.

Su primera intención es salir corriendo porque, aunque no tiene sentido, está asustado. Entonces ve de nuevo a la anciana, sentada en una tumba a solo un par de metros de él.

—Siéntate a mi lado; te esperaba —dice— ¿Te das cuenta de lo bello que es esto?

Cierra la boca, anda, que te va a entrar una mosca, que por aquí no faltan.

Ella lo mira con ternura y lo trata como si fuese un niño pequeño.

—Yo no diría bello; curioso sí, pero bello... —responde.

—No digas tonterías y abre bien los ojos. No te limites a mirar, ve, tienes que verlo todo, lo evidente y lo que se esconde ¿Acaso puedes asistir a un espectáculo así todos los días?

—No sé a qué se refiere.

—¿Donde tú vives hay árboles alineados como un disciplinado ejército de gigantes? ¿Las casas están tan hermosamente decoradas? ¿El aire es limpio en la calle? ¿Puedes disfrutar de este silencio? ¿De verdad que en la ciudad de los vivos has sentido esta paz?

—No pretenderá decirme que está mejor aquí que en su casa.

—Mi casa —suspira la anciana—. No te quiero engañar, solo enseñarte a mirar de una forma diferente. Aquí estoy, sola, desde hace tiempo. Pero soy feliz.

—Está riéndose de mí, ¿no?

—Ya te he dicho que soy feliz, y quiero que tú lo seas. También soy muy rica, porque cada mañana los cipreses me saludan mecidos por el viento y los pájaros que los habitan me despiertan con alegría. Rica, porque a veces llegan niños que juegan al escondite tras las paredes de mi estancia. Rica, porque de vez en cuando aparecen personas que, sin conocerme de nada, limpian mi casa y cuidan mi jardín; algunas hasta colocan flores. Rica, porque soy testigo del amor que algunos todavía sienten por sus seres queridos y ausentes. Rica porque...

—Pare, pare.

—Oye, ¿crees que estoy muerta?

—Le estoy viendo y estoy hablando con usted, así que no entiendo a qué viene eso. —Claro, me ves. Es bueno porque significa que tienes los ojos abiertos a la belleza que te he señalado y, sobretodo, a redescubrir y valorar la vida. La vida de tu familia, la de tus amigos y la tuya. Tu vida, tus obras, tu tránsito. La vida. Es un tesoro. No necesitas más.

Una pareja de pájaros vuela de un ciprés a otro en un pequeño caos de música, aire y plumas. Él gira la cabeza. Cuando vuelve la vista la anciana ha desaparecido y hay una rosa roja sobre la tumba. La coge y se encamina hacia la salida. Despacio. Va despidiéndose de los cipreses, de los pájaros, de la tierra, del mármol, de la piedra, de las fotografías, del aire y del silencio.

Cuando al principio de la mañana ha visto por primera vez a la anciana, ha creído que el miedo tapizaba la caja sobre la que se sentaba y ese mismo miedo lo ha invadido a él.

Ahora, se descubre riendo. La ciudad silente le ha devuelto la felicidad.



ACCÉSIT

ALEXIS LÓPEZ VIDAL

Valencia (España)



LOS ADIOSES MARCHAN EN FERROCARRIL



La vida nos llamaba. Recuérdalo. Una mano rozaba
nuestra piel goteante de sal y de ternura, [...]

Una fecha junto al mar, **Manuel Álvarez Ortega**

Mi infancia transcurrió en un piso amplio como una nación en miniatura, con suelos de madera noble, figurillas de porcelana china sobre la repisa de una señorial chimenea y tata importada de un pueblo de la provincia de Soria. La tata Filo, diminutivo de Filomena y advertencia fidedigna de los tajos capaces de su lengua, había traído consigo un denso y nutritivo recetario de cocina compendiado en su sistema límbico; al requerimiento del origen de tal o cual plato se encogía de hombros y respondía que eso son cosas que se saben en el pueblo. De ese pueblo, y pareja a la receta de los torreznos, aprehendió también una filosofía decapada, carente del vértigo y el ánimo de trascendencia de otras corrientes de pensamiento, hecha a la vida cotidiana y tan simple y útil como un dedal de costura.

—Los adioses marchan en ferrocarril —refirió un día, afanada en pelar patatas en largas mondas como serpentinas,

después de que hiciera yo tintinear mi preciado botín de canicas en el interior de una bolsita de tela y me despidiera informándome de la intención de andar a las calles a batirme en duelo.

—¿Eso cómo puede ser, Filo? —pregunté, quizá enarcando las cejas o ladeando la cabeza o acallando el tintineo de las canicas.

Filo dejó caer con delicadeza una patata pulcra de piel en el agua de la olla a presión, como aviando al alimento para convertirse en un tubérculo de provecho, que era un poco lo que hacía con todos nosotros, me miró un instante en silencio y se explicó:

—A los adioses les cuesta arrancarse de la boca como a los ferrocarriles de las estaciones, pero una vez dichos son graves y aparatosos como esas máquinas. Y a veces son tan definitivos, niño —añadió acariciando las junturas aún tiernas de mi cráneo—, que no hay vía de retorno.

Ciudad Gris, 1987

Recuerdo el primer día en el instituto de bachillerato como la estampita de un santo con la lente movida, con el mismo deje de silencio curado entre los muros de una ermita y una óptica torpe para captar todos los matices del martirio. Chavales de bigotillo hirsuto jineteando bicicletas aparcaban frente al recinto como en un abrevadero y las dejaban pacer con un candado encordado entre los radios de las ruedas; muchachitas aromadas de perfume dulzón y cabello recogido con lazos de algodón sonreían en el desperezo de la mañana, como si de la vida supieran más de lo que delataba el blancor de sus dientes. Besé la mejilla rasurada con pulcritud de mi padre y musité alguna palabra en el farfullar ininteligible de los adolescentes, ese gali-

matías que la sesera en cocción emplea para responder a todo y aclarar menos que nada. El hombre me sonrió como si viera a un mochuelo desmañado abandonar el nido y supiera inevitable el cataclismo, pero uno pequeño, sin repercusión perdurable para mis alas. Apuré el paso, me interné por un pasillo con la maestría de un recortador y ocupé una silla al fondo de la clase junto a un crío esmirriado y pálido de ojos enormes y azules como dos mares gemelos separados por la nariz aguileña.

—Hola —saludé con un hilillo de voz, porque de Filo había aprendido que los adioses marchan en ferrocarril pero de aquellas cuatro letras no estaba seguro del medio de locomoción que empleaban.

Antes siquiera de que el chaval tuviera tiempo de cavilar una respuesta, apropiada a su ánimo de entablar una conversación o ignorarme, o incluso de que el medio de transporte de mi saludo concluyera el itinerario previsto, un energúmeno surgió tras el muchacho propinándole una colleja desgraciada, sin humor, tan rebosante de desprecio que nos colmó y se esparció por la pequeñez del aula saturada de vaharadas y axilas húmedas y me retorció el estómago. Aunque el insulto que la siguió, macerado de una bilis vieja, sobrepasó la ignominia del sopapo:

—Maricona.

El muchacho me dedicó una mirada lánguida con sus ojos de aguamarina, de animal sometido a su sino en el matadero, cuando todavía reverberaban las risotadas del otro en torno al entrelazamiento de nuestras pupilas. Se llamaba Lucas Salmerón Mediavilla, nombre al que correspondió con el enclenque brazo en alto cuando el profesor, en ese primer día atesorado en la memoria, dio cuenta de la asistencia a clase para estimar la magnitud del rebaño.

Lucas era un crío espabilado, con un talento aguzado para la ironía y unas dotes innatas para el dibujo de las que daban cuenta las páginas resobadas de un cuaderno. A mí me dio la impresión de que quería conformar el mundo a una hechura más tolerable, menos feroz para con sus modales suaves y el amaneramiento natural que desprendían sus gestos y de que, no hallando rastro alguno de ese mundo ambicionado en la compleción de sus días, trataba de alcanzarlo por medio de un lapicero en el horizonte del papel. Sufrió acoso desde hacía tanto que era incapaz de ubicar en el imaginario de los ayeres la primera afrenta que cayera a plomo sobre sus hombros. Por un instante breve, de limitada confianza en la bondad humana, creyó que hallaría un trato distinto al subir el peldaño que le separaba del colegio de barrio al instituto en la periferia arbolada. Por el contrario, los insultos y los desprecios fueron semejantes, comunes en el arsenal de la barbarie que soportaba, como si a lo largo y ancho de la ciudad, en diferentes crujías adoquinadas de columpios y toboganes, próximas a las tablas de multiplicar y a la sintaxis de la lengua, se aprendiera una forma concreta de insultar al diferente.

En cuanto a mí, la tentación de menospreciar a Lucas se curó con premura por la indulgencia del envés caloso de la mano de Filo.

—¿Has hecho amigos en el instituto? —me preguntó desde su altar de patatas peladas y agua en ebullición.

—Sí —respondí, parado sobre el damero de baldosas de la cocina —. Lucas, un mariquita.

La tata se giró despacio articulada por un eje invisible, inclinándose, llevando su aliento de palabras rumiadas y café con leche sobre mi frente, y me granjeó un bofetón rotundo.

Retrocedí aturdido y contuve como pude un llanto que se me escapaba en lagrimitas medrosas.

—¿Qué he hecho? —pregunté, entre la indignación y el bochorno.

—Ser un imbécil, niño. Y de eso no quiero en esta casa —respondió volviendo a sus patatas.

—¿Quién te ha dicho que podías pegarme? —insistí, levantando la voz.

Filo se encogió de hombros y respondió que eso son cosas que se saben en el pueblo.

A fuerza de arrancarle páginas al calendario, Lucas y yo forjamos una amistad sincera, cuajada por el reconocimiento de su alma íntegra a pesar de los constantes golpes, de su humor resistiendo a flote a lomos del escarnio sufrido. Querría decir que mi cercanía contribuyó a amortiguar la almáciga de las vejaciones en su espalda, pero debería ser yo otro alfeñique a ojos de esos gérmenes de hombre que se solazaban amedrentando a un chiquillo al margen del concepto advertido de lo que, en sus tardas cabezas, debía ser eso mismo, un hombre.

Protesté en las primeras ocasiones que su acoso rondó cerca de mi puerta, con la ferocidad inocua del mochuelo desmañado, y no conseguí más que el excedente de las burlas y los golpes. Lucas me hizo jurar que me apartaría de las embestidas y que callaría la inquina de los otros sin denunciarla a nadie, temeroso de la reacción de sus padres si la situación se abría a un conocimiento menos reservado. Como si la vergüenza les hubiera entrado en el salón y temieran que pintara su nombre, en letras rojas, en la misma puerta.

Los profesores, por otro lado, en su mayoría reliquias de un tiempo pretérito que aún medraban con sigilo por entre las

aulas balsámicas de tiza y bocadillo de salchichón, desatendían el asunto con la indiferencia de quien se percata de que llovizna sobre el coche recién lavado; resulta molesto, pero no puede uno luchar contra la naturaleza. Que pegaran al desviado, como se referían a él conversando aupados en su mezquindad moral, era lo normal. A ojos de Lucas, retirarme del frente de batalla era su manera de proteger nuestra amistad.

Al acabar el curso mi padre nos anunció que la entidad bancaria para la que trabajaba le había ofrecido un ascenso y que este cargo conllevaría un traslado a la capital de provincia. La familia se mudaba a otra nación en miniatura con suelos de madera noble. De inmediato pensé en el muchacho de ojos azules y gesto melancólico, como si mis pensamientos se hubieran mondado como las patatas de Filo y se aguzaran para pensar en lo que de verdad es importante en nuestras vidas. El verano que siguió a aquella revelación, un estío caluroso de calas escondidas y sonrisas cómplices, me regaló a un Lucas desconocido, libre de las cadenas del oprobio, un delgado señor del mundo.

Recuerdo, como el primer día en un instituto de bachillerato, como los juegos infantiles de canica y columpio, la tarde en que me despedí de él: sus brazos de palo abrazándome, presto a seguir soportando los golpes por todos los demás.

Recuerdo a la tata Filo, ahogando mi llanto en su pecho generoso y sus manos encallecidas acariciando mi cráneo, y su voz aprehendida en el pueblo diciendo:

—Los adioses marchan en ferrocarril, niño.



ACCÉSIT

EVA MARÍA BAOS RUIZ

Abdera, Barcelona (Espanya)



PROMESAS ROTAS



La tarde avanza con su cortejo de luces y neblinas coronando de reflejos dorados los llanos, sembrando de sombras frescas los campos. Mujeres de todas las edades, sentadas en sillas bajas de enea frente a las puertas de sus casas o formando corrillos en los patios interiores, concentradas en sus labores hacen bailar los bolillos: vueltas y entrecruzamientos imposibles sobre la almohadilla. Bajo el último destello del día, cantan coplas populares al ritmo del concierto producido al chocar entre ellos los palillos de madera, y el eco de sus voces se confunde con el rumor del viento, el balido del ganado, el canto de las cigarras en los olivos y el arrullo de las tórtolas en la húmeda espesura.

Amalia, tras los gruesos muros encalados de la vieja casa, observa a un grupo de encajeras a través de la ventana. Hoy no las acompaña como otras veces, hay muchas cosas que preparar en casa. Los últimos rayos de sol de la tarde invitan a las encajeras a recogerse, algunas preparan ya los bolillos para el día siguiente. Amalia las mira con respeto, para ella y otras muchas mujeres aquel arte no es un entretenimiento. Sabe bien de lo que habla, aprendió el oficio de encajera de su abuela.

Viuda desde muy joven, armada de destreza y paciencia infinita a partes iguales, había conseguido ganarse la vida dignamente y sacar a su hija adelante gracias a sus encajes. Amalia se levantaba temprano, acababa las labores domésticas, buscaba el lugar con más luz natural de la casa y trabajaba hasta que acababa la tirada o se apagaban las últimas luces en el cielo, lo que llegara antes. Acompañaba el bailar los bolillos con canciones. Se sabía muchísimas, la mayoría de ellas antiguas, aprendidas de los cancioneros que llegaban al pueblo.

“Todo es girar y cruzar, no es tan difícil”, le decía a su hija: “El bolillo de la derecha monta sobre el de la izquierda y se gira en esa misma dirección”. Pero sí era difícil hacer lo que ella hacía. La niña pronto perdió el interés por aprender la técnica, y dejó bien claro que lo que ella quería era ser maestra. A la madre todo sacrificio por su hija le parecía poco e hizo lo imposible para ayudarla a cumplir su sueño.

Cuando la niña sacó la oposición, se fue a vivir a Madrid. Al principio volvía al pueblo cada dos fines de semana cargada de regalos, cariño y atenciones. Más tarde visitaba a su madre una vez al mes, pronto empezaron las largas ausencias y la soledad a Amalia le pesó también en cumpleaños y aniversarios. Se vio a ella misma sentada a la mesa con la cena preparada volviendo la mirada hacia la puerta en cada crujir de la madera creyendo que era ella que por fin llegaba. Y se vio dormida en el sofá mientras los platos fríos aguardaban a un comensal que no llegaba nunca. Y a la mañana siguiente, siempre una carta y una disculpa y un regalo por otra ausencia que prometía ser la última.

Los sueños de la infancia habían huido llevándose con ellos primero a su marido y más tarde también a su hija. La felicidad se espanta como una mariposa al intentar alcanzarla, recogerla es intentar atrapar un puñado de niebla. Sacude la cabeza en un intento de ahuyentar estos pensamientos, hacía días que una

nueva ilusión consigue que se levante al alba: ha recibido una carta de su hija que promete visitarla para las fiestas. Lamenta durante un largo rato que no fuera ya el día siguiente: “Aunque sacudas con todas tus fuerzas el reloj de arena, cada grano caerá a su tiempo”, se dice así misma. Y pensando en esto se queda dormida.

Un tímido amanecer alza su vuelo silencioso y se esparce por los pastos. Amalia se ha levantado temprano: sabe que su hija no es madrugadora y no llegará a casa antes del mediodía, pero tiene que preparar la comida y le gusta cocinar sin premura.

Siempre le daba a los alimentos el tiempo adecuado y preciso para su cocimiento y procuraba organizar sus actividades de tal manera que le dieran la tranquilidad que se necesita en la cocina.

¡Ya no tengo la energía de antaño!, suspira melancólica mientras contempla su propio reflejo en el cristal de la ventana. La vida le ha dejado huella en forma de pequeños pliegues alrededor de los ojos cansados y hebras de plata en su cabello castaño. A pesar del largo tiempo transcurrido, puede revivir intensamente las escenas de aquel día de Navidad, hacía muchos años, cuando su futuro marido y sus padres habían sido invitados por primera vez a comer a casa y preparó arroz con la receta de la abuela, la misma que va a cocinar ahora. Tiene por costumbre ponerse un trozo en la cabeza con el fin de evitar el lagrimeo cada vez que picaba cebollas, pero esta vez no sirve de nada. No puede contener las lágrimas. Bajó el fuego y agregó la cebolla, esperó ese punto en el que el marfil casi se convierte en oro meloso antes de añadir el tomate y el pimiento cortado a dados. Cuando estuvo listo, incorporó el arroz y las codornices al sofrito. La cuchara de palo araba en redondo dejando paso al caldo que, en vapor, despegaba con un vuelo incierto, huidizo, que derramaba por toda la casa un olor tan agradable y a la vez

tan familiar que le hizo cerrar los ojos para inhalarlo profundamente. Y así se vio cocinando para su marido y su hija en otros tiempos más felices. Se acercó a la ventana que daba al corral, y permaneció unos minutos así sumergiéndose en los recovecos de la memoria mientras el arroz se cocía a fuego medio. Más tarde preparó el postre. Coció la leche en un cazo con la vaina de vainilla, la rama de canela y la piel de medio limón. En cuanto empezó a hervir, retiró el cazo del fuego. Batió a conciencia el azúcar y la maicena con la yema de tres huevos que habían puesto sus gallinas aquella misma mañana. Añadió la leche infusionada y no dejó de remover las natillas hasta que estuvieron listas, a su hija no le gustaba que quedaran grumos.

Amalia venía del huerto cargando la fruta sobre su falda cuando el repique de la aldaba golpeando la puerta la sobresaltó. Se limpió las manos en el delantal mientras se preguntaba quién sería el que llamaba con tanta insistencia tan temprano. Recordado a contraluz, le costó reconocer el perfil del joven cartero que se dejaba abrazar por el dulce aroma a vainilla y caramelo que se escapaba a través de la puerta. Tratando de contener el corazón desbocado, Amalia clava la vista en la carta que sostiene en la mano. “Dicen en el pueblo que su hija debe quererla mucho, señora Amalia, le escribe muy a menudo y le manda muchos regalos. En esta pone urgente en el sobre y pensé que era mejor no esperar para entregársela”.

Amalia no responde a estas palabras. “Hace más de un año que no viene a verme”, deseó haberle confesado, pero en su lugar lo mira a los ojos tristemente incapaz de articular palabra.

El volteo de las campanas de la iglesia anuncia, cerca del mediodía, el momento más solemne y culminante de la romería. Multitud de devotos se agolpan en torno a las carrozas que comienzan a recorrer las calles empedradas, más tarde, los vecinos darán buena cuenta de las viandas que han preparado

para la comida campestre junto a la ermita. Amalia contiene el aliento y las lágrimas: Tenía la esperanza de poder celebrar las fiestas acompañada por su hija.

La luna asomaba ya su níveo rostro por encima de las nubes impaciente por vestir de magia la noche. Los peregrinos regresarán a sus lugares de origen al acabar las fiestas, algunos ese mismo día y otros al día siguiente. En medio de la plaza, la banda de música tocaba en un tablado. Vendedores ambulantes pregonaban helados,

barquillos y gaseosas. La luz de las farolas vestidas de fiesta y algarabía se refleja en un ventanal que da a la plaza; al otro lado de la reja, ajena a la algarabía de gentes, gigantes y cabezudos, charangas y comparsas, Amalia canta a la Virgen y su voz se va extinguiendo apagada, vencida, lenta como un suspiro, una súplica vacilante, un desvalido anhelo. Sobre la mesa del salón, junto al arroz que se ha quedado frío, una carta más de promesas imposibles, semillero de tristezas y desencantos, de ilusiones rotas, proclama en silencio una nueva ausencia.



ACCÉSIT

OSCAR ARIAS RODRÍGUEZ

León, Guanajuato (México)



LA CARRERA DE SATAIR



Satair fue una pequeña ciudad estado independiente que existió en el corazón de África, el lugar que ocupó aún puede localizarse pues en sus linderos se encuentra un macizo rocoso de 500 metros de altura desde el suelo, de nombre “Esquipus”. Viejos relatos hablan de una notable competencia que se desarrollaba en Satair. Se dice que cuando los hombres cumplían 16 años eran puestos frente a las mujeres que llegaban a los 15, para que contemplaran a sus futuras esposas, e insuflar en sus corazones la fuerza que provee el deseo. Las muchachas que tenían un favorito que les correspondiera, le entregaban a su campeón una bandera de 30 centímetros por 50 que ellas mismas diseñaban. Los jóvenes que no eran agraciados con este gesto, llevaban un estandarte blanco en cuyo centro aparecía un nombre como único adorno y distinción. Estando todo listo iniciaba la carrera que era toda una tradición, la cual consistía en correr por un terraplén poco más de dos kilómetros y ascender por el macizo Esquipus en un lapso de alrededor de 1 hora con 45 minutos, medidos en un rudimentario reloj de sol. La competencia no terminaba precisamente al alcanzar la cumbre, aún era necesario colocar la bandera o estandarte en un asta y elevar

la insignia para luego gritar a todo pulmón: “la montaña es mía”. En ocasiones, a la cumbre llegaban muy cerca uno de otro los jóvenes aspirantes que iniciaban peleas feroces por “abanderrar a Esquipus”. Quién colocara su símbolo primero, tendría el privilegio de elegir antes a su consorte, el orden de llegada era estrictamente respetado. Como premio adicional, el vencedor recibiría trato preferencial pues se consideraba que sus hijos serían grandiosos guerreros. Finalmente, los que no llegaran a la cumbre en el plazo de 2 horas y media, no tendrían derecho a escoger mujer. Los solteros, hombres y mujeres, eran dedicados a servir de por vida a los dioses.

El final de la contienda, que casi siempre coincidía con la noche, ya que se iniciaba cerca del ocaso, era celebrado con las bodas en la fiesta principal de la comunidad de Satair, alrededor de una enorme fogata ceremonial.

Cuenta la leyenda que una ocasión la carrera no tuvo por premio una mujer si no la vida de un hombre, un anciano de nombre Omeg Onata, jefe de una caravana del norte, que en un descuido bebió de más, insultó la tradición diciendo que una costumbre como aquella había llevado al pueblo de Satair a conseguir la velocidad de una gacela y la belleza de una lagartija.

El soberano Mozam, apodado el “rápido”, decidió hacer escarmiento en el anciano, le sentenció a morir públicamente para aplacar la ira del pueblo, sin embargo, le dio una opción, más bien, una salida. Le ordenó escoger a 5 de sus doce hijos, que Omeg orgulloso catalogaba de “fuertes como leones”. Mozam les concedería el favor de ganarse la vida de su padre, si alguno de ellos terminaba con éxito la carrera de Satair, consciente de que la familia Onata jamás volvería a burlarse de su prueba de valor.

El anciano Omeg eligió a sus representantes, les bendijo mientras les suplicaba que de no triunfar no laceraran su mente sintiéndose culpables.

Un hombre joven se presentó ante Mozam con una petición.

- Alteza -dijo- mi nombre es Tomak Onata, el más fuerte de los hijos de mi padre. No he sido elegido por que me canso pronto. Pero no soy de los que acepta que otros lleven por él, la responsabilidad del triunfo o el fracaso de una empresa común. Mi madre está de acuerdo conmigo, dice que para ganar esta contienda se necesita más que piernas rápidas y pulmones grandes.

- Tú madre es sabia mujer.

- Yo tengo eso que hace falta y aunque sé que la voluntad no lo es todo, vengo a suplicar que me permitas participar.

-¿Saldrás después que tus hermanos?

- Lo haré si es preciso.

- Sea pues Tomak Onata, rómpete el pecho, me han agradado tanto tus palabras que sinceramente espero que puedas llevarte a tu padre a casa a morir de viejo, rodeado de sus nietos. Existen cinco rutas para asaltar la montaña Esquipus, la más corta es obviamente la más vertical y traicionera. Tu única opción es el riesgo mayor, eres demasiado pesado.

Tomak asintió y se retiró.

A la hora fijada, los cinco hijos elegidos salieron como almas que lleva el diablo, en medio de la burla de los habitantes de Satair, que sabían que ninguno sostendría ese paso y menos bajo el sol centroafricano.

El soberano, un momento después dio salida a Tomak, observando con curiosidad que este llevaba atadas a las muñecas, cinco largas espinas y un estandarte blanco alrededor de la cintura.

Tomak Onata emprendió la carrera con la misma velocidad que sus hermanos. Sintió con alegría cómo pasaba con velocidad la tierra reseca bajo sus pies, cómo el viento caliente le golpeaba la cara, cómo su respiración se hacía pronunciada acompañando sus pasos. Creyó por un momento que aquella era empresa fácil; a los 200 metros abrió la boca para respirar, a los 500 las pantorrillas le molestaron con franco cansancio que aumentaba vertiginosamente, a los 900 metros le faltó el aire, a los 1700 metros le entró pánico porque se descubrió pensando en abandonar la empresa, entonces tomó un espina y la clavó profundo en la piel del antebrazo, se concentró en este nuevo dolor y siguió corriendo.

Samohib Onata avanzaba en primer lugar. En poco tiempo alcanzó las faldas de Esquipus y comenzó a ascender por el primer sendero que vio. Amat Onata lo seguía muy de cerca.

El primer abandono sucedió a los 1800 metros porque Dan Adín Onata se tropezó.

Cayó aparatosamente, se quedó exhausto en el suelo y decidió no levantarse, pensando que al fin y al cabo, él no iba primero. El soberano se permitió una carcajada cuando el no elegido, pasó junto al caído sin mirarlo siquiera.

Por su parte, Tomak, ahora era consciente de cada piedrecilla que pasaba bajo sus plantas, cualquier avance se convirtió en enormes triunfos cuando el dolor de sus pasos superó al que producía la espina. Decidió ver hacia el suelo, por temor a que la noción de la distancia acabará por desanimarlo. Su primera caída sucedió al llegar a la montaña, tropezó con una raíz y rodó dos metros, se puso en pie de inmediato y cómo le sugirió el soberano, escogió la ruta más vertical para que sus manos compartieran el suplicio de sus pies. Tomak Onata descubrió que la luz del sol tenía masa y le pesaba en todo el cuerpo.

Pronto Canareguib Onata dejó de correr para seguir caminando, Omán Onata seguiría su ejemplo. Tomak subió 100 metros superando en el ascenso a sus dos hermanos que aún competían por la vía más larga, pero súbitamente un brazo le falló entumecido y en una larga caída, se perdió en uno de los lados ocultos a la vista, desde el ángulo de los espectadores. Por suerte para el anciano condenado, Samohib y Amat corrían sin dar muestras de cansancio, o eso pensaba él, pues su avance era perceptiblemente más lento. Amat se rindió a los 250 metros de altura, dejando de correr, pero prosiguió caminando. El soberano admiró de lejos la constitución de Samohib, que tenía todo para alcanzar el éxito según podía verse, se movía con gracia y soltura, sorteando con facilidad las piedras y arbustos del sendero que había elegido, si se mantenía llegaría a tiempo, incluso con un amplio margen.

En medio de la desilusión, Samohib cometió un error a 50 escasos metros de la cumbre, confiado descuidó el camino, trastabilló y rodó por el suelo. Más él probaría con creces porque su padre le igualaba en fuerza con un león. Era obvio a la distancia que Samohib no podía levantarse, tal vez por alguna fractura severa, aun así, avanzó palmo a palmo arrastrándose con las manos y las rodillas. Amat lloró por de impotencia al ver que su hermano realizaba un esfuerzo sobrehumano, mientras detrás de él, dejaba un delgado reguero de sangre. El joven Samohib dejaría marcada para siempre la mente de quienes lo vieron en aquella proeza, pues se hicieron copartícipes de la angustia que impulsaba al hijo por su padre. Más, aun el león se derrumbó exhausto por un esfuerzo físico para el que nunca había sido preparado, pensando con tristeza, que incluso el más débil muchacho de Satair, terminaría en una pieza, aunque fuera en tiempo mayor al establecido. El pueblo que había gozado con la posibilidad del sacrificio del anciano, se sentía confuso ahora.

El soberano aguardó a que se pusiera el sol en silencio, para hacer cumplir la sentencia que ya no le agradaba mucho. Dirigió una última mirada al increíble Samohib. Pero antes, uno de sus súbditos le llamó la atención hacia un extraño reflejo en la cumbre. “¿Qué es eso?” Gritó un hombre de Satair. Sobre la cúspide, con los últimos rayos del sol, se veía una nebulosa mancha blanca que se perdía de inmediato en la oscuridad, sin dar tiempo a que se estuviera seguro. Contra la enorme imagen del sol, bajando tras Esquipus, se recortó la forma de una mano que lentamente se abrió camino buscando un asidero. El pueblo entero guardó silencio forzando los ojos para localizar el resto del cuerpo del hombre que subía, entonces descubrieron que la mancha blanca era el estandarte que en la cintura portaba Tomak. Samohib observó conmovido que su hermano llevaba dos espinas clavadas en el brazo izquierdo, dos en su pierna derecha y una más en el pecho.

Tomak Onata en una agonía visible, fue apareciendo en la cumbre, mientras los observadores retenían el aliento. El competidor tomó el estandarte y con firmeza lo puso en el asta y lo subió. Luego hizo un gesto amplio con la mano derecha, abarcando todo el macizo rocoso, después se apuntó a sí mismo y elevó los brazos al cielo. Los espectadores explotaron en vítores de júbilo, porque comprendieron perfectamente lo que el cansado hombre no podía gritar, por falta de aire, pero era claro que decía: “la montaña es mía”.



ACCÉSIT

ÓSCAR ARIAS RODRÍGUEZ

Tàrragona (Espanya)



SINFONÍA DE LA VIDA



Una nota. Una nota es todo cuanto necesito. Para esculpir sonrisas en rostros adustos de mármol, para hacer vibrar los espíritus compungidos que deambulan por este mundo tosco y agrio, y para pintar con acuarelas escenas cotidianas de la vida. Y después de esa nota, un arpegio, o un acorde, o un punteo que te rescate del ostracismo diario. Tal vez no sea mi público de la más noble cuna, ni pague sumas desorbitadas por una entrada, pero sin duda disfruta de un concierto a alma desnuda, un recital que provocará que exude cada esquirola de rabia, soledad o tristeza.

Mientras desenfundo la guitarra, mi vetusta compañera, siento las miradas intrigadas y voraces de música, música de verdad, con todas sus letras, entre mis fans acérrimos y los que aún me desconocen. Esta guitarra que es tan mía como lo fue tuya, papá, y la cual recorrió más verbenas, ferias y fiestas comarcales que eventos haya realizado en toda su vida cualesquiera de las «estrellas» del firmamento sonoro actual. Esta guitarra que tuve que arrancar de las garras de tu novia infame, quien no tuvo ni la honra de otorgarme esta nuestra herencia familiar cuando decidiste dejarlo todo y dejarnos a todos. Y me importa

un bleo las fortunas o las deudas que tuvieses, pero esta guitarra ha sido, es y siempre será nuestra. Me acuerdo de cada nota que me mostraste cuando todavía fantaseaba con las figuritas de plástico, sentado sobre tu regazo, pretendiendo alcanzar con mis dedos minúsculos sus trastes infinitos. Recuerdo las correcciones sobre los acordes en aquellos tiempos en los que aprendía a afeitarme imitando tus gestos, o tu persistencia en el uso del metrónomo antes de cada evento, el maldito metrónomo, que ahora vela con su movimiento insoslayable en mis noches de insomnio; y cada carcajada y cada reprimenda como si hubiera sido esta misma mañana. No me quedó otra que tomar por la fuerza lo que legítimamente me pertenece. Y ahora por fin me acompañas, aquí en nuestra guitarra, en cada concierto soterrado, sonriendo en la distancia por la más bella de las artes, que con tantísima devoción has cultivado en mí.

Comienzo con un clásico. Una canción de sobra conocida es el aperitivo idóneo para otros temas propios. Algo que conmueva, que agite, que arroje la atención de sus almas maltrechas contra mí. Algunos ya se han girado y escuchan curiosos. Una chica de pelo añil se quita los auriculares y me contempla mientras masca chicle efusiva. Está maquillada de colorines, para tender un velo variopinto sobre una vida gris e insustancial, ignorando que el viento soplará a favor... y también en contra algunas otras veces. Una pareja de ancianos reconoce la canción, y engarzan sus manos como en épocas que pertenecen al olvido. Se miran a los ojos susurrando la canción y se dicen un «te quiero» que no precisa salir de los labios. Una mujer ojorosa acompaña el compás con la cabeza: olvida de inmediato la carta de despido que sostiene en la mano, y que podría no tener para pagar el alquiler del mes entrante. Tengo ya a todos mis seguidores magnetizados con esta primera pieza. Prosigo con una composición propia. Un tema emotivo y desgarrador que bien conoce alguno de los presentes. El señor de traje gris, por ejemplo, ese con monturas redondas para la lentes que parece

un bibliotecario, es habitual a mis sesiones vespertinas. Tiempo atrás leía, ajeno al ambiente festivo, sentado en el banco del extremo y abstrayéndose de un mundo con el que ha perdido la sintonía. Pero hubo una ocasión en la que interpreté algo que debió recordarle a alguien, y desde entonces me regala sus oídos cada jornada. Una madre camina presurosa, arrastrando a la hija en su fútil carrera, y la nena tira de su mano hasta frenarla en seco. Me observan mudas las dos, prendidas a la melodía de mi guitarra, y la premura se desvanece. La cara de la madre se desviste de ansiedad y coge a la niña en brazos. Sonríen las dos, y cantan, ríen y disfrutan, juntas en alma y cuerpo, por primera vez en toda la semana. Un chico con la tez del color de la noche acompaña la cadencia de la canción sobre sus vaqueros raídos y deja la carpeta con apuntes de la universidad a un costado. Lleva toda la semana asistiendo metódicamente a las sesiones de este juglar, siempre con los mismos pantalones andrajosos y un par de zapatillas de baloncesto que le quedan algo grandes. Se olvida por un instante de los exámenes que tanto le angustian, y para los que se ha aplicado hasta el hastío, así como del documento de la beca denegada para el curso siguiente que sobresale de la carpeta. Porque mi música es dolor, es júbilo... es una sinfonía de la vida, con todos sus buenos momentos y los no tan buenos, y además tiene prodigiosas propiedades tonificantes en aquellos espíritus quebrantados por los problemas contemporáneos, y también por los de siempre.

Ya son varias decenas, quizá cientos, los afortunados espectadores de esta velada no anunciada, y toco un tema propio con profundo regusto a melancolía. Un chico de gimnasio, cuyos bíceps turgentes sobresalen impúdicos de la camiseta y al que no parece que le hayan ido muy bien las cosas últimamente, baja la cara, y el destello fugaz de una lágrima asoma por el rabillo del ojo. A su flanco, una chica que oculta los estragos de la qui-mioterapia con un pañuelo se acaricia con suavidad el cráneo, algo para lo que no había tenido valor desde el suceso, y me mira

emocionada. Detrás de ella otra chica joven y reservada reprime el llanto; porque se siente sola, tan sola que ni ella misma se logra hacer compañía. Habrá de ser buena mi interpretación si aflora en ellos este promontorio de emociones. Cuando la última nota muere, todos están en silencio: expectantes, hambrientos, con el corazón abierto de par en par y servido en bandeja de plata. Decido continuar con otro tema que insufla un poco de entusiasmo, y toco los acordes de una canción atemporal, popular y marchosa que resultará infalible. Algunos niños se desatan en un baile febril y desgobernado. El señor ciego acaricia al perro blanco que le acompaña, ese que siempre parece sonreír, y este mueve la cola agradecido, aunque lo veamos todos menos su dueño. Una mujer embarazada posa una mano delicada sobre su panza, y la hija que espera baila alborozada en la placenta. Dos chicas se estrechan por las cinturas y retozan en contoneos de cortejo no aprendido, suspirando por un amor con fecha de caducidad. Y una mujer oronda de rasgos indígenas se levanta y bailotea con la señora mayor en silla de ruedas que cuida, porque sus hijos dicen no disponer de tiempo para ella, y colman el aire de carcajadas. Están todos entregados a la música, en comunión con mi verdad, y los problemas pasados, presentes o futuros quedan abandonados en el apeadero.

El chico al fondo del andén no ha desistido de sumergir su mirada entre la grava de las vías desde que he empezado, pero es con esta última canción que comienza a cantar tímidamente para sí. La locomotora emerge del túnel. Él no da el paso. Tal vez le hayas dicho algo tú, papá. Que no merece la pena, que no hay vuelta atrás, que de todas maneras este viaje nunca es demasiado largo. El tintineo de aleaciones de cobre, níquel y aluminio agasaja mis oídos; algo habré hecho bien. Los viajeros descienden y mi público parte hacia sus destinos

con los corazones reanimados. Y una nueva hornada de espectadores desalentados aguarda, sin sospecharlo, el mejor concierto de sus vidas.

El chico que estaba al fondo del andén se me acerca, hurga en uno de sus bolsillos y saca un billete. «Gracias», me dice. Yo recojo el billete de la funda y se lo devuelvo.

—No acepto billetes, lo siento. Y, además, para ti toco gratis.

El chico, cuyo rostro llevaba demasiado tiempo almidonado en la tristeza, sonrío al fin y abandona la estación cantando el estribillo por lo bajo. Parece ser que, después de todo, este no era su vagón.



**RELATOS
SELECCIONADOS**



APADRINE UN MUERTO

SEVERINO CANTOS



Es una de las cosas que tiene el estar en paro, que te sobra tiempo y de alguna manera hay que llenarlo. Así que además de entretenerme con las apasionantes tareas del hogar y reservar los fines de semana para mis escarceos amorosos; los lunes revisaba las ofertas de trabajo; los martes después de insistir con el inglés sacaba la bicicleta y le daba un rato a los pedales; los miércoles, como era más barato, si había alguna película interesante iba al cine; los jueves los dedicaba a cuidados de la moto, compras e imprevistos varios; y los viernes, a primera hora, daba una vuelta por el mercadillo y luego caminando por el paseo marítimo me acercaba hasta el cementerio.

Y quién me iba a decir a mí, que hasta hace bien poco sentía aversión por ese lugar y que sólo ponía los pies por allí el uno de noviembre o formando parte de la comitiva de algún sepelio, que acabaría acostumbrándome a tan peculiar recinto y que incluso llegaría a echarlo de menos si faltaba en alguna ocasión a mi cita semanal. Lo sé, no es muy normal; pero, ¿qué quiere que le diga!, lo cierto es que pasear por sus calles calmaba mi espíritu, llevaba la paz a mi alma. En medio de la vorágine de la gran ciudad, aquel camposanto era como un oasis de tranquilidad donde el tiempo se

detenía y las prisas e inútiles preocupaciones del exterior dejaban de tener sentido. Los muertos no tienen prisa, ya han hecho todo cuanto pudieron hacer. Los vivos tampoco deberíamos apresurarnos en demasía, porque cuanto más corramos antes llegaremos al final, y, el final, no es otro que la muerte.

Además de darle los buenos días y algo de conversación a mis padres, más bien poca, pues poco había que contar, y de dedicarme a contemplar la espectacular y sobrecogedora escultura y arquitectura funeraria, los parterres floridos, los árboles centenarios y los gatos legañosos, me entretenía leyendo en las lápidas las palabras que el afligido marido había dedicado a su adorada esposa, los padres al pequeño cuya pérdida les partió el corazón, la esposa al marido ejemplar o los abnegados hijos al padre o a la madre. En muchas de ellas se indicaba el cargo, oficio o cualidades del difunto; en otras, la esperanza en la resurrección y en un reencuentro en el más allá; las había con el agradecimiento de la ciudad o de sus 2 colegas de profesión, junto a la promesa de que su ejemplo no sería olvidado jamás, e incluso algunas recogían rimas ridículas, fallos ortográficos o expresiones en latín; pero, en una gran mayoría, sólo aparecía un escueto: Q.E.P.D., R.I.P., D.E.P., o I.N.R.I., grabado sobre o bajo el nombre, el lugar de nacimiento y de defunción, y la fecha de ambas. Una mañana, encontré este emotivo epitafio:

AQUÍ DESCANSA D^a T... V... C...

MURIÓ A 10 DE SEPTIEMBRE DE 1853, A LOS 34 AÑOS DE EDAD.

¡CUANDO FELIZ ELLA LA VIDA PASÁRA LA MUERTE CRUDA LE ABRE SU ATAÚD!

¡QUIEN SI LA CONOCIERA NO ADMIRÁRA SU TERNURA, TALENTOS Y VIRTUD!

¡YACE... ¡ES VERDAD!... EN ETERNAL REPOSO! MAS SIEMPRE EN SU SEPULCRO

ESTARÁN FIJOS LOS TRISTES OJOS DE SU AMANTE ESPOSO,

LOS TRISTES OJOS DE SUS CAROS HIJOS.

R.I.P.

Mientras lo anotaba, pues me gustaba anotar en una libreta los más hermosos o curiosos, así como su número y situación,

observé que en la esquina superior derecha de la lápida tenía adherida una pegatina redonda de color verde. Miré las tumbas de alrededor y ninguna de ellas la tenía. Me di la vuelta y vi otro de esos círculos verdes en un nicho de la tercera altura. Continué paseando y comprobé como, de vez en cuando, aparecía otra sepultura señalada con uno de esos círculos. No es que fuera en un número muy elevado, pero conté hasta una decena de aquellas motas verdes en esa zona del cementerio.

Estaba realmente intrigado por el significado de aquellas pegatinas, así que antes de marcharme entré en las oficinas del cementerio y pregunté a la encargada si me podía informar al respecto...

– Cómo no, señor, con mucho gusto. La razón de que no las haya visto hasta ahora es que se acabaron de colocar la semana pasada. Como bien sabrá, la crisis que padecemos está obligando a los ayuntamientos a recortar gastos en todos los ámbitos y departamentos, y los servicios funerarios y cementerios no podían ser menos. Pues bien, llegados a este punto, ¿alguna mente privilegiada ha debido de pensar que como está tan de moda el tema de los apadrinamientos, y que igual se puede apadrinar a un niño de África que a un elefante del zoo o a un Velázquez del Museo del Prado, ¿por qué no también apadrinar a un muerto y así reducir gastos? –tenga, le daré un folleto donde se explica el funcionamiento– así las personas que visitan el cementerio, ya sea por gusto o para visitar a sus seres queridos, tienen la oportunidad de elegir la tumba que mejor les parezca de entre todas las marcadas con un círculo verde y apadrinar a ese difunto o difuntos. No todas las tumbas son apadrinables, ya que es requisito indispensable para acogerse a la campaña que el enterramiento lleve más de cien años intacto y, a pesar de haberlo intentado por parte del ayuntamiento, según consta en la Ordenanza de Cementerios, no se haya podido encontrar ni contactar con familiar, descendiente o allegado alguno que responda o quiera hacerse cargo de él. La persona que apadrina se

compromete a hacerse cargo de la tasa anual por los servicios del cementerio, unos 20 euros, de encargarse de su limpieza; de regar y cuidar de las plantas y flores, caso de tenerlas o de que usted se las ponga; y de avisar si se ha roto un cristal, caído una parte del mármol o, qué sé yo, desprendido una mano del brazo de una escultura, para que, en este caso sin ningún coste para usted, procedamos a su reparación. Resumiendo, la filosofía del proyecto es que el ayuntamiento consigue ahorrarse personal de mantenimiento y, consecuentemente, un dinero que añadir al que recaude por unas tasas de las que hasta ahora nadie se hacía cargo, mientras que las tumbas y el cementerio continúan estando igual o incluso mejor atendidos. Y, básicamente, eso es todo, caballero, ¿se anima a apadrinar? –No, no, de momento no. Ya me lo pensaré. Muchas gracias, señorita. Buenas tardes.

–Buenas tardes, señor; tenga, no olvide su folleto.

¡Apadrine un muerto! ¡Tendrán morro estos del ayuntamiento! Y van, y se quedan tan tranquilos los muy sinvergüenzas... No tienen bastante con los impuestos, las multas, la grúa, las zonas de aparcamiento azules, verdes, naranjas; que ahora prescindan de personal y somos nosotros los que tenemos que hacer su trabajo, encargarnos de cuidar de los muertos y, encima, abonar la correspondiente tasa. ¡No te digo...! ¡Menuda gentuza!

Estaba indignado y me vi en la obligación moral de hacer algo. Así que escribí una misiva a la sección de “cartas de los lectores” del “ABC”, de “El País” y de “La Vanguardia”, denunciando tamaña barbaridad; pero ni caso, ninguno de ellos la publicó. Parece ser que el tema o mi opinión al respecto no interesó lo suficiente a la redacción; tal vez si la carta hubiera tratado sobre asuntos verdaderamente importantes y que realmente preocupan a este país como el fútbol o la vida íntima de algún famoso, me hubieran prestado mayor atención. A la semana siguiente pasé por la tumba de T... C...V... y vi que el círculo verde había desaparecido, que había

sido apadrinada. Supongo, que las tumbas más espectaculares, las de los niños o las que, como esa, tocaban la fibra sensible con su conmovedor epitafio, tenían más probabilidades de ser apadrinadas. Sea como fuere, me alegré por aquella buena mujer, madre y esposa. Se lo merecía.

Al cabo de dos meses sólo quedaba un muerto por apadrinar. ¡Sólo uno! El pobre era el muerto más desgraciado de todos los muertos de aquel cementerio, al que no querían ni los suyos ni los demás. Me daba pena... ¿O no? No era pena exactamente.... Más bien me producía un sentimiento de melancólico desasosiego solidario, fruto de la tardanza en su apadrinamiento y la vecindad, ya que se encontraba justo enfrente del nicho de mis padres. En parte era lógico que nadie lo quisiera, ya que no se sabía ni quién era, pues por algún resquicio del marco había penetrado alguna semilla, lo que unido a su húmeda situación, junto a una cañería de desagüe, había hecho que todo el interior estuviera completamente lleno de hierbajos; y, por si eso fuera poco, estaba en lo más alto de todo, en la séptima altura. Sin duda, más cerca del Cielo que la mayoría de los muertos allí sepultados, pero, quizá, excesivamente alejado del suelo que pisamos los mortales.

Ya sé que es una tontería, pero sufría por aquel muerto sin saber siquiera si era hombre o mujer, niño o anciano, y si estaba solo o acompañado de su consorte o de toda su prole. Sólo sabía que nadie le quería. Y lo hice, aunque me exasperara aquella tomadura de pelo y me 5 burlara de los tontos que habían picado y hubiera jurado que nunca lo haría, lo hice. Apunté el número del nicho, rellené el formulario y se lo entregué a la señorita de la oficina al tiempo que, mentalmente, maldecía al alcalde y a la lumbrera de turno que había concebido aquella macabra idea de ahorro presupuestario.

–Vaya, si es usted, veo que al final se ha decidido, pues se va a llevar el último muerto que nos queda, un poco más y se queda sin ninguno... Bien, veamos, número 78.008, aquí tiene la llave del nicho y su acreditación como padrino. Qué lo disfrute.

¡Qué lo disfrute! Me dijo aquella dependienta de cadáveres... Como si me hubiera vendido un queso manchego o un jamón de Teruel; menos mal que no me dijo que aproveche... ¡Yo alucino! Pero la culpa no era suya; no, claro que no. La culpa era mía por dejarme llevar por mi poco productivo sentimentalismo... ¡Me cago en mi calavera! Por favor, que estoy diciendo... Se me va la cabeza... Ruego me disculpe; sin duda debería haber elegido un taco más apropiado... Pero ya estaba hecho; así que hice un esfuerzo, me mordí la lengua, y tras dedicarle la mejor de mis falsas y forzadas sonrisas, guardé aquella llave junto a sus homónimas en mi llavero y me largué de allí.

Antes de subir a casa, me pasé por la droguería y le pedí algo al dependiente para quitar los hierbajos. Me dio una botella con pulverizador para que rociara con aquel producto la lápida y que, una vez bien empapado, esperara cuarenta y ocho horas para luego, con una rasqueta especial para no rallar el mármol, los fuera retirando con cuidado. También compré un abrillantador de metales, un limpia cristales, tijeras de podar y aceite lubricante seis en uno.

Total, que mi muerto me había costado ya una pasta.

Estaba inquieto y no quise esperar al viernes, así que al día siguiente cogí la bolsa con el instrumental para reparar tumbas, la metí en el cofre de la Vespa y me fui al cementerio. Primero saludé a mis papis y luego acerqué una escalera y ascendí uno por uno hasta el tredécimo peldaño, el último de aquella enorme, trémula y pesada escalera triangular con ruedas. No tengo vértigo, pero sí respeto a las alturas, y allí arriba no puede decirse que me encontrara 6 especialmente a gusto mientras esperaba a que el aceite lubricante hiciera su trabajo en aquellas roídas bisagras y en la diminuta y

mohosa cerradura. Así que no sé si sería la altura o el desapacible viento que acababa de levantarse, lo que me hizo sentir una extraña sensación al introducir la llave después de que otro lo hubiera hecho por última vez. Dios sabe cuando y, al girarla, un leve escalofrío recorrió todo mi ser. ¿Miedo? Rotundamente, no. Únicamente respeto, mucho respeto. Tuve que forzar un poco el marco, corroído por el óxido, pero al final cedió y puede abrir la portezuela por la que escapó un indefinible aroma, mezcla de hierbas secas, mojadas, humedad, putrefacción y tiempo, que inundó mi nariz e hizo que se me revolvieran las tripas. Tras recuperar el aliento, comencé a cortar los tallos lo más cerca del mármol que pude. Una vez hube retirado el grueso de aquella maraña herbácea, empezaban a distinguirse algunos caracteres, pero no quise arrancar nada por temor a que se desprendiera parte de la inscripción, por lo que preferí rociar concienzudamente toda la lápida con el producto que me habían recomendado en la droguería; hecho lo cual, volví a aplicar aceite a las bisagras y a la cerradura por la parte interior y exterior, y cerré el marco. No le voy a engañar, me sentía inquieto y deseaba que pasaran pronto aquellas cuarenta y ocho horas para saber quién o quiénes serían mis apadrinados; si un comerciante importante o un humilde y bondadoso profesor de escuela; si una joven modistilla o un matrimonio de ancianos que se quisieron, como juraron ante el altar, hasta la muerte.

El anhelado momento llegó por fin y volví a plantarme frente aquel nicho ¡Qué nervios...! El cristal estaba como empañado y al abrirlo, otra fragancia, en este caso con una marcada esencia a disolvente, me hizo volver la cabeza. Mientras con uno de los trapos me tapaba la nariz, cogí la rasqueta de goma y comencé a rascar la lápida, con cuidado, casi acariciándola... Como si aquella rasqueta fuese mágica, los hierbajos comenzaron a desprenderse con una facilidad asombrosa, dejando al descubierto las primeras letras: n, e, s; las primeras sílabas, nes, Pla; y el primer, que, en este caso, sería el segundo apellido, Planes. En tí acababa el primero, el segundo en orden de aparición, que no era otro que Martí;

y, por último, da, enda, senda, lisenda, y todo el nombre completo...
Elisenda ¡Una mujer! Elisenda Martí Planes, se llamaba mi muerta.
Acabé de limpiar la lápida y leí la inscripción grabada en ella:

ESTA MANSIÓN MORTUORIA ES EL ÚLTIMO OBSEQUIO QUE
UNOS DESCONSOLADOS PADRES PUEDEN HACER
A SU AMADA HIJA
ELISENDA MARTÍ PLANES,
NACIÓ EL 10 DE MARZO DE 1889
Y PARTIÓ
PARA EL CIELO EL 22 DE OCTUBRE DE 1904
A LA EDAD DE 15 AÑOS,
SÓLO SU BELLEZA ERA COMPARABLE A SU BONDAD.

¡Pobre Elisenda! Pero si era sólo una niña... Sentí un bajón, no puedo explicar porqué, y mucha lástima por aquella mujercita que había muerto hacía ya más de un siglo. Y desde lo alto de la escalera miré hacia abajo e imaginé a aquellos padres desolados por la muerte de su hija el día de su entierro, y en los muchos días en que le traerían flores; amándola aún, recordándola siempre, hasta que dejaron de hacerlo otro día cualquiera, porque ellos, también murieron...

Estaba afectado. Así que recogí un poco aquello, cerré el nicho y me marché. Apesadumbrado, guardé los trapos y el resto de los bártulos en la moto y caminé hasta la playa. Paseé pensativo un buen rato hasta que me senté en la arena, frente al mar, y lloré. Lloré por aquella muchacha que había fallecido casi setenta años antes de que yo naciera, por su efímera belleza, que sólo su bondad igualaba, y por todas las muchachas que como a ella la vida le ha negado el tiempo suficiente para conocer el amor, para sentir las caricias apasionadas, para alumbrar un hijo... Y entonces me acordé de mis padres y también lloré por ellos; y recordé los tiempos en que era feliz junto a Silvia, antes de separarnos... y, entonces, lloré por mí, porque comprendí que estaba solo, completamente solo. Solo en aquella playa y solo en el mundo, tan solo, como la bella Elisenda en su ataúd.

EL EMIGRANTE

LUIS FELIPE VÁSQUEZ ALDANA



12 de diciembre 1937- Ella se disputaba entre el uno y el otro como un duelo interno entre Picasso y Van Gogh. Cándida, poseída de amor y odio se perdía en las tardes de la celebración bajo las sombras del árbol de su dilema, a veces por ahí por la Cattedrale di San Lorenzo.

Ella poseía fragilidades sensuales que alertan a un depredador. Antes de su partida, otras veces, en medio del intervalo de las luces del faro “Torre della Lanterna”, la carnalidad consumía sus faldas y burbujearon sus senos erguidos como la cima del Monte Reixa; se disminuía su cintura, se reducía al diámetro que forman las manos del ardor y, con su cabellera pelirroja, barría el suelo al compás de sus gemidos. Eran los instantes, gotas de eternidad de cuando la observaba. La espíe desde el invierno, cuando los vientos del norte nos golpean la sal en la boca. Se me acortaba la respiración, la iluminación revelaba el repaso de su excitación. En fin, mi padre decía “la amistad se escribe con más palabras que el amor, y la frustración no necesita tinta, solo sangre”.

Había huido después de esa, mi Semana Santa por la Tierra de Monegros. Pasé también, por Albuixech, Albuixech es la cuna del capitán Trueno y luego, seiscientos kilómetros de palabras oscuras, traje de La ermita de San Román de Moroso, a ese templo romano con caminos despejados y muertos, escondido en Arenas de Iguña. Con mis penas fui a

Sevilla con los bolsillos desgarrados y el hálito helado. Estuve ahí, un tiempo por la Comarca de Pinares y es que todo viaje geográfico es cómplice de una penumbra psicológica. Me emocionaba con aquellas danzas de Paloteos y el impacto estrepitoso de palitroques y coberteras, me daba un alivio que compensaba mi frustración, mi culpa. Sin embargo, me asaltaba esa complejidad de la vida de un nómada, a mayores distancias y lugares, crece la soledad, y termina siendo la naturaleza la compañera sin defectos de un presente redentor. Las florestas de ambiente hispano de Pinares, tienen un surtido loable para la caza del jabalí, pero con una competencia suficiente de lobos que me hacía dudar de mi ferocidad; el otoño, ese entretiempos tardío, fugaz que solo lo aplacaba el verde de los pinos, un verde conocido por todos por allá. En esas tardes de frío en la comarca se me anclaban los recuerdos de mi desvío. Me había desviado. Ilusión mía, ir a las Américas, esos carteles floridos; dijeron que aquellos barcos no eran lo que decían, las habitaciones, la comida. “Génova, Vía Garibaldi 2. Fra Italia e l’America del sud” recuerdo la propaganda, una hoja de ensueño ladino; “La veloce” el título que inspiró la aventura. Si puedes llamarlo inspiración o aventura. Solía lustrar zapatos a pobres campesinos más pobres que yo, porque yo era de Boccadasse el arrabal vistoso de pescadores al oriente de Génova. Mi niñez, después de vagar en San Pietro della Marina, fue viendo cada día el mar en un horizonte de despedidas inconclusas. Miles de emigrantes, una huida innecesaria de los que salen con dificultades en el interior, escupiendo por última vez la escuálida cenefa ribereña, el mar de Liguria. Lo soy, era de una silla anclada al puerto de Génova, preso en un banquito sin felicidad; borracho desde los ocho años sin saber quién era de

quién espejo, ¿el cielo o el mar? Me salvaba mi hermoso gesto, mis ojos azules solo apuntan, son flecha que atraviesa y cuerda que jala más que cabuya de buque; mi sonrisa, aún roja por el vino y ese sabor que se fuga tras los celos de la brisa salada que se instala en uno, siendo esto, el último recuerdo de las noches. Relativamente más mezquino y perverso que yo, solo yo. Yo ardo en la luz de mis ojos: ebrio, inundado de vino desde niño, de sal marina fondeada en mis poros; un mar de adioses que me dio un mundo de soledad, un arrullo ciego y de rodillas. A los niños de las ciudades nos emborrachaban para olvidarnos del hambre, una indigente placidez.

Esa vida, quizá mejor que la de los pequeños campesinos que se creían hermanos de gallinas y cerdos, dormían en la misma habitación, atravesados por parásitos y piojos; mezclando todo estiércol en una miseria llamada destino y debían seguir así, porque sólo hasta los quince años son exportables a América, mano de obra para los burgueses dueños del nuevo mundo. La calle era para nosotros los holgazanes, bebiendo vino desde el Palazzo Rosso hasta el Palazzo Bianco y es que la belleza histórica de los lugares se disfruta desde un espíritu excavado en la bebida y en la nostalgia aliviada desde los andenes. De todos modos, el mundo es pobre, destruido, ¿cómo se le llama? “capitalismo industrial”, imposible creer que algo superfluo como el vapor moviera el mundo, una industria que tiznan con su humo el Manierismo que aún saborea la vista del pobre y, para bien del alma, el vino y el opio solo nos queda para cambiar nuestro destino. Yo también emigraba, pero al igual que la borrachera a veces no me ayudaba a distinguir ni la luna ni el sol, mucho menos el bien y el mal. En mi caso, no era una señora vizcaína la que iba a Sevilla, era una joven que iba a Argentina, su destino era en barco, llegaba al muelle.

Recuerdo que parecía sacada del cartel, cintura ajustada, vestido rojo, sombrero blanco. ¿Quién querrá emprender una

aventura en el nuevo mundo si no conoce su propio cosmos, el mal que hay en uno? Parece que en nuestra sangre hay una tormenta cuando vemos a una mujer así, que se va, que ha amado a otros hombres por dinero, que tiene un paraguas que se lleva el viento, como su vida en mis manos. Mis manos no martillan zapatos, –fue mi conclusión– no fueron hechas para eso, no. La maté, ¿habrá ella recordado su primer beso? Cambié su sangre por vino, para quitarme el sabor salado de la boca, emigré.

Emigré. Pero en España, huésped advenedizo de ferrocarriles, camuflado a la vista cenital de los espíritus, pues galopaba con ellos arropado al vino De La Mancha, entendí que no se huye de uno mismo, aunque ligero vaya uno, embriagado o no, la carga va dentro. Pero la peregrinación no expía a ese ser etéreo que se implanta en el instinto que navega alrededor. Las piedras del sendero castigan el cuerpo, magullan los zapatos, pero este cuerpo astral no tiene pies, es solo pensamiento. Lo bello debe morir, pensé cuando me despedí de aquel hombre atormentado. Están equivocados si creen que uno asesina solo. Matar no es una empresa solitaria. Somos muchos, una legión de voces mentales en una conspiración de casualidades externas; hay una primera voz que uno escucha pidiendo su propio sufrimiento, la de la víctima. Volví, un tiempo después, al puerto de Génova, recuerdo. Es un punto de partida, no de llegada. Aquellos medianos vestigios de los saqueos de la flota Sarracena, no opacaron el hecho de ser un lugar vital para el éxodo a América. Casi un siglo de emigraciones a las Américas, un sueño que no lo diluye ni el clima ni la guerra. Más bien, lo incita, y lo precipita sobre todo la pobreza visceral de nuestro campesinado desplumado y disminuido a un Sísifo infinito. Aquellos presos en tuberculosis y glaucoma pierden siempre la opción de ser rescatados por estos leones de mar y acero, la sanidad marítima los devuelve como a los vientos ilógicos frente a un peñasco perpetuo. Hay que estar sanos, América pide fuerza de albañil, no Cannelloni, ni ravioli, o tagliatelle; el mundo latino es para sacar

callos en las manos, no para chuparse los dedos. Todos quieren desembarcar su ilusión de oro en Argentina y Brasil, yo Luigi Boccony, atravesado como siempre, Colombia. Aparte de todo, término de destino, nombre y tipo de barco, nombre y apellido del Cabecilla del buque, Bandera de la barca, eran necesarios para huir de donde siempre había sobrado, aunque haya sido el elegido para cargar el sol sobre la cabeza; helado y madrugado hasta que aprendí que el sabor del alcohol en la boca se confunde con la sangre, como el sudor con la lágrima, dolor y trabajo son la misma mierda. Hay que elevarse hasta la parte más alta del ser interior para aprender que la fortuna y el castigo es de dioses y, en tal sentido, propinar castigo a la belleza es volverse un dios, un súper hombre, el de Nietzsche. Lo había experimentado cuando se escapó el alma de ella en mis manos, cuando maté a la pelirroja.

A veces dormía en el cementerio al susurro de esas voces internas, ese cementerio contiene la tumba de Constance Lloyd, la esposa de Oscar Wilde. Meditaba. La pena me quemó al principio, recostado en las lápidas al silbido inconsciente de los “egregores”, y esos sepulcros me recordaban los de la comarca de la Sierra de Francia, los sepulcros de Santibáñez de la sierra. Y, me perdía ante el arrullo que protagonizaba en mi mente mis pies en el río Alagón, era un silbido siniestro, una canción. Me asaltaban esas ondas, mis peticiones al vacío. Ya sabía a esa altura que cada petición y rezo era más bien una deuda a los administradores del universo; allá en la Sierra de Francia, veía sus rostros aparecer en medio del humo de las tejas, casas desabrigadas de chimeneas, pero inmersas en el mito del oro, la ilusión porfiada de las minas de Cavenes, fábulas romanas. Conté las lunas más que a mis piojos, pero el inventario de las penas que me propinó la vida compensa el dolor que infringí para redimirme. Llegué al lugar donde la atrapé entre mi tez y mi espíritu. Es que cuando la vi, era la fantasía que siempre había soñado en el mundo paralelo de mi ebriedad. La luz estaba sobre ese cartel

del poste, “Génova, Vía Garibaldi 2. Fra l’Italia e l’América del sud”, agradecía tal vez a quién sabe quién su belleza, esa belleza y pueden imaginar el resto de un crimen sin testigos, pues los gatos y los perros ven, pero no cuentan; tampoco entienden un beso quebrado a quien muere en agonía, asfixiar y besar puede sonar macabro.

Desde niño, cuando lustraba zapatos en el muelle, un hombre, uno que había ido y vuelto hablaba con su compañero de una ciudad llamada Barranquilla. Recuerdo el viejo, uno de los siete millones que salió de Italia, también uno aburrido de solo enviar el dinero a sus familiares; semejante alivio teníamos en el país con el flujo de rentas que entraban de este tipo de personajes, él había regresado. Primero, habló de su travesía en Brasil. Recogía café y ahorró bastante al igual que su camada. Dijo que la otra tropa, la que provenía de Piemonte, Liguria, Lombardia y del Véneto, llegó a Argentina. Al principio, no iban los más pobres, algo tenían los granjeros, diarieros, la clase obrera. Ufanó entonces sus viajes. –Barranquilla, el muelle de Puerto Colombia –dijo– tiene un río que acaricia el mar y forma una laguna donde las gaviotas se deslizan en las aletas de tiburones, un viento de este que baja de una sierra que se mece en las neblinas. La brisa es de sal y de tierra dulce, los hombres visten de blanco, en medio de arenales perplejos; a los libaneses y sirios les dicen turcos, a los ingleses gringos, a los chinos japoneses, a los de África palenqueros. Italia es el país de donde todos se van, Barranquilla es la ciudad donde todos llegan, todos son felices poseídos de un jolgorio infernal que los vuelve las cristalinas presas de todo escamoteo y, sobre todo, de la fermentación hincada en el nepotismo estatal. De alguna manera inexorable, pulula una divinidad que viste a esa arenosa: las mujeres son las más bellas. – Concluyó. Tras un severo aforismo, el lobo olió su presa. Si bien, me precipité buscando la redención en peregrinaciones fallidas, sabía desde niño que yo era eso, un asesino, bello, además. No he venido a confesar mis

crímenes, siete mujeres muertas en Barranquilla, en los últimos siete años. Mujeres de la sociedad. Yo conté el vejamen de mi niñez en Italia, mi fuga a España, narré en qué me convirtió la vida ¿cómo lo llaman ahora? ¿Asesino en serie, psicópata? Ustedes cuentan siete, la prensa, la radio dice siete; malos cálculos. En realidad, es uno, la muerte de mi primer amor. No indaguen en la mente de un asesino, este es el camuflaje de un amante fallido al que el romance rozó con una daga; paralela al viaje de sus rizos rojos, de su cara de pecas permanente detrás de mis sentidos. No son asesinatos realizados con éxito. Yo no conozco el éxito, solo conozco el fracaso, la soledad, la escasez y el rechazo. Y mi única herencia de familia fue tener la mandíbula de un cocodrilo que no suelta su presa hasta que la hace pedazos.

Uno quiere que ella relegue el primer beso, el que dio vida a su pasión. Uno, en medio de la angustia, despoja su último beso antes de la muerte, señor Psiquiatra.

Señor Psiquiatra su diván se siente igual a las lápidas ¿tiene vino? De La Mancha preferiblemente.

EL HOMBRE SOLITARIO

RODRIGO GUILLERMO TORRES QUEZADA



El hombre solitario despierta mirando cómo el sol descompone por su ventana, las sombras que en su habitación le habían servido de refugio. Observa el suelo, las paredes y en derredor buscando algo que le diga que debe levantarse. En el velador no hay una fotografía de una familia veraneando en Islas Canarias, no hay un padre con su hijo en brazos, no hay una pareja que sonría con una dentadura blanca sin sarro. Solo hay apiladas cuentas impagas. El hombre solitario, entonces, descubre que tiene una razón por la cual levantarse, desayunar y salir a la calle para tomar locomoción y llegar al trabajo. Su razón es el dinero.

Ha salido de casa. El sol, como un parásito que se aferra al cielo succionando su color, yace molesto en el firmamento. Su luz descubre en él el rostro que no quiere ser visto, el rostro que guarda legañas en los ojos. Estas son pequeñas ladillas que han bajado de las cejas y las pestañas para acurrucarse en sus lagrimales. Se aferran a sus esquinas impidiendo que las lágrimas broten.

Sube a la locomoción. Se mantiene. Aguanta. Lo soporta. Baja de la locomoción. Baja al subterráneo del metro. Carga su

tarjeta de pago. Avanza. Baja aún más. Un montón de gente le espera. No a él. Esperan a que se muera, desaparezca y no les quite espacio en los vagones. El hombre solitario se imagina que son masas perdidas en busca de un líder, hormigas sin reina que las cobije. El exilio de la cigarra las mantiene en el útero de la civilización. Son escupos que, densos, se empujan unos a otros en los vagones. Flemas. El hombre solitario se une porque él es un moco y pide a gritos unirse a sus semejantes. Dentro, el sudor viaja por las pieles como los gusanos que se arrastran en el cadáver; recorren los poros cual si fuesen gotas de lluvia devorando la tierra. En un vagón van decenas de solitarios. El club admite más miembros pero en sus juntas nadie habla. Solo hay que jugar a no mirarse y perderse en algún punto de la estructura. El hombre solitario piensa en un amor. Se imagina tomando su mano. Le da un beso. Le invita a dar un paseo en la plaza.

-¿Qué tal, mi amor? ¿Has pensado en nuestro viaje?- dice la pareja.

-Sí, me gustaría ir. Estoy seguro que te hará bien tomar aire puro. Puede ayudar de muy buena manera a tu embarazo-dice él.

-¡Qué eres lindo! Te quiero. Vamos a un motel. Hagamos el amor.

Un codazo lo despierta de su ensoñación. El metro se detiene. El sudor continúa. La gente se apretuja. El club ha aceptado a más adherentes. Sí, porque se adhieren entre las pieles. Pero no se hablan. Un metro. Un vagón. Un túnel. Todos soportan. Se soportan. El hombre se siente un enfermo. Intenta no pensar en la fealdad del lugar, de la gente, de la máquina. Intenta distraerse en la publicidad que rodea sus costados y el techo del vagón. Se siente engañado. Las promesas inocentes hechas para idiotas como él, suelen engañar a muchos. El desodorante de la atracción, el yogurt que ayuda a cagar mejor, la universidad

que titula a las personas en la carrera Felicidad, son algunos de los reclames que el hombre solitario absorbe. Al salir del metro se cierne sobre él una masa de gente que por poco no le deja aventurarse más allá de la puerta. Se acerca al trabajo. Observa la hora. Antes de ingresar enciende un cigarro y fuma. No quiere entrar aún. Desea arrancar y chocar contra la masa de personas que va de un lado a otro entonando el canto de la decepción. Son fecas estancadas en un fango. Él es el renacuajo que entre la basura quiere convertirse en sapo y respirar un poco. Mira la vereda. ¡Qué opaca luce! Han pasado sobre ella cientos, miles, millones de pies reduciendo su condición a la de una humillante pasarela de la vergüenza. El hombre solitario entra a su trabajo. Saluda pero sabe que a las galaxias le importan un comino sus Buenos días, ¿Qué tal estuvo el fin de semana?, ¿Tomaste mucho?, ¿Viste el programa de ayer? Los hombres solitarios no asumen su derrota, su fracaso social. Viven deseando asomarse a la barra dando saltitos de enano. El hombre solitario va de lleno a lo suyo. La empresa se enriquece, él gana dinero. Se siente triste. Por la ventana se distingue la calle. Los vehículos pasan como invitándole a que se lance. Adentro, ya todos se lanzaron hace tiempo. Solo falta él.

Pero no entiende las reglas del juego. Aún así, el hombre solitario trabaja. Cumple.

Recibe felicitaciones. Sus supervisores le proponen nuevas formas de innovar.

-Mi amor, ¿te has preguntado por qué las estrellas titilan?

Es la hora del almuerzo. En la misma mesa se sientan los ejecutivos y la gente de menor rango. Se sonríen. A él la comedia le produce dolor en los músculos de la cara.

-No sé, mi amor- toma su rostro. Lo acaricia. Es la persona más bella del mundo. Tiene el rostro de quien vio una vez pasar entre la gente y posee la personalidad que le hubiera gustado a él tener.

Más trabajo. Termina el horario. La despedida. Fue un día productivo. Vestirse como una mosca que siente el olor fétido del dinero es ser productivo. Hay que sonreír. El hombre solitario vuelve al metro, vuelve a la locomoción. Vuelve a su ensueño romántico. Vuelve al abismo.

Pero el hombre solitario no solo siente el desdén cuando respira en medio de la obligación. Siente el reflujo venir cada vez que ve la tristeza de una madre que lleva a su hijo de la mano al colegio. Se imagina esa vida marchita, relegada a otro, presa del reloj, pensando en lo que el niño hace a tal y cual hora. ¿Y si al niño le han golpeado? El hombre solitario siente asco con el acontecer nacional. Una historia es un montaje y está demasiado bien hilado como para que él, en un collage de vida, en un collage de situaciones disparatadas, lo comprenda. El día se va yendo y llegan las sombras de la noche atadas a una piedra que golpea su pecho. Le recuerdan que debe seguir respirando. Piensa en quienes ha visto durante el día. Los mismos para quienes él pasó desapercibido.

-El viejo que se fue de pie en el metro: Temblaba. Buscaba con la mirada algo que no era un asiento. Más bien, quería cruzar sus ojos con alguna persona para inyectarle a la fuerza su pesar.

-La mujer gorda que reía: No recordó dónde la vio. Solo tenía en mente su risa grotesca, que en realidad era un llanto surrealista. En el manto de grasa, el eco de la risa hizo retumbar la pared. Nadie contestó al eco.

-El (Los) hombre (s): Rostros inexpresivos, presas del cansancio. Porque cansa tener objetivos, porque aburre estar condenado a una carrera cuya meta ya dejó de ser la de un principio. Ahora es la que no tiene tiempo, es la meta infinita.

-El hombre solitario: Se vio en un espejo. Quiso golpearlo, escupirlo. El mundo está lejano. Una flor salpicada de vómito. La nube que se disolvió. El charco que ningún niño ocupó en sus juegos. La risa que no era risa. Los amigos que se olvidaron. Las verdades que se han mutilado para no ser tan reales. Un rostro feo porque dentro, un cadáver se descompone cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo que pasa. El espejo se ha trizado pero en su mirada. En su rostro hay arrugas. Se desespera. Solo le queda soñar.

-La pareja: Hurga en su mente y la encuentra. Corre de un lugar a otro invitándole a reír. A ser niños. Está en un campo cruzando las tablas que sirven de puente. Abajo hay un canal. Algo atraviesa las aguas. Grita. Él le da un abrazo. Se besan. Hacen el amor. Aparece el recuerdo de una pesadilla, entonces un esqueleto gigante pisotea la cabeza de una vaca muerta. Intenta olvidarlo. De nuevo, vuelve al beso. Hacen el amor muchas veces. Un codazo.

-El hombre que observó raro: Una mirada que duró un segundo pero que le sirvió para mantenerle en vilo todo el día. Quiso llorar.

-La mujer bien vestida a la cual todos miraban: Con una colonia que adormecía las mucosas nasales, la mujer yacía en medio del metro como una fuerza centrípeta que creaba gravedad. Alrededor de ella los astronautas observaban sabiendo que de la Tierra a Plutón hay un buen trecho. Ella sonrió. Su sonrisa fue como la mierda que se pisa sin querer: un gesto que nadie esperaba cuyo olor manchó con remordimiento el corazón de

esos hombres. La mujer llegó a su hogar. No tuvo sexo. No ganó más dinero. Sin embargo, al sacarse sus aros, se miró al espejo y sonrió.

-Los niños: El hombre solitario les vio como a unos pares. Criaturas condenadas a errar por el desierto, intentando comprender el mundo. A golpes, a patadas, a puñetazos. Seres endemoniados, monstruos cuya lengua es una cuchilla mordaz. Ríen a carcajadas. El hombre solitario quiso vomitar.

-El policía: La mascota fiel le observó como quien mira al subalterno. La ley y la nada.

La ley en su propio mundo inventado de fuerza, rigor y estructura. Pero el orden no existe. Todo es montaje. El caos del día a día comienza cada vez que alguien se lava los dientes, piensa en la palabra “mesa” y la repite tanto que esta ya deja de tener sentido.

-Los ancianos que estaban sentados en una banca: No se rodeaban de palomas, no tiraban migajas de pan, no hablaban de sus historias juveniles. Porque nadie estaba cerca de ellos. Solo el silencio les rondaba, el mismo que en algún momento próximo se les hará eterno.

-El polvo: Como un fantasma, cruza por doquier ensuciando al rico y al pobre, encantando como un artefacto mágico a los transeúntes. El hombre solitario lo aspira. Tose. Sabe que en él están las partículas de millones de muertos que el planeta liberó de sus tumbas porque las tumbas también se hicieron polvo.

El hombre solitario deja de reflexionar. Ha llegado el momento de sumergirse en el fin del día, en permitir a los espec-

tros de la ensoñación apoderarse de su raciocinio. El día acaba por fin. Aunque para él ya el día pasó hace muchos años. Desde el primer respiro, en todo caso, comenzó su noche.

Al otro día, despierta con angustia. Se toma el pecho. Siente un dolor intenso. Toma un papel y un lápiz. Escribe una historia. La titula: El hombre solitario.

EL INSTANTE OLVIDADO

EDUARDO JOSÉ VILADÉS FDEZ. DE CUEVAS



Cuando empezó a irse no quise admitirlo. Fue como la muerte. No avisa, puede intuirse pero nunca anuncia exactamente cuándo llegará. Es como un asesino a sueldo que va dejando señuelos a lo largo de los años hasta que comete su crimen. Irreversible y perfecto. Estuve dos años esperándole, en especial en aquellas circunstancias en las que había mucho trajín de personas, en las que alguien salía de un sitio, del teatro, del cine, de la tienda de ultramarinos. Me quedaba parado en la puerta pensando que aparecería en cualquier momento con sus andares de actor del Hollywood clásico. Era muy parsimonioso y no le gustaba empujar a nadie para ocupar la primera plaza porque, aún llegando en el pelotón de cola, daba siempre la sensación de que ocupaba esa primera posición. Un día me di cuenta de que ya no volvería. Al menos el padre de siempre no regresaría. Cuando todo el mundo había salido, la puerta se cerraba y no quedaba nadie, solo yo y mi imaginación. Al percatarme de que mi padre ya no estaba empezó a aterrarme la idea de olvidar cómo había sido. Tenía miedo de que la memoria me jugase una mala pasada y un día no recordara su esencia más allá de los viejos álbumes de fotografías o la imagen inerte que veía en aquella cama.

Fue así como me convertí en escritor. Fue así como encontré la verdad donde solo existía vacío, inmortalizándole en mis obras con aquella americana de colores chillones, un poco yeyé, que nunca se desteñía y que mamá le había regalado cuando aún pensaban que la existencia era un juego. Fue así como conseguí, en definitiva, curar la enfermedad de mi padre. La literatura me permitió reencontrarme con él, tomarme diariamente un par de cafés a su lado, salir a pasear al parque de enfrente y viajar en un santiamén de cualquier paraíso imaginado al sofá de casa. Pero me quedé en la superficie, pensaba que le infundía vida al escribir sobre sus avatares, cuando quizá hubiese sido más efectivo un beso en esa mejilla yerta que no quería observar.

En este periodo de confinamiento me he propuesto volver a darle un beso. Hace tres semanas que vivo con él. Vine a pasar unos días porque mi hermana se tomó un respiro y me pilló el estado de alarma. Al principio me enfadé muchísimo porque no quería renunciar a mi rutina, me negaba a compartirla con un muerto viviente anclado a una cama como un vegetal, sin apenas reaccionar a ningún estímulo, sucio, maloliente, como si esperara el ocaso en medio de una sentina. Mi padre siempre decía que al saber que te vas a morir se pierde el miedo a todo, se vive en una situación in extremis en la que uno hace lo que le da la gana y, en cierto sentido, es cuando las cosas empiezan a sonreírte de verdad. Por lo tanto, ¿es la vida la que no nos deja disfrutar de la propia vida?

Mi padre tiene los ojos gastados de tanto mirar. Quizá de observar la realidad que le circunda. Es posible que se le hayan deslucido de ver tanta porquería al final del camino. Si despertase ahora y se diera cuenta de que la humanidad está en peligro por un bicho generado a miles de kilómetros de distancia no daría crédito. Por mis padres estoy aquí y por ellos no me entiendo a mí mismo el 90% de las veces. Uno está, la otra se fue hace un tiempo, aunque quien permanece se deja ver poco.

Nunca he querido tener hijos para no cometer los mismos errores que ellos hicieron conmigo e hipotecarles de por vida. Tampoco me interesa convertirme en padre como una proyección de mis frustraciones ni para alcanzar una empatía que no poseo. No soportaría que mis hijos aceptaran mis mentiras por lealtad. Desde que murió mamá no pasaba más de un par de días con mi padre. Se caga encima, se mea, se le cae la baba, balbucea palabras sin sentido y, en las contadas ocasiones en que vuelve en sí, a menudo me insulta y me grita. Cuando a las ocho de la tarde medio vecindario sale a los balcones me gustaría que viniese conmigo. Le cubriría con una manta y colocaría su cabeza bien recta en la silla de ruedas para que aplaudiésemos juntos. Pero no puede... Al término de los aplausos me quedo mirando cómo vuelve la gente a sus casas, casi todos con expresión mohína, quizá con un cúmulo de pensamientos negativos en su interior porque a nadie le gusta la falta de libertad ni la incertidumbre. Es posible que mis vecinos recreen este sentimiento de concordia que ha aflorado en media España porque se lanzan abrazos y besos de una terraza a otra, cuando hace apenas unos meses se insultaban si se cruzaban en el paso de cebra y apenas se dirigían la palabra. De repente, se convierten en actores improvisados en el escenario de sus balcones. Espero que esas buenas intenciones no sean como un enero tras Navidad... Quizá lo que antes llamábamos normalidad no era tan normal si ha desembocado en esta mierda. Puede que con mi padre me ocurra lo mismo, ha tenido que suceder lo inimaginable para que vuelva a casa y vea cómo está realmente, para que la normalidad basada en una llamada telefónica semanal a mi hermana se haya derrumbado como un castillo de naipes.

No guardo buen recuerdo de lo que viví en este piso durante la adolescencia contemplando un matrimonio que nunca se quiso. Me alimentaron día a día con el germen del desamor que se profesaban, absorbía constantemente el mutuo desprecio que se manifestaba entre ellos, con lo que llegué a asumir que la

infelicidad y la desidia eran el estado natural de toda pareja. Esto distorsionó el modo en que viví mis relaciones en la edad adulta, apartadas del amor incondicional y la generosidad. Una convivencia sin amor puede resultar insoportable, la insatisfacción mantenida en el tiempo saca lo peor de cada persona, los convierte en perdedores, en hienas el uno para el otro. Los padres deberían ser conscientes de que pueden sabotear la vida de sus hijos con su comportamiento... Yo salí del pozo gracias al teatro y la literatura. También por textos como éste porque me sanan. E incluso sigo saliendo del pozo gracias a una enfermedad con nombre regio que me ha obligado a volver a querer al que está en esa cama del fondo de la casa, muerto pero vivo, un Nosferatu de las emociones que, hay que joderse, es mi padre. Cuando le dejo descansar y veo alguna película en el salón me llaman la atención los marcos de fotografías que se agolpan por las estanterías. Casi todos son de fotos muy antiguas, lo que me indica el paso del tiempo y, en consecuencia, lo poco que le queda. Mi madre era muy abigarrada, de aquellas mujeres criadas con gotelé y teléfonos góndola rojos en la pared. Nunca tuve una buena relación con ella y no la echo de menos, ni siquiera al contemplar las instantáneas olvidadas encima del tocadiscos. No le gustaba nada de lo que hacía, ponía pegas a todo lo que emprendía, todo lo veía negativo, a todo le auguraba algo funesto. Siempre pensó que ser un artista era un oficio menor que desempeñaba porque era un vago. Nunca tuvo empatía conmigo. Yo tampoco intenté tenerla, pero sí que llegué a la conclusión de que no nos entendíamos y procedíamos de universos diferentes. Cuando realmente comprendí que el germen de nuestra relación era la falta de entendimiento, empecé a valorarla de otra manera, de un modo incluso más cándido. Pero ella no alcanzó ese estadio. No estaba a gusto con la vida, parecía siempre enfadada, amargada, nunca le parecía bien nada, hablaba chillando y con un nivel de histeria que rozaba lo grotesco, aceptaba las cosas como una obligación irremediable, con una contumaz flema que provocaba un mayor

desapego en todo lo que le rodeaba. Nunca hizo nada para abandonar esa inquina. Era mucho de meter el dedo en la llaga, de hurgar en mis heridas, de malmeter con los dos amigos íntimos que me quedaban, pues yo mismo había rechazado a muchos de ellos por las envidias de mi madre y sus celos. Le ponía nerviosa que no siguiera su juego, que no me comportase como ella pensaba debía hacerse. Todo ello aderezado con una falta de dulzura e indolencia totalmente descarnadas. Pero aquí estoy, en su casa, con su impronta presente y su marido que se resiste a coger el billete para acompañarla a su mundo de nunca jamás.

Me imagino que sentirse bien todo el tiempo es una utopía, así que vivimos pequeños instantes de bienestar que, mezclados en una especie de coctelera interior, nos indican si tenemos una vida medianamente agradable. Esto entroncaría con lo que antes decía de la inexistencia de la felicidad constante. Yo sigo este ejemplo con mi padre. Aunque hace mucho tiempo que se marchó, de vez en cuando vuelve a encontrar las llaves de casa en algún rincón de su memoria, abre la puerta de par en par y está conmigo un ratito. Por mi padre he renegado de todo, me he rebelado contra el mundo e intentado reconstruirme en innumerables ocasiones. Le he odiado, he colgado el teléfono alterado después de oír cómo me gritaba sin razón, le he insultado, vilipendiado y detestado. Me ha hecho llorar, de rabia y de alegría. Ha hecho que cambie, para bien y para mal. Ha conseguido que me arrepienta de terribles comentarios vertidos en el calor del momento. Pero siempre he terminado volviendo al nido como un polluelo descarriado. Por él he hecho y dicho muchas tonterías. A su lado me dejaba llevar y manifestaba cómo era realmente, toda mi furia y mala leche salían a borbotones, quizá porque sabía que nunca me abandonaría, porque no tenía capacidad de ofensa sobre mí. ¿Cuánta gente no sabe dar el justo valor a las cosas pequeñas y desperdicia sus sueños perdiéndose en pensamientos negativos? Esto hace que la vida, inevitablemente, se dirija hacia la derrota. Sucede cuando se pierde el deseo de hablar con la

gente, de escuchar, de esperar, de admirar a los demás. Por mi padre he sabido siempre que lo insignificante suele ser mucho más interesante y enriquecedor que lo fastuoso, que hablar con la tendera de tu barrio suele aportarte mucho más que reuniones de postín con catedráticos o eruditos... Quién me iba a decir que todo este batiburrillo de sentimientos se revolvería en mi interior encerrado en una casa que ya no siento como propia y con papá meditabundo. Pienso que los relatos que me contaba mi padre fomentaron en mí la pasión por la literatura, necesaria para luchar contra mis demonios internos. Cada vez que mi padre visita mi mundo y deja por unos segundos su universo, aprovecho para acumular ideas e historias que al llegar a casa plasmo en folios en blanco. Cuando no esté, quiero que esos momentos de felicidad permanezcan inmortales para siempre y poder leérselos a alguien especial. La faena es que no pienso que aparezca ese alguien especial, la vida es una suma de adioses, somos los mayores acumuladores de pasados, yo tengo que ir preparándome para una nueva marca en ese calendario del adiós.

Aunque hace mucho tiempo que he convertido la soledad en mi estado ideal, desvinculado de cualquier compromiso, lo que me permite aislarme de todo y de todos cuando siento la necesidad de hacerlo, esta situación me supera. Deambulo por todo el piso como un alma en pena intentando inspirarme, sentarme a escribir. Miro de soslayo a mi padre con el rostro ceñudo, incluso me acerco a su lado y le toco. Abro álbumes de fotos, veo viejas cintas de VHS que quito a los cinco minutos porque no soporto la penetrante y chillona voz de mando de mi madre, voy a la cocina y me hago un sándwich que tiro a la basura porque hace cinco días que no hago la compra y el pan está achiclado. Me ducho, me pongo el pijama, me lo quito, hago unas cuantas sentadillas, me percató de que a partir de cierta edad eliminar las lorzcas es una entelequia, lloro. Parece mentira que hace no mucho tiempo acudía a papá constantemente cuando tenía todo

tipo de dudas, en particular aquellas relacionadas con el mundo académico o profesional. El ámbito del corazón lo dejaba para mi madre, aunque reconozco que infravaloré a mi padre en más de una ocasión y después me sorprendió con una empatía enorme a la hora de hablar de sentimientos. Envejecer no es algo bonito, es una putada, una treta del destino, se adquiere más sabiduría e inteligencia emocional, pero el cuerpo se va marchitando y termina siendo basura, una podredumbre que ahora parece multiplicarse por mil al encender la televisión y ver lo que este germen está haciendo, que se mete en mis entrañas como una larva llena de moho al no poder salir a la calle ni respirar aire puro, que me asfixia poco a poco al verme encerrado en esta atmósfera opresora con olor a formol...

Tras la marcha de mi madre la memoria de mi padre fue apagándose poco a poco. Curioso que no se aguantasen pero no pudieran vivir el uno sin el otro. La muerte es muy distraída, siempre se lleva o deja con vida a la persona equivocada. Pienso que la muerte acertó llevándose a mi madre, al menos yo respiré tranquilo durante cierto tiempo, llamaba a casa y nadie me chillaba ni aniquilaba mis ilusiones. No me arrepiento de expresarme en esos términos. Yo vivía en el extranjero y veía a papá de pascuas a ramos, lo que hacía que el cambio que experimentaba en su interior fuese aún mayor para mí. Ya por teléfono se percibía que su antaño prodigiosa velocidad mental había mermado, que su elocuencia no era la misma y que tenía que repetirle las cosas tres o cuatro veces. Afortunadamente, al cabo de no mucho tiempo pude volver a España y estar a su lado para asistir al proceso que estaba desintegrando lo que había sido mi padre. De todas maneras, lo hice para cubrir el expediente, me limitaba a verle de vez en cuando y llamar por teléfono a mi hermana o su cuidadora, a quien pagaba yo para sentirme exento de culpa. Con eso me conformaba y encima me sentía buen hijo.

Ha tenido que llegar el coronavirus y el confinamiento para percatarme de que yo era un infame. He hablado de felicidad, de alegría, de amor, de pequeños instantes de luz, pero no soy ingenuo y lo que late en el fondo de todo esto es una perre-ría de marca mayor. Hablamos de que una de las personas que más he querido en el mundo está pero no está, una especie de fantasma que pasa sus últimos días sin recordar lo que ha sido. Pero en esta vida hay que avanzar y resignarse no lleva a ningún lado. Por lo tanto, me quedo con esos momentos de luz en los que mi padre vuelve a mi vera. Cuando el túnel en que se encuentra atraviesa un sendero en el que se genera un fulgor, yo me acerco a él, le cojo la mano y le escucho. Intento transmitirle parte de nuestra historia para después contarla y curarme. Supongo que los infiernos que podemos imaginar son siempre menos crueles que los auténticos, puede que esa sea la enseñanza de este texto que está a punto de concluir, que el lector decida.

Me gustaría transportarme al pasado y verle lozano y vigoroso, con 40 años, cuando me quedaba dormido en el sofá con Mayra y la subasta como testigos silenciosos y él me arrullaba y llevaba a la cama con sumo cuidado, cuando entraba en su despacho y me echaba con centenares de cariñosos exabruptos porque le desconcentraba, cuando me chillaba para que fuese a cenar tras media hora de espera, cuando pasaba noches en vela si llegaba a casa más tarde de la cuenta. Todos aquellos que se van dejan siempre aquí un poco de ellos mismos. Puede que ese sea el secreto de la memoria, puede que este encierro tenga algo de positivo, puede que me ayude a asimilar el pasado para planear un futuro hermoso desprovisto de máscaras narrativas que endulce un poco la amargura del mundo. Sé que en el fondo de su corazón papá sabe quién soy, es imposible que la memoria se separe del alma como el que separa dos lonchas de jamón.

Esta noche le daré un beso y escribiré algo pensando en él...

EL VERDADERO SABOR DE LA LECHE

JOAQUÍN GOMIS TEN



Un niño, tímido y educado, de unos nueve años, observaba con admiración desde la entrada a la nave. Todo lo que veía le parecía absolutamente fantástico. No había nada familiar para él excepto los enormes animales a manchas blancas y negras que estaban alineados contra un pesebre rebosante de hierba. Parecían vacas, pero eran enormes, pensaba. Además, tenían el culo de otro color, una especie de marrón-beige que no aparecía en los dibujos que él estaba acostumbrado a ver. Rumiaban fatigosamente una, dos, hasta diez veces cada bocado que iba a parar a sus cuatro estómagos, uno tras otro, hasta conseguir extraer el valor nutricional de aquella hierba seca aparentemente insípida.

–Hombre, tú debes ser Miguel –dijo en tono alegre un señor con la ropa del mismo color que los culos de las vacas y con unas botas de agua hasta las rodillas.

El niño no contestó. Seguía impresionado.

Se oyó cómo llamaban al ganadero, Xuan Viesca, desde fuera para que se acercara. Xuan se enjuagó las manos con la manguera con la que estaba limpiando de purines el recinto y

cerró el grifo antes de salir a saludar a sus familiares que habían venido desde la ciudad para la boda de su hija que se celebraba al día siguiente.

Apretones de manos, sonrisas forzadas de personas que se saben familia de sangre pero que no se conocen en absoluto. Se trataba de la familia de Miguel, hermano de Xuan, que había emigrado a la ciudad ya hacía muchos años. Xuan fue quien se quedó al frente de la explotación ganadera y nunca se había ido del pueblo. Allí vivía con su mujer, Herminia, y entre los dos seguían aguantando a duras penas la vaquería.

Xuan no había querido que su hija, Ester, se quedase en el pueblo pues no veía futuro, así que el municipio estaba cada vez más despoblado. Los costes de producción se habían incrementado en la última década hasta ser insostenibles para un precio de la leche cada vez más bajo. Para sobrevivir,

Xuan no había tenido más remedio que firmar un convenio con la cooperativa, que le vendía la leche fresca a una gran central de procesamiento, para conseguir un precio estable.

–¿Qué tal estáis, hermano? –preguntó Miguel a Xuan mientras le ponía la mano amistosamente sobre el hombro.

–Bueno, no nos podemos quejar –respondió Xuan con una frase neutra que quería zanjar la pregunta sin entrar en detalles. Y ambos sabían que no era cierto. En alguna ocasión Miguel llamaba por teléfono a su hermano mayor, casi diez años mayor, para interesarse por él. Sabía que aquella no era vida, simplemente se trataba de subsistencia. Xuan había decidido continuar con la granja de su padre por tradición, pero los tiempos habían cambiado mucho y a peor, y Miguel sentía que, en cierto modo, lo había abandonado. No era así, pero era lo que sentía. Miguel le había incitado mil veces a que se mudase a la ciudad. Xuan siempre le había contestado que lo único que sabía hacer y lo

único que había hecho en su vida era cuidar de las vacas y vender su leche. Ese era todo el bagaje con que Xuan se enfrentaba al mundo, exiguo incluso para él mismo.

–¿Vamos a tomar algo a la tasca? –dijo Miguel, esperanzado. Xuan se excusó en que tenía mucho trabajo y animó a Herminia a que fuera con ellos.

–Yo me quedo –dijo una voz infantil, suave pero firme. Era Miguel hijo, quien había decidido quedarse con su tío para observar más tiempo aquel lugar que le fascinaba. Los adultos se miraron con extrañeza.

–¿Seguro? ¿No prefieres venirte con nosotros y tomarte un refresco? –dijo su madre con cariño. –No mamá, prefiero ver cómo se ordeñan las vacas –contestó con firmeza. Sus padres se miraron, miraron a Xuan y éste consintió con un leve movimiento de cabeza y labios apretados.

–Así que quieres ver cómo se ordeña a las vacas, Miguel.

–Migue –rectificó el niño. Al contrario que su padre, Migue era un niño de carácter fuerte y decidido, con ideas claras y rápidas.

–Bueno, Migue –concedió su tío– antes te tengo que explicar cuál es el proceso. ¿Quieres?

El niño movió la cabeza arriba y abajo con entusiasmo. No se había imaginado que salir de la ciudad podía ser tan interesante. Nunca había estado en la granja y se preguntaba por qué sus padres no lo habían llevado antes.

–Pues mira –empezó su tío Xuan– primero vamos a darles un agua para que esto esté más presentable, que es lo que estaba haciendo cuando habéis venido.

Sonaba a reproche. Parecía que la aparición de su hermano y familia había interrumpido sus inexcusables labores y ahora se lo refería a su sobrino. Al momento sintió que sus palabras estaban fuera de lugar, pero un resentimiento interior de años pugnaba por verbalizarse en su boca o dejarse ver en sus acciones aprovechando cualquier ocasión. Quería que Miguel fuera consciente de que él se había quedado allí, a mantener el legado familiar, mientras lo veía huir a la ciudad y casarse con una urbanita. Había dejado de ser un hombre de pueblo para convertirse en un urbanita más, un turista cuando volvía al pueblo en el que había nacido. Sin embargo, él tenía que estar esclavizado a aquellas vacas todos los días del año. No podía ponerse enfermo, no podía tener vacaciones, no podía ni siquiera alejarse de allí más de unas horas, pocas, para ir a comprar el ensilado o aclarar cuentas con la cooperativa. Y quería que Miguel lo supiese. Pero al mismo tiempo sabía que no había querido aquella vida para su propia hija y había hecho lo posible para que estudiase en la ciudad y se buscara un porvenir menos esclavo.

–Tío Xuan, ¿cómo se ordeña? –preguntó el niño, inquieto por comenzar.

Xuan se asombró de que aquel niño, serio y remilgado, le hubiese llamado tío Xuan. Le sonó bien. Pero lo que mejor le sonó fue la pregunta.

Xuan entró en una estancia contigua a la nave y activó el sistema de succión en un panel. Alcanzó los succionadores metálicos de la primera vaca, que colgaban de una barra sobre ella, y se los colocó hábilmente en las ubres. La vaca apenas se inmutó, era su rutina habitual. Xuan se incorporó y alcanzó los succionadores de la siguiente vaca y se los alargó a Migue. La cara de este se iluminó de emoción. Los cogió torpemente, ayudado por su tío porque pesaban demasiado para un niño de nueve años, y los fueron colocando uno a uno, con cuidado en cada ubre.

Se acoplaba automáticamente a cada pezón, succionándolo al hacer vacío. A partir de ese momento la vaca quedaba conectada con un depósito redondo y grande que almacenaba todo aquel líquido blanco. Unas palas rotaban en su interior para impedir que la nata se cuajase en la superficie. Se trataba de leche pura, sin ningún aditamento. Calentita y dulce, Xuan le acercó medio vaso del depósito, que Migue bebió con fruición, manchándose de un blanco refulgente la parte superior del labio. –Qué rica –dijo con una sonrisa plena. Xuan se sentía satisfecho. Aquel niño, en un rato, le había devuelto el orgullo por su labor.

–Tío Xuan, ¿a esta vaca qué le pasa? –se interesó Migue por una vaca tumbada en un establo aledaño a la nave. Estaba muy gorda y solo podía moverse con torpeza. Tenía el abdomen hinchado a ambos lados.

–Esta vaca está a punto de parir. Hoy tiene que venir el veterinario a provocarle el parto para que mañana estemos libres para la boda de tu prima. El ternero ahora ya tiene que estar con la cabeza apuntando hacia afuera –dijo palpando el anca del animal– y las patas por delante. Esa es la mejor posición para nacer sin complicaciones.

–Estás preciosa –dijo con los ojos húmedos Herminia mientras admiraba a su hija Ester que se probaba el traje de novia por enésima vez. Herminia le había dado los últimos retoques al traje comprado en la ciudad. Ester se había prendado del que había visto en el escaparate, un traje de corte clásico, elegante, con pedrería incrustada y ciertos toques de puntilla y gasa en los extremos de las mangas y en el escote. Un verdadero traje de princesa.

Xuan volvió a mirar el reloj. El veterinario tenía que estar al caer. Necesitaba que fuese puntual para poder dejar todo organizado. La mañana siguiente era la boda de su hija y no podía faltar por nada del mundo. Confiaba plenamente en Teodoro, el

veterinario que mantenía el control sobre la salud de sus animales desde hacía años. Decidió esperar pacientemente junto a la vaca parturienta.

Se hizo de noche y los animales ya dormían. La vaquillona estaba algo incómoda, pero no parecía que el parto fuese inminente.

–Mamá, mamá, despertad ya, que quiero estar cuando salga el ternero –dijo Migue mientras zarandeaba a su madre todavía dormida sobre la cama. Sandra alargó la mano y giró el reloj de manillas que había sobre la mesilla de noche.

–¡Pero si todavía son las siete de la mañana! –protestó–. Anda acuéstate y ya iremos más tarde. Migue se cruzó de brazos con rabia y salió de la habitación de sus padres. Se habían quedado a dormir en casa de sus abuelos. Volvió a su cuarto, se quitó el pijama y se vistió con la ropa del día anterior. Sin decir nada a nadie abrió la puerta de la casa y salió hacia la vaquería de su tío. La vaquería estaba abierta de par en par tal como se había quedado el día anterior. Llegó hasta la habitación de la vaquillona. El tío Xuan estaba sentado en un taburete de madera al lado de la vaca que se encontraba tumbada. No había dormido nada.

El niño sonrió y se sentó junto a la cabeza de la vaca, acariciándole el hocico. Estaba cansada y aun le quedaba lo peor. Sus largas pestañas le hacían cosquillas al niño. Su mirada era serena y confiada.

Se sabía arropada.

Xuan sabía que tenía que darse prisa para dejarlo todo organizado antes del mediodía, era el padrino. Estaba contento, su hija, la única que tenía, iba a casarse. Los novios se iban a

vivir al pueblo de él, donde trabajaba, a unos diez kilómetros escasos. Estaba tranquilo porque no se iban nada lejos y, mejor aún, porque no se habían mudado a la ciudad, como casi todos.

Las ocho y diez de la mañana y el veterinario sin aparecer. Pese a su carácter tranquilo, Xuan se estaba impacientando. No podía tardar mucho más o todo se iba a complicar. Herminia le había pedido que fuera para casa, como tarde, sobre las diez para que le diese tiempo a asearse y vestirse para la ceremonia. Xuan ya no estaba seguro en poder cumplir los plazos. El impresentable de

Teodoro ya tenía que estar allí y hacerse cargo del parto, como habían acordado. Cualquiera otro día de la historia de la humanidad, pensaba Xuan, no hubiese pasado nada, pero precisamente el día de la boda de su hija no podía faltar. Buscó el número de Teodoro en la agenda y presionó el botón de llamada. No respondía nadie. Saltó el contestador.

Ester ceñía el precioso traje de novia con puntillas y bordados. Herminia no quería que nada estropeara el día de su hija, así que si Xuan no era capaz de cumplir a tiempo con Ester, ella era muy capaz de acercarse a la vaquería, con vestido de gala incluido, y arrastrar a Xuan de las orejas hasta el altar. No importaba lo que pasase, Xuan tenía que priorizar a su familia.

Sonaba el himno nupcial cuando Ester entraba en la pequeña iglesia románica acompañada por su padre, orgulloso como nunca. El novio la esperaba en el altar con cara de ilusión y el resto de la familia ocupaban los primeros bancos de madera. El resto de invitados llenaba la iglesia. El culto continuaba cuando Migue le indicó a su madre que tenía pis. Sandra levantó los ojos al cielo. Las iglesias no tenían baños públicos. El niño prometió a su madre que volvía enseguida. Salió de la iglesia. No tenía ninguna urgencia urinaria, simplemente estaba pensando en la vaca partera. Era consciente de que no podía hacer nada

para ayudarla, pero quería estar con ella, acompañarla para que no sintiera miedo. Dobló hacia la vaquería. Fue directo al establo de la vaquillona a la que estaba oyendo mugir. Al entrar le acarició en la cerviz y en el morro y ambos se tranquilizaron. La vaca tenía contracciones bastante fuertes. Su tío Xuan le había contado por dónde tenía que salir el becerro. Sin casi tiempo para reaccionar, la vaca comenzó a empujar. Notaba cómo la pobre vaquillona intuía que aquello es lo que tenía que hacer. Migue estaba asustado porque no sabía cómo ayudarla. En el tercer empujón comenzó a vislumbrar un bulto que se iba materializando. El miedo se le fue de golpe: ya sabía lo que tenía que hacer. Esperó un momento, hasta estar seguro, y aparecieron lo que parecían un par de pezuñas. Migue se daba cuenta de que estaba sucediendo como su tío le había contado y, por suerte, parecía que el ternero estaba en la posición correcta.

El siguiente empujón hizo que las pezuñas quedasen totalmente a la vista. Migue las cogió con sus manitas y en el siguiente empujón apareció el hocico del ternero. Era pequeño y precioso, pensó el niño. Sin soltar las pezuñas estiró al mismo tiempo que la vaquillona daba el siguiente empujón y, sin esperárselo, el líquido omniótico de la placenta hizo el resto. El ternero salió casi de una vez.

Como no volvía, Miguel imaginó dónde estaba su hijo. Fue a buscarlo. Entró a la carrera en la vaquería y se encontró a Migue abrazando al ternero que la vaquillona lamía con amor de madre. Miguel no pudo decir nada. La imagen era la más tierna que había presenciado porque su hijo, abrazado al recién nacido, tenía la sonrisa más amplia que jamás le había conocido. Miguel no pudo más que abrazarse a los dos.

La ceremonia estaba terminando con el intercambio de anillos. Los novios se besaron y todo el mundo aplaudió. Migue miró a su padre con complicidad y éste le hizo una mueca de

aprobación. El niño se acercó por el pasillo central, ayudado por su padre, con algo en brazos hasta llegar a la altura del tío Xuan. Toda la iglesia miraba sorprendida al pequeño Migue. Xuan se abalanzó con cuidado sobre el pequeño y les liberó del peso del ternero que llevaba en brazos. Un llanto irreprimible estalló dentro de él: el ternero estaba vivo y sano.

Aquel niño callado y remilgado había conseguido dar una lección de vida a todos. Ya sabía lo que quería ser de mayor, veterinario.

EMPATÍA MUSICAL

FELIPE TENENBAUM



-Tranquilo, peque. No es la primera vez que atravieso Hungría huyendo de una guerra cruel.

Desde que salimos de Ucrania y entramos en Hungría, el abuelo no para de hablarme en español. Con dulzura. Como si estuviera masticando un enorme caramelo invisible entre frase y frase. No entiendo nada de lo que dice pero su voz me tranquiliza. El silencio asusta. Es el presagio de las sirenas. Y las sirenas, de los estallidos.

-Entonces... peque... ¿Cómo te llamas exactamente? Por mucho que lo intento... no consigo pronunciar bien tu nombre... perdona...obviamente no hablas español...estem...

What is your name?

-...

-Caramba. ¿Inglés tampoco? No sé más idiomas... Me marché de Hungría con solo cuatro años. No me acuerdo de nada... Tampoco sé si se parecerá al ucraniano...

-...

-Tardaremos unos seis o siete días hasta que lleguemos a Zaragoza. ¿Quieres que conectemos mi tablet a la Wifi del autobús? Mira; esta es mi lista de vídeos musicales. Sale todo en español pero se ven las fotos de los artistas. ¿Quién te gusta? Tengo *Let it be*, *Thriller*... oh, espera. Este te va a encantar. Tiene unos años pero... Pink Floyd nunca envejece. Y menos ahora... escucha... bueno... ¿pero qué tenemos aquí? Por fin asoman esos dienteitos. Pensaba que no ibas a sonreír nunca. ¿Qué ocurre? ¿Te gusta, eh? Claro. ¿A quién, no? De hecho, a tu padre le encantaba. Estoy seguro de que ahora mismo también lo está oyendo en Kiev. Cuando era pequeño y se sacaba una mala nota en el cole, volvía a casa muy enfadado, subía las escaleras y se encerraba en su cuarto dando un portazo. Luego no había manera de sacarlo de allí. Ni con postres, juguetes o amenazas. Lo único que funcionaba era acercarme con la radio, sentarme al otro lado de la puerta y ponerme a escuchar *Another Brick in the wall*. Al rato salía y me mostraba su nueve. ¿Sabes?

Tu padre siempre fue muy exigente consigo mismo. Si no le ponían diez, armaba cada una...

-...

-Bueno, ¿y ahora qué? ¿Esa quieres? ¿*The Wall*? No sé... Con todo lo que has pasado... ver martillos gigantes avanzado sobre unas ciudades... mejor te pongo el de Mickael Jackson... los monstruos dan menos miedo que las guerras. ¿Qué? ¿Seguro que quieres *The*

Wall? ¿No me digas que la conoces?

-*The Wall*... *Támo pokazav ʘe no televizory*...

-¿"Támo"? ¿Eso es papá en ucraniano, no? ¿Escuchabas esto con Jorge antes de que entraran los rusos? Joder. ¡Qué cabrón que es mi hijo! Primero se muda a la otra punta de Europa

y ni me cuenta que me he convertido en abuelo. Y luego... no le asustan los invasores. Aunque supongo que tiene razón. No hay mejor manera de explicarle a un niño lo que ocurre en el mundo, que mirando este vídeo.

-¿“Ki-brón”?

-Jajajaja. Debe de ser verdad lo que dicen. Lo primero que se aprende de otro idioma son siempre los tacos. Escucha... peque... da igual que tu padre y yo estemos peleados... eres mi nieto. Y pareces majo. Te cuidaré... tú no te preocupes. Con el abuelo te lo pasarás bien. Ya verás que sí... -...

-¿Qué más oías con Jorge? Mira la lista.

-Is-ri-ji...

-¿No me digas? ¿Las Ketchup? ¿En Ucrania? La cara que se la habrá quedado a más de uno... si os poníais a bailarla... Búscala. ¡Es esa! La de las chicas vestidas de negro.

Los autobuses parecen torres de Babel con ruedas. A nuestro alrededor, hay cinco turistas japoneses, dos periodistas americanos, diez trabajadores polacos, tres alemanes muy serios, una chica húngara, seis ucranianos que huyen de la guerra como yo y un muchacho con una camiseta de Argentina que debe de estar diciendo cosas importantes porque no para de mover los brazos como si estuviera armado dos algodones de azúcar en el aire. Todos hablan en sus respectivos idiomas. Cada uno contribuyendo a generar un caos lingüístico que resulta atronador. Solo cuando el abuelo pone un poco música es que surge algo de armonía entre tantos puntos de vista. De pronto, los brazos del muchacho argentino parecen acompañar la melodía. Los rostros de los alemanes se relajan y todos parecemos ir en la misma dirección.

-Nuestra casa está muy cerca del insti. Y es muy bonito. Los muchachos ya saben que vienes. Verás como te hacen una

gran fiesta de bienvenida. Harás nuevos amigos muy rápido. Yo los hice cuando ese señor de bigote y mirada penetrante nos salvo de la guerra.

Zaragoza es muy hospitalaria con los que sufren. Desde que mis padres huyeron de Hungría, los hicieron sentir como uno más. Ahora están enterrados en el cementerio de Torrero. Como los buenos maños en que se convirtieron... estem... menos mal que tengo muchas canciones en el disco duro... si no... no sé cómo haríamos para comunicarnos... yo... no te preocupes... te enseñaré español y aprenderé ucraniano. Te lo juro... La verdad es que ya ni me acuerdo por qué nos peleamos tu padre y yo... ojalá él fuese más pequeño.

Sí, como tú. Entonces sería más fácil. Me lo llevaría de la guerra de una oreja.

-¿Oreja? Mu-ñi-ca di tri-pe.

-¿*Muñeca de trapo*? Claro que sí. La Oreja de Van Gogh no es de mi época pero la tengo.

Es esa. No, no. La de abajo. Correcto. Dale al play.

-In-ver-noz mu-i lur-goz.

-Sí, sí. Eso dice la canción. "Inviernos muy largos". ¿Aprendías español con Jorge?

¿Con estas canciones? ¿Pensaba volver? -...

-Perdona, peque. Ya sé que no me entiendes. Es que me emocioné.

¿Debería usar el traductor de google? No. Me preguntaría por mamá. Por la guerra. No estoy preparado para responderle. Ojalá

la vida fueran solo canciones. Entonces, no existirían las guerras ni las fronteras. Si yo puedo entenderme con el abuelo solo con música... ¿por qué les cuesta tanto acordar la paz a los políticos?

-Yon-Li-non.

-¡Claro que sí, peque! ¡Tú sí que sabes! Pon *Imagine*. Y que suene bien fuerte. Todavía estamos cerca de la frontera. ¡Seguro que nos oyen esos gilimemos!

-¡Ji-li-mi-mos!

-Jajaja. Sí. "Jilimimos". Tu abuela me va a matar si llegamos a Zaragoza y solo sabes decir eso. Pero es lo que son, ¿no? Con lo fácil que es resolver los problemas conversando... tú y yo vamos a hablar mucho. ¿Verdad que sí, peque?

-Dmytro.

-¡Eso! Demetrio. ¿Y yo me llamo...?

-Yayo Du-min-gu.

-Jajaja. A ti los idiomas se te dan mejor que a mí. Te irá bien, peque. Ya verás.

El abuelo se ha quedado dormido. El viaje es largo. Todavía no sé como hizo para llegar tan rápido hasta Kiev. Según papá, llevaban veinte años sin hablarse. No ha llegado a conocer a mi madre ni a mis hermanos mayores que ahora mismo están en el frente. Y sin embargo, bastó una llamada para que prácticamente se teletransportara a una zona de guerra y me cogiera en brazos. ¿Cómo es posible que los adultos sean capaces de quererse tanto y a la vez, de enfadarse por tonterías? Supongo que es normal. Si los adultos no fueran así, las guerras no existirían.

-Ups. Perdona. Fue solo una cabezadita. ¿Sabes? Llevo varias noches sin dormir. Para llegar antes. Quería verte. Verlo...

yo... da igual... no me entiendes. Ojalá tuviera un diccionario encima... bueno, tengo uno. La música. ¿Sabes, peque? Según la leyenda, cuando Dios castigó a los hombres por intentar construir una torre tan alta que llegara a los cielos, se arrepintió de su severidad. Obligarnos a hablar diferentes idiomas y separarnos por todo el mundo..., le pareció una medida demasiado cruel. Para compensarnos, inventó, después, la música. ¿Qué oímos ahora? ¿Tina Turner?

Tina Karol.

-¿Karol? No la conozco. ¿Es ucraniana?

-Так.

-Ok. Ponla en youtube... ah, caramba. ¡Qué linda voz que tiene! Igual no creas que no sé nada de tu país. Yarmolenko es un crack. Mil veces mejor que Morata. ¡Y Zinchenko también! Aunque no te voy a mentir. Antes de la guerra, casi nadie en Europa se acordaba de que existía Ucrania. Solo los que tenemos familia allí sentimos el conflicto como real. El resto de la gente vive como anestesiada. Las imágenes del noticiero les parecen de película. Una pesadilla de otros. Aunque son ellos los que están dormidos. Para despertar necesitarían salir, viajar, oler la realidad. Pero no. Mis vecinos ya ni salen de sus casas.

Tampoco nos reunimos en el bar a cantar jotas como antes.

-Vi-ci-nos ji-li-mi-mos.

-Jajaja. Sí, Dimitro. Ellos se lo pierden.

Paramos en Debrecen. Se baja el muchacho de la camiseta argentina y suben dos con la de Boca. Regla número 1 para viajar:

al parecer, siempre hay un argentino viajando contigo. Regla número 2: la música es el único idioma universal. Regla número 3: Por suerte los autobuses son más veloces que las guerras.

-¿Sabes, peque? Es la primera vez que recorro tantos kilómetros seguidos en años. Me siento joven de nuevo. No hago una locura así desde que a Jorge le dio un ataque de alergia en su Erasmus en Utrecht. Esa vez también, me subí al primer autobús que salía para allá sin siquiera preparar una maleta en condiciones.

-Чому ти посварився з татом?

El abuelo no me entiende de buenas a primeras. O a lo mejor sí y se hace el distraído. Tendré que averiguarlo. El traductor de google no es muy fiel pero creo que por fin me ha comprendido. Lo sé porque desde que le he mostrado mi pregunta en la pantalla de la tablet, se ha quedado en silencio. Como recordando escenas dolorosas.

Jorge era el mejor alumno de quinto año de medicina. Iba a ser un gran doctor. Solo tenía que aprobar algunas materias más y ya le tocaría empezar con las prácticas. Pero un día, todo cambió. Empezó a reunirse más seguido con su grupo de música. Y a faltar a clase. Al final, tiró todo su futuro por la borda para intentar hacerse profesional. En veinte años, lo he visto dos veces. Cuando se marchaba de casa dando un portazo. Y ahora. Es gracioso. En ambas ocasiones se lo veía tan barbudo, coletudo y decidido. Con su mochila de acampada encima. Antes, repleta de bártulos musicales. Ahora, de latas y municiones. Tan empeinado en ir hacia algo que yo creía innecesariamente arriesgado. ¿Por qué sufrir por la música si casi era doctor? ¿Por qué arriesgar la vida por Ucrania ahora si nació en Aragón? Durante el primer año, hablamos muchas veces por teléfono. Siempre peleábamos. Yo desde el mismo sitio, Zaragoza. Él, desde Strasburgo, Berlín, Copenhague, Edimburgo, Bucarest... Al final,

me harté y le pedí que no volviera a llamarme a menos que el mundo se viniera abajo. Obviamente, era lenguaje figurado. Pero el tonto de tu padre... se lo tomó al pie de la letra. Cuando descubrí que realmente no me llamaba... me desesperé. Estuve años buscándolo. Soñando con que él tuviera razón y yo no. Con que se hiciera famoso con su grupito y por fin yo lograra ubicarlo otra vez en el mapa... Investigué a todas las bandas emergentes de Francia, Inglaterra, Alemania...y mil sitios más. ¿Cómo cojones se suponía que adivinara que se radicó en Ucrania? Yo... ¿cómo podía suponer que solamente iba a volver a llamarme... cuando se viniera el mundo abajo literalmente?

No debí preguntar. Ahora mismo el abuelo no para de llorar y no he entendido nada de su explicación. ¿Qué hago? ¿Cómo lo consuelo si no sé español?

-Yayo Du-min-gu ji-li-mi-mo. Taro ji-li-mi-mo.

Parece que al abuelo le gusta que intente hablar en español. Y que reparta las culpas. Ya no llora. Pero sigue triste. Lástima que ya no me sepa más palabras en español. Lo único que me queda para animarle es esta tablet y youtube...

¿Qué es eso, peque? Ya sabes que de música ucraniana no sé nada. Aunque me gustó mucho la tal Tina Karol. ¡Caramba! Mira toda esa gente. ¿Este grupo que me muestras es importante, no? Debe de haber como diez mil personas en el concierto. Y la música es buena. Me recuerda un poco a mi lista. Los acordes parece atemporales. Eternos. ¡Dios mío! No me digas que ese de ahí... es Jorge.

-Так.

-¿De verdad el solista es mi hijo? ¿Tu padre? Ni salvando un millón de vidas sería mejor médico que cantante. ¡Soy el “ji-limimo” más grande de la historia!

Yo diría que comparte el podio con mi padre y Putin. Y poco más hablamos durante el viaje de una punta a otra de Europa. Desde que el abuelo ha visto el video, se la pasa charlando con papá por teléfono. El viaje es largo. Pero más largo resulta ponerse al día luego de 20 años de desencuentros.

ES RARO, FEDERICO

JESÚS MIGUEL VALLS LÓPEZ



Cuando Federico regresó de madrugada a su casa, se llevó una desagradable sorpresa. Habían forzado la puerta de la entrada, se hallaba entornada y con la madera astillada alrededor de la cerradura. Tras un momento de duda, se acercó con precaución, apoyó la mano y abrió la puerta lentamente. Era noche cerrada y el interior se hallaba en completa oscuridad. Esperó unos instantes en silencio con la intención de escuchar algún sonido.

Sus ojos se habituaron a la oscuridad y observó el vestíbulo. Buscó a tientas el interruptor, encendió la luz. Colocó en la consola la lámpara que se encontraba en el suelo. Al fondo del salón vio que estaban cerradas las puertas acristaladas de la terraza y el jardín iluminado por las dos farolas decorativas. En el suelo del vestíbulo, al pie de la escalera, había un fular andrajoso y una gorra.

Las prendas no eran suyas.

“Es raro, Federico”, se dijo.

Permaneció expectante unos instantes. Penso en hacer una llamada a la policía, pero no lo hizo y decidió esperar. Le entró un repentino calor. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se ajustó las gafas. Era tan insólito el acontecimiento que decidió echar un vistazo por su cuenta antes de denunciar el asalto. Le resultó muy tentadora esa mezcla de emoción y riesgo.

Observó de nuevo las prendas del suelo. Era probable que el propietario de la ropa hubiera huido.

Recorrió el salón en silencio. Observó detenidamente la estancia. Todo parecía en orden. Recordó que no guardaba objetos de valor ni dinero y respiró tranquilo.

Decidió inspeccionar toda la casa. Encendió las luces de la escalera y subió a la primera planta. Entró en la primera de las habitaciones. Descubrió que alguien la había registrado. Encontró algunos cajones abiertos y otros volcados en el suelo con su interior esparcido. Pasó por delante del baño y recorrió el resto de las estancias. Todas las habitaciones se hallaban con el mismo desorden que la primera, pero ningún indicio le hizo sospechar que en la casa hubiera algún intruso. Federico supuso que el asaltante debió huir por la terraza cuando le vio llegar y olvidó las prendas de ropa.

Retrocedió hasta la escalera y descendió en silencio. En la cocina se refrescó la cara con agua fría. Se sentó en un pequeño taburete y reflexionó unos minutos, no sobre el asalto a su casa, sino sobre ese estado de excitación en el que se encontraba. Esa tensa situación había agitado sus sentidos, la adrenalina le estimulaba, sentía bienestar y euforia. Ahora se estaba demostrando a sí mismo que era capaz de afrontar situaciones mucho más estresantes que las que soportaba a diario por su profesión de abogado.

Volvió a recorrer la casa. Se limitó a observar y desde el salón salió a la terraza. Comprobó que todo estaba tal como lo dejó cuando salió esa tarde.

Subió de nuevo al piso superior. Al pasar por delante de la puerta del baño, un sonido apenas perceptible del discurrir del agua, le paralizó.

Se acercó a la puerta y escuchó atentamente. Era, con toda seguridad, el goteo de la cisterna o de un grifo mal cerrado. Abrió la puerta con cautela, apenas unos milímetros, suficiente para ver que había un hombre metido en su bañera, cubierto de espuma. Contuvo la respiración. Cerró la puerta.

Bajó a la cocina, buscó algo que le sirviera de arma. Empuñó el taburete por una de las patas y regresó.

En la puerta del baño respiró hondo. Entró bruscamente.

—¡No se mueva o le abro la cabeza! —gritó, mientras mantenía el taburete alzado, decidido a estrellarlo en la cabeza de aquel desconocido.

¡Espere, señor! ¡No voy a hacer nada! —exclamó asustado aquel hombre, moreno, de oscuro bigote, que sacaba del agua las manos cubiertas de espuma y se protegía la cabeza.

—¿Qué hace en mi bañera? ¿Quién es usted?

—¡Cálmese, señor!

Del bigote del hombre colgaba un hilillo de espuma. Dirigió su mirada detrás de Federico, que retrocedió de inmediato hasta la puerta. Se volvió asustado y vio, junto al inodoro, a una mujer morena y robusta, que solo vestía unas bragas oscuras y cargaba en sus brazos a un bebé moreno, de cara amplia, envuelto en una toalla.

—No se asuste. No somos peligrosos, no le vamos a hacer daño.

El hombre seguía metido en la bañera.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Federico muy alterado, considerando de nuevo la posibilidad de utilizar el taburete en la cabeza de aquel individuo.

— ¿Qué quieren?

La mujer se sentó con el bebé en el borde de la bañera. Miraba a Federico con curiosidad, muy tranquila, como si la situación no fuera extraordinaria.

—Somos ladrones, señor. La verdad es que el ladrón solo soy yo. Ella sólo me acompaña de vez en cuando para no quedarse sola en casa con el niño.

No supo muy bien si le gustó la franqueza de aquel hombre.

—Por cierto, señor, tiene una casa estupenda —Federico le dio las gracias. Se sentía un poco confuso por la confianza con la que le hablaba.

—¡Quiero que me devuelva todo lo que me ha robado! La policía está en camino.

—Pero no le hemos robado nada, señor.

—No me tome el pelo ¿cómo que no? ¡Ha forzado la puerta, ha registrado mi casa!

¿Y no ha robado nada?

Es la verdad, señor. No tuve tiempo. Mi intención era robarle, no lo niego, pero como su casa es tan bonita no hemos

podido resistir la tentación de disfrutar esta noche de un verdadero hogar. Es una casa estupenda. ¡Ojalá nosotros tuviéramos un hogar como el suyo!

—Miente. Los ladrones no entran en casas ajenas a darse un baño como si fuera un hotel. ¡Y Salga de mi bañera!

—Sí, perdone. Se esta tan bien en ella... ¿Cuál es su nombre, señor?

—Federico.

—Tiene una casa muy grande, ¿vive solo?

— Si—contestó.

Federico se sentía más sosegado, pero incómodo con aquellas preguntas que consideraba impertinentes, pero contestaba sin ambigüedad.

—Disculpe, pero mi mujer decía antes que es una casa preciosa. No nos imaginábamos que todo esto fuera de un joven soltero. Porque es usted soltero...

—Sí, soy soltero —dijo, alzando la voz, cansado de sus preguntas insolentes.

Con el taburete todavía en la mano, retrocedió hasta la puerta. El hombre se incorporó para salir de la bañera. Después se cubrió con una toalla.

Federico bajó a la cocina y se sentó en el taburete. Todo lo que le estaba ocurriendo esa noche le pareció tan irreal que sonrió.

“Es raro, Federico”, pensó.

Aquellas personas habían asaltado su propiedad, pero sin embargo no se mostraban hostiles en absoluto y estaba seguro que se marcharían sin causarle problemas.

A los pocos minutos bajaron, ya vestidos. Parecían respetables y educados. La mujer dejó al niño en el suelo y comenzó a gatear por el vestíbulo. El hombre recogió la gorra y el fular. Después le tendieron la mano para despedirse.

Gracias por tu comprensión, Federico —le dijo el hombre con una pequeña inclinación, excesivamente formal.

Acompañó a los tres hasta la puerta. El hombre señaló la cerradura rota.

—Este tipo de cerraduras no las domino bien. Lo siento, Federico.

El niño se despidió agitando su mano y él le contestó con el mismo gesto.

Subió a su dormitorio. Desde la ventana los vio alejarse bajo la escasa luz de un par de farolas. Se encontraba cansado y se dejó caer en la cama.

Al día siguiente, a pesar de su costumbre de madrugar, Federico durmió hasta el mediodía.

HÁBLANOS DE ÉL

SUSANA REPULLÉS LAMBEA



Siempre me he sentido una impostora. Impostora y loca. Estudié psicología en un intento de comprender algo de lo que sucedía en mi cabeza. Me convencí durante años de que mi situación no era tan grave, ya que no me identificaba completamente con ninguna de las patologías que aparecían en mis libros de texto. Buscaba la dolencia con la que compartía todos los rasgos del manual pero no la encontraba, siempre sobraba o faltaba alguna cosa de la lista. Será que además de impostora y loca era incorregiblemente optimista. Ahora reconozco que, aunque no tenía todos los “síntomas” de ninguna de aquellas etiquetas, sí me pasaban muchas de las cosas de las que iba encontrando como características de unas y de otras. Ya que la mitad del vaso que estaba llena no era la que a mí me interesaba, decidí diagnosticarme como un leve caso de *mezcla de cosillas y rarezas* que, aunque no era un diagnóstico muy profesional, me permitía seguir tirando sin ahogarme en la angustia que provoca la certeza de la locura descubierta en una misma.

Creo que mi situación mental no ha empeorado con el paso de los años. Todo lo contrario. He aprendido a convivir con las peculiaridades de mi psique, a cogerles el gusto y hasta a sentir

un secreto orgullo al ver como mis salidas del tiesto incomodan al resto de la humanidad. En mi vida profesional intento no dar la nota y lo consigo. Hasta me he ganado cierta reputación en el trabajo con grupos de pacientes, lo que todavía exagera mucho más ese sentimiento que nunca me abandona de vivir en una mentira continua.

Cuando comencé a trabajar con este grupo seguía sintiendo que mi verdadera habilidad era la de interpretar mi papel a la perfección. Aparentar que era una buena profesional. *Si, si, te entiendo, asentía, ahondemos más en este tema si lo necesitas.* Escuchaba los abusos que cada una de ellas habían sufrido. Sus relatos sin ahorrar detalles, sin guardarse nada que se pudiera quedar dentro corroyendo silenciosamente su vida. Era parte del proceso. Ellas verbalizan como su padre, su tío, un maestro o algún vecino se excitaba con sus cuerpos mientras eran todavía niñas. Cómo veían esas manos absurdamente grandes meterse por debajo de su vestido. Cómo eran obligadas a fingir que era parte de un juego. Cómo sus sentimientos se confundían frente a esa persona que debería cuidarlas, que decía que lo hacía, pero que las cuidaba de una forma extraña y oscura. La intuición de que lo que estaba pasando era innombrable. La sensación de soledad absoluta. La infelicidad omnipresente como un velo que se interponía entre sus ojos y el resto del mundo. La culpabilidad arrojada sobre ellas desde todos los frentes posibles. *Té toco porque te quiero. No seas mala y dale un beso a tu abuelo. Por qué no puedes ser como las demás, por qué andas siempre enfadada y esquiva. Nunca serás como yo porque eres una niña rara. Estoy sucia y me merezco lo que me pasa.* Eso que no sabían ni lo que era, pero les estaba pasando. No sabían lo que era pero tenían diez, once o doce años y la vida les cansaba como si tuviesen cien.

Yo las escuchaba. Recibía todo ese dolor que hubiese tenido que saber gestionar, pero no sabía qué hacer con él. Y de repente sentí que era incapaz de seguir asintiendo ajena a

lo que me rodeaba, concentrada en que nadie reparase en mi ineptitud. El dolor de aquellas mujeres traspasaba mi disfraz cuidadosamente cosido durante años y me alcanzaba. Porque nadie podía escuchar todo aquello y salir indemne.

Hablaba con mi supervisor. Esperaba recibir la solución mágica con la que dar salida a todo aquello que se me amontonaba en el pecho. Pero su respuesta siempre era un seguro y rotundo *empatizas demasiado*. ¿En serio? Menudo lumbreras. Porque a esa conclusión ya había llegado sola. Y yo quería escupirle en la cara que no estaba entendiendo nada. Me sentía tan incomprendida que quería matarlo. Y no lo hice pero surgió una idea. El destello de la posibilidad que se asomaba por una rendija en mi mente. Una idea que enseguida pasó a convertirse en la única puerta para salir de ese charco de dolor pegajoso que estaba tragándome.

Todo comenzó con un *hablanos de él*. Mientras Carmen hablaba yo iba tomando notas. Pero no las notas de siempre. No anoté ni una sola impresión sobre la evolución de mi paciente. Ni un solo apunte sobre qué frente debía dejar abierto para trabajar en las próximas sesiones. Cogí mi libreta y comencé a escribir en una hoja en blanco. *Sujeto I. El agresor de Carmen. Y a partir de ahí escribí cualquier dato que me pareció importante. Cuando Carmen tenía 11 años él tenía 30, hoy tendrá 52. Vivía en la Calle Mayor nº 13, Carmen piensa que ahora vive en el mismo sitio. Trabaja en una gestoría: ¿Gestoría Rodríguez o Gestoría Rodrigo? Seguí registrando toda la información y, esa misma noche, sentada en el sofá con el ordenador apoyado encima de las piernas, tecleé su nombre en el buscador. No me llevó más de diez minutos dar con sus redes sociales. Fotografía de la comida de cumpleaños de su hijo pequeño. Dos hijos. Fotografía de la cena de empresa. Le gusta su propia empresa. Gestoría Rodrigo. Tiene un apartamento en Salou. Sale a caminar muy temprano todos los*

jueves. Su cara me da asco. Si. Qué tremendo asco ver todas esas fotografías donde aparecía rodeado de personas ajenas a su barbarie.

No tenía un plan. Improvisaría sobre la marcha. Lo único que tenía claro es que a él sí que lo iba a matar. Porque era un ser repugnante, pero sobre todo porque me apetecía. Necesitaba matarlo para tener un objetivo que me salvase de la sensación de rabia e impotencia que me torturaba.

Al jueves siguiente salí a pasear por la ribera. Eran las seis de la mañana y todavía era de noche. Caminé, sin alejarme mucho de la bocacalle por la que se suponía que él debía aparecer. Por suerte no había gentío entre el que perderlo. Todo estaba frío y desierto. Con los pies ateridos empezaba a dudar de mis intenciones cuando lo vi. Caminaba enérgicamente, moviendo los brazos como si llevase dos bastones. No esperaba que caminase con la cabeza alta. Había creado en mi imaginación a un hombre que arrastraba los pies los jueves por la mañana, como un ritual de penitencia por el daño infringido, pero me encontré con un cabrón presumido que lucía unas mallas apretadas y una camiseta deportiva a juego. Un cabrón satisfecho de sí mismo. Lo seguí durante varios días observando su rutina. Y seguí anotando. *Viene por la calle mayor. Pasea por el lado derecho del río. Cruza el puente antiguo. Regresa por la orilla izquierda hasta el mirador. Avanza por la pasarela. Se apoya en el balcón de madera y hace sus estiramientos. Deshace el camino y vuelve a su casa.*

Después de unas semanas de investigación me decidí. Me enfundé en el único chándal anticuado que tenía en el armario y me miré al espejo. Me gustó lo que vi. El reflejo de una asesina en chándal de *tactel*. Una asesina impostora, chalada y hortera. Joder, estaba estupenda. Fui caminando hasta la esquina de su calle y cuando salió de su casa corrí detrás de él. Sin acercar-

me demasiado. No importaba que me tomase algo de ventaja porque ya sabía dónde iba. Miraba su espalda. Aunque no había sido capaz de comer nada antes de salir me sentía rebosante de energía. Lo odiaba tanto que la posibilidad de la duda no existía. Cuando llegó al mirador de madera, que entraba un par de metros en el río, se paró. Estiró la pierna y la colocó en la valla de madera para estirar. Yo llegué corriendo, entré en el mirador y me paré en seco a su espalda. En un momento tan breve que pareció no existir lo empujé con todas mis fuerzas y cayó al río. Ahí estaba. Delante de mí. Mirándome con los ojos desorbitados y sujetándose como podía a los arbustos de la orilla. Su rostro pedía desesperadamente una explicación pero el susto le impedía hablar. No podía dejarlo subir. Miré a mi alrededor vi una rama. Pesada y gruesa. Ignorando el ahogado *no, por favor* que salió de su garganta levante los brazos y le golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza. Perdió el sentido y sus ojos se cerraron en una especie de cámara lenta después de quedarse en blanco. Las manos dejaron de hacer fuerza y soltaron las hierbas. El agua oscura del río se lo tragó. Como en un trance deje caer la rama, que flotó corriente abajo llevándose con ella todo el peso que había llevado encima desde que empecé a trabajar con el grupo. Volví a casa más ligera. Miraba mi reflejo en los escaparates de las tiendas todavía cerradas y me veía fuerte y hermosa. No iba a parar. Los iba a matar a todos. Alguien tenía que hacerlo. Aunque hubiesen pasado quince, veinte años. Porque cuando se atrevían a denunciarles la respuesta era un *no hay pruebas. Un es tu palabra contra la suya*. No era justo que esos tíos no pagasen por lo que habían hecho. Ese era el problema y no que yo empatizase demasiado.

El Sujeto II fue el agresor de Lola. Qué maja Lola. Me dio pena matarlo yo porque ella lo hubiese disfrutado más. Era grande y morena y cuando hablaba de lo que había sufrido, al contrario que sus compañeras que se encogían en las sillas queriendo desaparecer, Lola se ensanchaba todavía más. El hombre

que la agredió era su hermano por parte de padre, algo mayor que ella. Parece que no había abandonado sus repugnantes costumbres y descubrí como todos los miércoles a última hora de la tarde, se agazapaba en la parte trasera de un polideportivo y observaba por un ventanuco del sótano como las niñas se desnudaban en el vestuario. Tuve que hacer mucha fuerza estirando de una cuerda sobre su cuello hasta que dejó de intentar zafarse. Una vez que cayó hacia detrás vi que tenía la polla fuera de los pantalones. Tuve que contenerme para no vomitarle encima. Me sentí orgullosa de haberlo matado.

Al *Sujeto III* estuve a punto de perdonarle la vida. Era un desgraciado. Vivía en la calle y pasaba las horas intoxicado por el vino barato en tetrabrik que siempre tenía a su lado. Pensé que sería suficiente con asustarle un poco, así que me acerqué y le dije que era de la policía. *¿Se acuerda usted de Julia Ramos? Era su vecina hace unos años. Vivía en el cuarto y usted en el tercero ¿no es así? Ella tendría unos 11 años cuando empezó a encontrarse con usted cada tarde en la escalera.* Por un instante pareció emerger de su borrachera y un gesto asustado se dibujó en su cara. Pero se echó a reír. De repente. Como iluminado por la certeza de que sus actos no tendrían una consecuencia grave. Así que tuve que matarlo también. Le esperé escondida en la obra en la que dormía y le pegué un ladrillazo en la nuca. Se balanceo y aproveche para ponerme frente a él. *¿Ahora no vas a reírte, verdad?* Cayó de espaldas. Todavía se movía cuando lo miré desde el tercer piso del edificio a medio construir. Dejó de moverse cuando la carretilla llena de ladrillos que le lancé desde allí arriba se estrelló encima suyo.

Después de ellos hubo otros dos. Dos tíos anodinos a los que me costó encontrar a solas para acabar con ellos. A uno lo tuve que atropellar con el coche mientras sacaba la basura. No lo había planificado, pero lo vi ahí, en zapatillas de estar por casa y con esa bata rancia y marrón y no pude resistirme. Conduje

varios kilómetros con una peladura de naranja enganchada el limpiaparabrisas que había saltado desde su bolsa con el impacto. Desde entonces las naranjas me dan dolor de estómago. Es la única consecuencia negativa que ha tenido mi decisión de cargármelos. Con lo que a mí me gustaban las naranjas.

Por matar al otro pude haberme ganado el Goya a la mejor interpretación. Hacerme pasar por puta, meterme con él en el coche, atarlo al asiento porque *vas a disfrutar con lo mala que puedo ser* y corte limpio en el cuello con el cúter de mi caja de herramientas. Fui muy mala, si, pero creo que no disfruté.

He tenido que disolver el grupo. Una tarde Julia contó cómo se había enterado de que su agresor había muerto aplastado por unos cuantos ladrillos. Sentía alivio, nos dijo. Siempre se había culpado por no denunciarle y que él, impune, les hubiese hecho a otras niñas lo mismo que le hizo a ella. Sus palabras han sido mi mejor recompensa. El reconocimiento a la utilidad de mi locura. Me imagino recibiendo un trofeo pesado y dorado y lo coloco mentalmente sobre una chimenea que no tengo. *Gracias, gracias. Me ha costado un gran esfuerzo llegar hasta aquí.* Me dirijo al público, emocionada.

Mejor dejar de vernos antes de que las demás comiencen a tener noticias del resto de abusadores muertos *en extrañas circunstancias*. Sin duda empezarían a sospechar que no es una casualidad. También me he despedido por un tiempo del trabajo. Y creo que me siento menos impostora que nunca. Han sido unos meses intensos y necesito descansar. Quizá unos meses en el extranjero, pienso mientras en la radio del coche oigo que han encontrado a un hombre degollado atado dentro de su propio coche. *La sospechosa es una mujer joven que aparece de perfil en una de las cámaras de seguridad instaladas en el polígono industrial en el que se encontró a la víctima.*

IMÁGENES ASIMÉTRICAS

ELOY CALVO PÉREZ



Dicen que cuando uno está a punto de morir las imágenes de tu vida pasan delante de la vista a una velocidad de vértigo. Eso es lo que dicen, pero en el caso de Mathew Ferguson no fue así. Pasaron, sí, pero no tan deprisa.

De hecho, comenzaron desfilando ante sus ojos a un ritmo endiablado, pero poco a poco el ritmo de paso fue disminuyendo, lo que le permitió revivir con total claridad los acontecimientos acaecidos los últimos días.

Desde que el doctor Ferguson recibió el disparo hasta que su corazón se detuvo transcurrieron algo más de quince minutos, por lo que hay que suponer que su cerebro fue adaptando el ritmo de la proyección, pues de haber continuado todo el proceso a la velocidad inicial habría terminado de revisar toda su vida antes de que le llegara el final y obligado a su cerebro a iniciar un nuevo pase, condenándole a algo parecido a ver la misma película varias veces de forma seguida.

Dada su profesión y enorme experiencia, el doctor Ferguson debería haber comprendido que el proyectil que acababa de perforar su pecho era mortal de necesidad, pero no fue

su buen ojo clínico lo que le puso al corriente de la situación sino la primera oleada de imágenes que, a cámara super rápida, le recordaron, por última vez, sus juegos infantiles, el prematuro fallecimiento de su padre, su primer pitillo, la primera pinta de cerveza, el primer beso y su primer día en la universidad.

Mientras pasan ante sus ojos las imágenes de su último examen en la facultad, el doctor Ferguson comienza a convenirse de que, a diferencia de aquel, este no lo superará.

Para entonces la concatenación de imágenes ha adquirido un ritmo más reposado y eso le permite recordar el primer día que puso los pies en el hospital, los nervios de las primeras decisiones, la frustración experimentada tras la muerte de su primer paciente y, por supuesto, los éxitos profesionales que terminarían convirtiéndolo en uno de los cardiólogos más reputados del Reino Unido.

El doctor Ferguson está confundido. Tendido en el suelo, siente como va desangrándose sin nadie que pueda ayudarle, pero que la película de su vida se muestre cada vez a un ritmo menor no deja de sorprenderle. Eso no es lo que, en más de una ocasión, le han referido los pacientes a los que ha conseguido sacar de un coma o logrado reanimar después de haber sufrido un infarto, ni lo que tantas veces ha leído en la literatura médica o paramédica. Los fotogramas, que ahora discurren a un ritmo normal, le devuelven a la realidad. Habría dado cualquier cosa porque su cerebro hubiera tenido la gentileza de censurar esas imágenes, pues no en vano son las responsables de que se esté muriendo, pero a esas alturas su cerebro sabía mejor que nadie que no tenía nada que ofrecer.

Se ve a sí mismo descolgando el teléfono y escuchando la voz que llega desde el otro lado. De acuerdo, no se preocupe, actuaremos siguiendo las instrucciones que nos dicten en cada momento, se oye decir antes de colgar el auricular.

En las siguientes imágenes se verá caminando junto a otros colegas por un pasillo del hospital y penetrando en una habitación en la que un hombre con claros signos de desnutrición y rodeado de tubos y cables reposa en la cama.

Buenas tardes, soy el doctor Ferguson, se presentará. Sabemos que lleva usted cuarenta días sin ingerir alimentos sólidos y que su intención es continuar así. Yo y mis compañeros no somos quienes para decirle lo que debe hacer, pero es nuestra obligación advertirle que su estado es crítico y, de persistir en esta actitud, en muy pocos días su vida peligrará. Piénselo. Las imágenes pasan con la suficiente lentitud como para que el doctor Ferguson las rememore como si estuvieran ocurriendo en ese momento. Aquí le dejamos una botella de agua. Vuelve a escuchar su voz. Beba de ella y, piénselo bien, no merece la pena morir ni siquiera por lo que le ha llevado a realizar esta huelga de hambre.

Lo que ahora ve son los días que siguieron, la lucha interior por continuar respetando los deseos del paciente y su familia o ejercer el juramento hipocrático e intentar salvar la vida de ese hombre.

El doctor Ferguson intenta retener esta nueva imagen. Sin duda, para él es importante. Se trata de una llamada telefónica, pero distinta a la anterior. Escucha atentamente y, mientras la sangre continúa manando de su pecho, vuelve a sentir el mismo alivio que sintió en aquel momento.

También las imágenes en las que recorre un pasillo del hospital junto a sus compañeros es distinta, pero no la habitación a la que velozmente le conducen sus pasos. Ve como el hombre se resiste, sin fuerzas, a que le coloquen la sonda de alimentación.

Finalmente, no ha sido necesario sedarle, pero sí atar sus brazos a las barras de la cama. En esos momentos, la mayor preocupación del doctor Ferguson es que los diez días que han transcurrido desde que el paciente ingresó no le hayan causado lesiones irreversibles.

Las siguientes imágenes, discurriendo cada vez a un ritmo más lento, le darán la respuesta. El paciente se va recuperando. Había llegado a perder el treinta por ciento de su masa corporal y una semana después de comenzar la alimentación forzada ha recuperado ya cuatro kilos. De seguir así, no fallecerá.

El doctor Ferguson, quien ahora discute con la familia del paciente, si morirá. No sabe exactamente cuándo, pero le quedan apenas cinco minutos de vida. Minutos en los que las imágenes de sus últimos días discurrirán a cámara lenta y no harán sino recordarle que está a punto de dar su vida por haber salvado otra.

Esto no quedará así, es la frase lapidaria que acompaña a las imágenes que en ese momento inundan la vista del doctor Ferguson y en las que se reconoce tranquilo, sin dar crédito a lo que ha escuchado, y convencido de que esas palabras reflejan, únicamente, el estado de frustración de los allegados de una persona que está siendo alimentada en contra de su voluntad.

Siempre ha sido muy reservado con todo lo que tiene que ver con su trabajo, y esta ocasión no ha sido distinta. Ahora se ve en su casa. Está sentado, leyendo en su sillón orejero, mientras su mujer hace punto y los niños terminan las tareas escolares.

Entonces no lo sabía, pero ahora ya sí. Esa será la última vez que los vea y de la misma manera que no podrá evitar la muerte en menos de un minuto tampoco puede evitar que una lágrima solitaria discurra por su mejilla.

El doctor Ferguson sabe que la película de su vida está llegando a su fin. Lo sabe porque reconoce lo que ve y porque los fotogramas ya no pueden discurrir a una velocidad menor. Ahora ve mejor al hombre que se le acerca y le pone una pistola en el pecho. También escucha mejor las palabras del desconocido. Si en aquel momento tuvo dudas de lo que había escuchado, ahora no tiene ninguna:

“En nombre y en defensa de los ciudadanos de Irlanda del Norte, el Ejército Republicano Irlandés le ha condenado a muerte”.

Una vida por otra. Eso es lo que pensó mientras la bala le rasgaba el pecho y eso es lo que pudo leer en el último fotograma que pasó por sus ojos antes de que, finalmente, se cerraran para siempre.

A la memoria de José Ramón Muñoz Fernández.

MENTIROSO

FRANCISCO PICAZO GURIN



PRIMAVERA 2022

1

Eran cuatro. Ninguno recordaba desde cuándo eran amigos: Luis, Álvaro, Carlos y Alfonso. Cuarenta y pocos años cada uno. Bien llevados. Instruidos, elegantes, con dinero. Cada jueves se reunían para cenar en el restaurante YU en el centro de la ciudad.

Hablaban de todo y de nada: Política, deportes, anécdotas, trabajo, etc.

Hoy tocaba discutir sobre la mejor manera de seducir a una mujer.

Luis era un buen médico, casado con tres hijos, trabajaba por las mañanas para la Seguridad Social y por las tardes en su consulta privada. Estaba considerado como uno de los mejores otorrinos de Barcelona. Se ganaba muy bien la vida y todos le querían por su carácter extrovertido y dicharachero. Al igual que los otros, pasaba de los cuarenta, pero su aspecto era el de

un hombre más joven. De estatura media y delgado, mantenía el cabello en su totalidad. Luis defendía en ese momento y en voz alta su arma de destrucción masiva: el baile.

–Bailar bien –decía– es, indiscutiblemente, el mejor sistema. Les encanta un hombre que baile bien: Salsa, Bachata, Rock...; las encandilas.

En ese momento, pasó de las palabras a la acción. Ante el asombro de todos los comensales, se puso en pie y sin un ápice de vergüenza se marcó unos pasos de Cumbia provocando la hilaridad de todos los presentes, que aplaudieron con ganas al terminar la inesperada exhibición de baile. Se sentó satisfecho. Una gran sonrisa perlaba la boca.

–¿Ok? ¿Habéis entendido? ¡Está claro!: El bailongo.

–Lo siento –dijo a continuación Álvaro–. Está bien, pero nada comparable al efecto de hacerlas reír. Si se sienten felices, has ganado, te adoran.

Álvaro era soltero y también médico, un respetable y respetado médico de familia. A diferencia de Luis, trabajaba sólo para la Seguridad Social. Tenía consulta en diferentes centros hospitalarios públicos, y era reconocido en todos ellos. Su prestigio era tal, que, a menudo le consultaban otros médicos sobre temas complejos que él, sin asomo de pedantería solía resolver dando su opinión. Lo más sorprendente era que, a pesar de su aspecto sencillo, explicaba cientos de anécdotas que hacían las delicias de los oyentes. Casi todas referentes al mundo médico y clínico, tenían el don de sorprender haciendo animada cualquier reunión. A todas las fiestas era el invitado obligado. Explicaba relatos de misterio con una habilidad que dejaba a los asistentes mudos y atentos a todas sus palabras. Se sabía de memoria los relatos de los grandes autores literarios: Roal Dalh, Las mil y una Noches, El Decamerón, El Camasutra, Allan Poe y un largo

etcétera. Cuando iniciaba una historia o un chiste, nadie quería perderse el sorprendente final. Álvaro, dominaba el arte de la interpretación como un consumado artista. Una fiesta sin él, ya no era lo mismo. Las mujeres le pedían cuentos de amor y sexo y los hombres de situaciones donde abundara el engaño y el adulterio. Tenía recursos para dar gusto a todos. Era regordete y no pasaba del metro setenta de altura. Escaso cabello castaño, pero había algo en su voz que cautivaba: el tono grave, el ritmo del relato, los mutis estudiados y las inflexiones de voz.

En sus años jóvenes llegó a doblar películas con cierto éxito, pero sólo tenía tiempo para estudiar medicina, cosa que logró con excelentes resultados llegando a ser cum laude en su tesis doctoral.

–Reír a gusto, que no puedan parar, que se retuerzan de risa, que se sorprendan, mantenerlas en vilo con una historia. Un buen relato de sexo las hipnotiza. En fin: funciona, es infalible. Mi estadística de éxitos lo avala.

–¡Bah! –exclamó Carlos–. Blablablá. Tonterías. Lo mejor es mentir.

–Te cazan a la primera –rechazaron los otros–, nos movemos entre mujeres inteligentes, atractivas y con personalidad; no entre zoquetas.

–Reconozco que no lo puede hacer cualquiera, hay que ser un verdadero virtuoso de la mentira. Señaló Carlos.

–Ilústranos, oh gran maestro. Rieron los otros sorbiendo licor.

–Hay que saber elegir bien la mentira, adecuándola al momento y a la persona. No puedes ser abogado ni médico, por supuesto, pues pueden tener un problema judicial o sanitario.

Los otros asintieron con la cabeza.

–No, no y no –siguió Carlos–. Hay que ser mucho más creativo. Imaginad: Torero fracasado con la autoestima por el suelo a la espera de que alguien le consuele.

Los otros rieron con ganas, entendían la idea.

Suele funcionar –continuó–. Sí, encima, la mujer es extranjera, puedes simular con una servilleta o las palmas de las manos, unos capotazos. No entienden de toros ¿ok?

¡Toreador! exclaman. En fin: un clásico.

–¡Joder! –exclamó Luis sorprendido– sigue.

–Corresponsal de guerra recién liberado de los terroristas islámicos. Aquí puedes soltar la imaginación y adornar la mentira con efectos secundarios: torturas, huida por el desierto, etc. Alucinan y se estremecen. Resultado garantizado.

–¿Y si la señora resulta ser policía? –terció Álvaro.

–Estás tonto colega, antes y con preguntas estratégicas, me aseguro que es trigo limpio. –Perdona hombre –dijo Álvaro–, sigue, por favor, estoy alucinando.

–Escritor, espía, actor; y la mejor de todas: maricón. Eso sí, nada de bujarrones ni florero. Hay que ser educado, elegante, culto y muy entretenido. Estilo Cary Grant o Rock Udson. Despiertas su curiosidad al instante.

–¡Madre mía! y ¿eso funciona? Preguntaron al unísono los otros sorprendidos. –Muy bien, pero, repito, sin amaneramientos histriónicos. Has de comportarte como un gentlman y destilar una sutil duda. Ser o no ser... ¿Entendéis?

–Vale, vale –cortó Alfonso–. He oído vuestros argumentos y todos me parecen válidos, aunque mi triste aportación al debate consista en destacar que, cuando al anochecer, saco a pasear a mi perro por la calle, muchas señoras se me acercan con la excusa de acariciar al bueno de Rufo, y os aseguro que algunas de ellas están francamente estupendas. Por lo visto, existe la leyenda de que los hombres que pasean perros, son excelentes amantes. Pero, sin duda, es eso: una leyenda urbana.

Los otros tres, que escuchaban con atención, tomaron buena nota mental del tema del perro. En un futuro, tendrían que trabajar esa otra posibilidad.

–Bueno –continuó Alfonso–, creo que ha llegado la hora de llevar vuestras estrategias amoratorias a la práctica. Os propongo una apuesta.

Alfonso era el más mundano de todos. Sin carrera universitaria, ni destacar en nada en concreto, se había hecho amigo de los otros desde los años de estudiantes en el instituto. Tras años de verse dos o tres veces a la semana, se había forjado una profunda amistad entre los cuatro. Con aspecto de hombre sencillo, pasaba desapercibido. Siempre vestido con traje oscuro y corbata. Ni gordo ni delgado, ni alto ni bajo. Alfonso trabajaba en una pequeña agencia de detectives. Se dedicaba principalmente a pequeños trabajos relacionados con las aventuras amorosas de maridos infieles que mantenían a sus amantes escondidas. Él se encargaba de encontrarlas y si le era posible fotografiar escenas comprometidas. Más tarde, pasaba la información lograda a las ofendidas esposas que le pagaban el servicio. Luego se olvidaba y hasta la próxima. El trabajo era bastante miserable, pero le permitía comer y vestir. Soltero y sin relaciones femeninas conocidas, era cliente habitual de los prostíbulos de calidad. Su mayor distracción eran las cenas de los jueves y el cine. Era un cinéfilo impenitente, parecía una enciclopedia del séptimo

arte. Se conocía bien a todos los directores, actores, estilos. Movimientos como la Nouvelle Vague francesa, el Neorrealismo italiano y el Expresionismo alemán le eran bien conocidos. Todos le preguntaban sobre esta o esa película y oían con respeto sus comentarios al respecto.

–¿Una apuesta? Escuchamos. Dijeron los otros animados por la ocurrente idea, al tiempo que volvían a servirse licor de arroz en las pequeñas tazas de porcelana.

–Veréis: Iremos a la discoteca mejor y más de moda.

–Yo, os propongo una, la mejor, sin duda –dijo Luis–. Soy el que más frecuenta ese ambiente y puedo aconsejaros.

–Por mí, está bien –afirmó Carlos.

–Por mí, también –comentó Álvaro–. Puedo trabajar en cualquier ambiente.

–Decidido pues: primero cenaremos y supongo que tendremos que hacer tiempo, no es cuestión de ir muy pronto.

–Nos vamos a tomar copas, no podemos llegar antes de la media noche.

–Sigue con las condiciones de la apuesta –apuntó Carlos

–Una vez allí –siguió Alfonso–, yo elegiré al azar la candidata que, aceptaréis todos sin derecho a rechistar. Los tres tendréis ocasión de ejercer vuestras habilidades y ganará el que se vaya a la calle con ella cogida del brazo. A la mujer, se la tiene que ver contenta y feliz. Os conozco y espero que os comportéis como caballeros y no se os ocurra a ninguno sobornarla con dinero. Los perdedores, tendrán que admitir su derrota y pagarán la próxima comida de los cuatro, que será muy cara, muy muy cara. ¿Ok?

Asintieron con una sonrisa en la boca. Sonaba retador y les gustaba. Sería el jueves siguiente después de cenar.

–Esa –dijo Alfonso señalando a una mujer que estaba bailando sola en medio de la pista. Frisaría la cuarentena. Rubia natural, ojos azules, vestida con vaqueros negros Gucci bien ajustados. Una blusa de seda natural blanca resaltaba el busto. Maquillada con inteligencia, realzaba su deslumbrante belleza sin necesidad de artificios. Pocas joyas, pero de calidad, buenas. Con clase.

–Luis –dijo Alfonso–, toda tuya, adelante. Y recuerda: el que se vaya con ella cogida del brazo, gana.

Verlos bailar era un espectáculo. En pocos segundos se hicieron con el centro de la pista. Sonaba a todo trapo Let's Twist Again. Se movían con ritmo endiablado. Bien complementados, era una orgía de sensualidad. Luis se la estaba metiendo en el bolsillo. El resto de bailarines los miraban asombrados, algunos, incluso, habían dejado de bailar para admirar sus movimientos batiendo palmas al ritmo de la música.

Álvaro, notó inmediatamente el éxito de la pareja y le dio miedo perder la apuesta. Jugó sucio. Con la excusa de ir al servicio, se acercó hasta la deejay y la abordó voceando hasta que consiguió llamar su atención.

–¿Qué desea?! –Le preguntó la joven inclinándose y hablando por encima de la fuerte música.

–¿Puedes poner un tango? –Preguntó Álvaro al tiempo que le enseñaba un billete de veinte euros.

-No hace falta el soborno amigo, me pagan muy bien, esos veinte, déselos a un camarero y sí, puedo poner un tango, ¿por qué?

-Sorprendido por la respuesta de la joven, intentó mostrarse amable.

-Verás, he venido con unos amigos y hemos apostado a que nadie sabe bailar bien el tango, ¿me sigues en la apuesta?

Tras pensarlo unos momentos...

-Si me gusta: tampoco yo sé si alguien sabrá bailarlo. Cuando acabe la música que está sonando, lo pongo. Las caras de los clientes será un poema cuando oigan un Tango.

-Gracias -dijo Álvaro- y perdona por lo de los euros, no era mi intención molestarte.

-No tiene importancia, pero no te olvides de dárselos al camarero.

-Está hecho, ciao.

-Ciao.

Álvaro regresó al lado de Carlos y Alfonso que seguían ensimismados mirando a la pareja de bailarines.

Terminó la música y arrancó en todo su esplendor <<Mi Buenos Aires Querido>> con la voz del incomparable Carlos Gardel.

Toda la sala quedó en silencio y mirándose con extrañeza los unos a los otros. Aquella música no era la habitual. La pista de baile empezó a quedar vacía.

Álvaro sonreía maliciosamente.

La melodiosa voz del cantante argentino inundaba la discoteca. Nadie hablaba, todos escuchaban.

–Vamos a sentarnos –dijo la pareja de Luis–, esto es mucho para mí.

–Espera –dijo él cogiendo por la mano a la mujer de forma suave pero firme–, sígueme, yo te llevo.

De nuevo en el centro de la pista, Luis agarró la cintura y la mano de la pareja e inició los pasos del tango. Ella se dejaba llevar, y como era buena bailarina, le seguía en perfecta armonía, sin oponer resistencia. Se sentía volar, casi flotar.

La sucia jugada le salió mal a Álvaro. Le había salido el tiro por la culata.

Estaban bailando en perfecta sintonía causando la admiración de las otras parejas que admiraban la exhibición. Un fuerte aplauso sonó al terminar el maravilloso y archiconocido tango.

Los ¡bravo! y los ¡muy bien! inundaron la sala.

Pero, tres bailes más tarde...

–¡Maldita sea! –exclamó rabioso Luis, al acercarse a la barra del bar donde le esperaban los otros– Se ha negado a salir conmigo, no lo entiendo. La he invitado a tomar unas copas en una coctelería y me ha dicho que no. Se ha negado en redondo. Después del tango creí que se desmallaría en mis brazos. No está hecha la miel para la boca del asno, sin duda.

–Asna, en este caso: asna –corrigió irónico Carlos–.

–Venga, Luis, tranquilízate –cortó Alfonso– hay que saber perder ¿qué quieres tomar? –Un wiski doble. No tenéis nada que

hacer, amigos. Podemos irnos, después de esto, vosotros no tenéis la más mínima posibilidad. –seguía sin asimilar la derrota– aún no lo entiendo.

–Veremos –dijo Álvaro–, me toca. Salió disparado buscando con la mirada a la mujer.

Media hora después, Rebeca, que así se llamaba, se estaba desternillando de risa. Sentados en un apartado y con sendas copas de cava en la mano, mantenían una entretenida conversación. Se lo estaban pasando de maravilla.

Minutos más tarde, se había formado un corro de varias personas, hombres y mujeres, alrededor de Rebeca y Álvaro. Todos escuchaban con atención el chiste.

Al acabar, las risas sonaron estridentes y auténticas.

–¿Dónde has encontrado a este hombre? –Le preguntó a Rebeca una de las otras mujeres– Me estoy meando de risa.

–Le he conocido hoy –respondió la aludida–, ahora mismo, solo sé que se llama Álvaro.

–Venga Al, más, más, por favor. –decían todos.

–Vale, vale, pero basta de chistes, ahora os explico una historia sorprendente.

Todos se apelotonaron en los asientos, atentos y silenciosos.

–La historia la leí hace muchos años en el libro titulado <<De la Seducción>> el autor es Jean Baudrillard y os aseguro que me impactó, igual que deseo os pase a vosotros.

Todos se apretujaron aún más, no querían perderse ni una palabra del relator. Álvaro, impostó la voz y comenzó:

–Hace mucho, mucho tiempo, en una de las ciudades sitas en La Ruta de la Seda, un Califa, se percató de la extrema agitación que presentaba uno de sus sirvientes. Se interesó al momento y le preguntó al hombre qué era lo que estaba alterando su ánimo.

Esta mañana –le contó el servidor–, estaba comprando en el mercado y de súbito, he notado que alguien me tocaba el hombro. Me he girado para ver quién era y me he quedado helado.

–¿Quién era? –quiso saber el Califa.

–La Muerte, y me miraba fijamente.

–¿La Muerte?

–Sí, La Parca. La he reconocido por su vestimenta: capa y capucha negra y la mirada; era terrorífica. Me está buscando, seguro.

–¿Y qué quieres que haga? –indagó el Califa.

– Os suplico –contestó el asustado hombre–, que me dejéis un caballo para huir.

Ni una bomba hubiera movido a los oyentes, estaban embelesados por la historia.

–Monta el mejor y más rápido de mis caballos y huye, pero, ¿a dónde irás?

–A la ciudad de Samarcanda, que está muy lejos de aquí.

El sirviente ensilló el más veloz de los corceles y atravesó la ciudad al galope en dirección a Samarcanda.

Momentos después, el Califa, intrigado, se acercó hasta el mercado y buscó con la vista a La Muerte. Al fin la localizó. Iba vestida totalmente de negro, la figura era alta y delgada. Sin pensárselo dos veces se aproximó a ella.

La Parca, le reconoció y le saludó respetuosamente pues sabía quién era. –Tengo que hacerte una pregunta –dijo el Califa mirándola.

–Tú dirás.

–Esta mañana, tocaste el hombro a uno de mis sirvientes, es un joven fuerte y sano. No entiendo por qué le asustaste.

La Muerte, contestó:

–No quería asustarle, lo que pasa es que me sorprendí al verle. Debió confundir mi sorpresa con un gesto amenazante.

–Y... ¿por qué la sorpresa al verle?

–Pues porque no esperaba verle aquí. Tengo una cita con él esta noche, pero en otra ciudad –repuso La Muerte.

–¿Cual? –indagó el Califa.

–Samarcanda.

Siguieron mudos, estaban asimilando el final de la historia.

–¡La madre que me parió! –exclamó el primero en reaccionar –que bueno..., en Samarcanda.

Todos celebraron vivamente el relato. Todos querían otro.

–No, lo siento –dijo Álvaro –no puedo, ahora me voy con Rebeca. Otro día.

Se fue disolviendo el corrillo con cara de lamentar la partida de Álvaro.

–No sabía que nos íbamos –dijo sorprendida la mujer–, la primera noticia.

–Te invito a tomar una copa en donde quieras. Un coctel y luego te llevo a casa. Vamos. –No vamos, Álvaro, lo siento. Eres fantástico y me lo he pasado de muerte, pero aquí acaba la historia.

Le dio un beso en la mejilla, se giró y desapareció engullida por las parejas que bailaban animadamente en la pista de baile.

–¡Mierda! Tienes razón Luis –Otra vez en la barra junto a sus amigos –. Nada. Mucha jijijaja, pero nada. Creí que triunfaba, pero no, decepción total.

–Me toca entonces, ¿verdad? Allá voy. –dijo Carlos abandonándoles. –¡Carlos! –llamó Alfonso desde la distancia–: ¿Qué serás hoy?

–Fotógrafo del National Geographic –contestó– haciendo un reportaje de..., ya veré. –Suerte –dijo Alfonso al tiempo que levantaba el dedo pulgar.

Una hora más tarde.

–¡La hostia! –exclamó Alfonso– Se van juntos y cogidos del brazo. Carlos ha ganado, sin duda. Poco después salían los tres. Dos de ellos refunfuñando.

2

Estaban tomando vino blanco muy frío en la cafetería de un hotel cinco estrellas Carlos escuchaba satisfecho a Rebeca.

–¿Cómo sabías que Alfonso me elegiría a mí? –Preguntaba la mujer.

–No lo sabía, era un riesgo calculado. En cuanto entramos en la discoteca y te vi bailando en la pista, no lo dudé. Estabas radiante. Sobresalías como un brillante entre bisutería barata. Imposible dejar de verte.

–¿Y por qué pensaste en mí? ¿No conoces a otras mujeres con posibilidades? –No muchas, por cierto. Estuve repasando mentalmente a las mujeres que frecuento y no cuadraba ninguna en ese papel, hasta que tu imagen apareció clara y definitiva.

–Estaba claro: Rebeca la golfa. ¿cierto?

Al oír el exabrupto, Carlos se sintió mal y negó con movimiento de cabeza

–Estás muy equivocada, Reb, Lo que me decidió fue tu belleza y tu estilo. Nada más, lo juro.

–Te creo –dijo al tiempo que le cogía de una mano–. Olvídate del comentario. Pero mentiste a tus amigos, eso no está bien. Jugaste sucio.

–No les mentí, simplemente no les dije que te conozco desde hace años, puse en marcha la estrategia adecuada al momento y funcionó. Alfonso podía elegir a quien quisiese. Y fuiste tú. Me salí con la mía.

–Pues ganar la apuesta te saldrá caro. ¿Dónde te mando la cuenta?

–Te la voy a pagar yo, ahora y aquí. ¿Cuánto te debo?

–Un euro –dijo sonriendo ella–. Es un regalo. He disfrutado mucho, sobre todo bailando con tu amigo. ¡Dios!, cómo baila. Después de lo del tango, estuve a punto de traicionarte e irme con él.

Carlos hizo el amago de golpear con el puño la mandíbula de la mujer.

–Reb –siguió Carlos–, escucha, tengo que pedirte otro favor, también personal.

–Tú dirás.

–Necesito saber urgentemente, si todavía siento algo por las mujeres. Tengo la firme sospecha de que, como me dice el psicólogo, está surgiendo en mí una faceta largo tiempo oculta de mi sexualidad. ¿Lo entiendes?

–Que estás saliendo del armario, ¿eso me dices? – dijo asombrada.

– Parece ser que sí. Proceso de aceptación se llama. Desde hace tiempo no siento atracción alguna por las mujeres. Estoy francamente asustado. Verás, si me dejaras acercarme a ti..., sería la prueba definitiva.

– Ahora estás cerca... ¿Te refieres a más cerca? ¿Mucho más cerca? – Exacto. Repito: sería la gran prueba, sabes que me gustas mucho.

– Está bien, me has preocupado. ¿Cómo y cuándo lo hacemos?

– Ahora mismo. Voy a pedir una habitación. ¡Camarero!, por favor: Reserva una suite y tráeme la llave. Le alargó cincuenta euros de propina y un guiño cargado de complicidad oculto a la vista de Rebeca.

El camarero, tras hacer la reserva, cogió la llave y, antes de llevársela a Carlos, salió a la calle y se la mostró a los tres ocupantes del VOLVO negro aparcado frente al hotel.

Luego volvió a entrar sonriendo abiertamente.

– ¡Joder, joder! – gritó Álvaro dentro del coche – Es bueno, muy bueno. ¡Se acabó!, yo a partir de mañana voy a ser... príncipe griego en el exilio.

Sus amigos Alfonso y Luis, pensativos y absortos ante la manifestación, acabaron riendo con ganas.

MUNDIALITO

ALEJANDRO KAPENIAK



Pan dulce, el arbolito que titila, las risas de mis nietos. Todo coincide. Hoy que tengo la edad de mi abuelo en aquella época, siento que sus recuerdos son míos. No es que mi memoria ande torcida y confunda lo propio con lo ajeno. Cuando el final está cerca nos importa dejar un legado. Y el legado, por más que lo narre una boca, siempre es una ofrenda colectiva. En un marco de luces navideñas, rítmicas e indecisas, iguales que mis recuerdos, invoco en mi garganta una voz de Papá Noel y viajo en el tiempo. Les cuento a mis nietos lo que antes me contaron.

En cada Navidad mi abuelo nos narraba sus glorias. Yo sentía un poco de pena por él, había nacido en el mundo previo, nunca viajó a Marte ni a las lunas de Júpiter. Y ya nunca viajaría. Pero mi pena se empataba con la admiración. El viejo había vivido en los tiempos de Messi, lo vio levantar trofeos para Argentina en el tramo final de su carrera, la más heroica. ¿Fue por eso que mi abuelo decidió al fútbol como su única vocación? Quizá sí, ser un contemporáneo de aquella leyenda debió representar una impronta grande para su alma de pibe. Pero él nos contaba otra cosa: que todo inició en aquel glorioso “Mundialito”.

Se jugó en Mercedes, provincia de Buenos Aires, en un noviembre infernal, 38° a la sombra. A último momento lo habían convocado para jugar en el selectivo de Midland, un club de la zona de Libertad, en Merlo. El título pomposo de “selectivo” aludía a un rejunte de ilusiones, todas de doce años, clase 2009. Ahí conoció mi abuelo a quienes serían sus compadres en el juego y en la vida. Johnny, con sus rastras colombianas y una precisión milimétrica para los pases filtrados. Y al negro Bronson, una muralla en el fondo, alto como sus papás, que habían llegado a la Argentina desde Costa de Marfil buscando un destino. También descubrió, en el terraplén que hacía de tribuna, a una morochita de nueve o diez años, que lo miraba con ojos de veinte. Mi futura abuela y hermana de Washington, el zaguero oriundo de Tacuarembó, al que todos aprendieron a respetar por su voz de mando. ¡Bajá! ¡No te dejés ganar la espalda! ¡Tomá la marca! El uruguayo, que ya tenía mandíbula de cómic, sabía generar confianza o amedrentar, bastaba con su mirada. Como prospecto de cuñado parecía riesgoso, pero todo terminó bien, si no estas líneas no serían.

Pobre mi abuelo, para un descendiente de ucranianos, hijo único, mimado y de clase media, mezclarse con chicos de otros orígenes debió de ser espinoso, al principio. El viejo nos decía que sus papás usaban la palabra “garca” con bronca, para gente que vivía de fiesta a costa del esfuerzo ajeno. Pero en ese combinado variopinto de Midland, aunque nadie lo acusaba, él se sentía un poco garca. Casa propia, comida todos los días, colegio privado. Si hasta les mentía a sus compañeros, les decía que iba a una escuela pública de Castelar. Sentía vergüenza de sus viejos, los dos médicos y con sueldo fijo. Los pobres debían parecer de ochenta años a los cuarenta, de tanta guardia y grandes salarios, pero llegaban holgados a fin de mes. A algunos pibes el club les pagaban viático y vianda, venían de las villas del fondo de Moreno, o de La Matanza inhóspita, o de confines tan misteriosos como sus nombres: “Kilómetro 38”, “Barrio

El Pimpollo”, “Nueva Potosí”. Eran morochos y flaquitos, algunos con piernas como zancos, otros retacones y asustadizos. La mamá de Felipe, el arquero titular, decía que era cuestión de engordarlos como pollos. Ella había sufrido el hambre en su China natal, y lo había derrotado apostando al sur lejano, al sueño inmenso de asentarse en un lugar llamado “Moron”, así lo pronunciaba la mujer, sin acento final. Antes habían arribado sus hermanos para fundar el “Nuevo Oriente”, una mezcla de almacén y proveeduría a metros de la estación del Palomar. Mi abuelo tardó un tiempo en enterarse que el guardavalla Felipe en realidad se llamaba “Fwen Li”, pero era un dato irrelevante. El tipo, a pesar de su mínima estatura, descolgaba centros como ninguno.

El resto del selectivo, como era de esperar, también tenía un par de Fernández y un Pascuali. Por algún motivo, todo el mediocampo era de origen gallego o italiano, tanto los titulares como los suplentes. Quizá una metáfora de la Argentina: ni tan antiguos como los Montiel criollos, ni tan nuevos como los portorriqueños y venezolanos que arribaban en masa al país.

El viejo, con cierto pudor, nos contaba sobre su amor platónico por la profe que dirigía el equipo. Zoe Goldstein se llamaba, y años más tarde terminaría dirigiendo la primera de Racing. En aquella época las mujeres por fin habían pasado al frente después de tanta postergación, ya nada ni nadie las detendría. Mi abuelo la amaba desde lejos, recién volvía de su embeleso cuando ella lo interrogaba: “¿Entendiste, Martín? A vos te toca marcar al segundo más alto en los córners”. Él asentía con la cabeza, pero toda su atención se consumía en los ojos verdes de esa chica. Por eso Felipe, o Fwen Li, tenía que despabilarlo ante cada tiro de esquina, siempre con el mismo preámbulo: “¡Despertate, boludo!”. Si la adoración de mi abuelo por Zoe era inmensa, así de inmenso era su desprecio por el novio, un tal Yamil, al que todos les decían el turco, aunque sus viejos eran

indios de Bombay. La lógica daba para que fueran budistas, faquires o algo por el estilo. Pero eran musulmanes, lo que convertía el noviazgo Zoe-Yamil en un prodigio frecuente de estas pampas. Desde siempre Buenos Aires fue una tierra ecuménica. Judíos y árabes. Franquistas y republicanos. Alquimias de tolerancia y amor.

El Mundialito fue breve para el selectivo de mi abuelo. Octavos de final y afuera, con la aceitada excusa de que gallegos, italianos, colombiano, chino, ucraniano, uruguayo y marfileño recién se conocían. Era su primer partido en cancha de once y habían practicado tres veces nomás. Los otros equipos jugaban de memoria, a un toque y triangulando como profesionales. Encima, los chicos del interior de la provincia, Azul y Saladillo, eran grandotes y morrudos. Sangre gaucha decía mi abuelo. No tenían un juego precioso, pero eran bravos y ponían la vida en cada pelota.

El cuento del viejo siempre concluía igual. A mí, a mis hermanos y primos nos encantaba la repetición. Siempre le pedíamos su anécdota, con la esperanza de que no variara ni una coma. Aquel Mundialito, tres derrotas y una victoria por la mínima diferencia. ¡Pero qué victoria, carajo! Fue la primera, la que les mostró que por más distintos que fueran, desparejos en origen y tamaño, compartían un corazón. Porque esa es la decisión última desde los tiempos de Cristo: insistir juntos o morir separados. Aquel Jesús y nuestro Martín Fierro lo sabían.

Los protagonistas de la gesta podían variar en la memoria de mi abuelo, era un desliz al que nos fuimos resignando. Como una platea respetuosa, escuchábamos sus palabras viéndolas. Disfrutábamos una película en ralentí. Igual que mis nietos ahora, tensos ante mi prelude silencioso. Saben que el remate será bueno, como en una película de héroes.

Salida desde el arco, para jugar compactos en el fondo y progresar con pases seguros. No da resultado y se forma un tumulto, con la pelota rebotando de acá para allá como una loca. Cabezazos, rodillas, hombros, y el esférico indeciso que baila un minué pegado al cielo. Hasta que el destino, o Dios mejor, lo empuja hacia adelante. Pase al vacío y corrida infinita (aunque mi abuelo se hacía el zonzo, todos sabíamos que él era el siete de tranco largo). Banderín del córner. Toque corto, para que uno de piernas flaquitas gambeteara a medio mundo por la raya del fondo hasta el poste rival. Centro suave y medido. Un muslo recordete que la empuja hacia adentro. La red sumisa ante el milagro. Gol. El primero, el más importante.

Tiempo después, diez o quince años, aprendí sobre el crisol de razas y un mundo mestizo. La humanidad, que tarde o temprano, y en forma inexorable, sería en todo el universo. En la Tierra, en Marte, en las lunas de Júpiter, mediando años luz de distancia y en el borde de la Creación. Pero cuando les narro a mis nietos los recuerdos de mi abuelo, que son míos, que son nuestros, el resumen perfecto es aquel selectivo desaparejo de

Midland. Uno entre miles de equipos, uno entre cientos de barrios. Aquella Buenos Aires, desprolija y fecunda, ominosa y entrañable, era una postal del futuro. Piel color de aceituna, ojos rasgados y verdes, el pelo rojo o rubio, lacio o enrulado. Todos mezclados, para siempre. No imagino un legado mejor para mis nietos. Resume lo que fuimos, anuncia lo que seremos.

NI UNA LÁGRIMA

MANUEL COTERÓN GONZÁLEZ



Con una mano apoyada en el escobón y la otra en el bolsillo de su desgastado mono de trabajo, José Luis contempló impasible como los asistentes al funeral escuchaban con simulada atención el salmo entonado por el párroco de la zona.

–...y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

–El Señor es mi pastor, nada me falta –respondió una pequeña parte de la congregación.

Una vez el sacerdote hubo terminado la oración, varios componentes del grupo dieron un paso al frente y con ayuda de los empleados de la funeraria, izaron el féretro para ubicarlo en el sepulcro previamente asignado.

<<Quién lo diría...parece que algunos hasta lloran>> pensó con cierta sorna José Luis observando la escena que en tantas ocasiones había presenciado durante los más de cuarenta años que llevaba trabajando en aquel camposanto, <<mucha lagrima, pero luego por aquí no vuelve ninguno...>>

Si algo había podido comprobar desde el día en que dio comienzo su etapa como encargado de mantenimiento en aquel modesto cementerio, era que, tras dar sepultura a sus allegados, pocos o ninguno de los presentes regresaban para hacerse cargo de limpiar o cuidar el lugar de descanso en que yacían sus familiares. Probablemente, esa dejadez demostrada por las escasas personas que visitaban el cementerio, fuese uno de los principales motivos por los que había terminado convirtiéndose en un hombre incapaz de empatizar con el sufrimiento ajeno.

–Será mejor que vuelvas al trabajo. Ellos se irán por donde vinieron, pero tu aún tienes mucha tarea por delante –murmuró dándose la vuelta.

Mientras avanzaba hacia uno de los muros laterales dispuesto a pasar la mañana retirando la maleza que crecía entre las grietas del hormigón, el sepulturero encargado de tapiar los nichos puso fin al funeral.

Unos días más tarde y tras un relajante y solitario fin de semana, José Luis retiró el candado de la verja que daba acceso al cementerio silbando alegremente; era lunes y él adoraba los lunes. Esta circunstancia no sólo estaba propiciada por su pertenencia al selecto grupo de personas que disfrutaban del trabajo. También le animaba saber que, salvo en días de entierro o en fechas señaladas, las contadas personas que acudían a perturbar su paz tendían a hacerlo de manera ocasional y casi exclusivamente en fin de semana. Por lo tanto, lo más probable era que pudiese disfrutar de una jornada realmente tranquila.

Para su sorpresa, no llevaría ni una hora limpiando y realizando diversas tareas cuando un desconcertante sonido llegó hasta sus oídos. Extrañado, miró en todas direcciones intentando localizar el origen. Aunque no consiguió ver de dónde

procedía, apenas tuvo que aguzar los sentidos para distinguir que se trataba de un sollozo. Llevado por la curiosidad, caminó entre las tumbas siguiendo la dirección marcada por el llanto.

No habría dado ni diez pasos cuando, al dejar atrás un pequeño mausoleo, José Luis descubrió a una mujer de unos treinta años llorando acucillada junto a lo que parecía ser una cruz hecha en madera. La peculiar sepultura se hallaba en una pequeña porción de terreno ubicada en el extremo más alejado del cementerio.

Durante unos segundos, el encargado de mantenimiento permaneció observando a la muchacha desde la distancia. A continuación, se encogió de hombros, dio media vuelta y con total indiferencia se alejó decidido a continuar con sus quehaceres diarios.

Evidentemente, ver a alguien llorar desconsolado en un cementerio era algo que por nada del mundo iba a alterar su rutina diaria, sin embargo, cuando el suceso volvió a repetirse a la mañana siguiente, la cosa cambió.

Ese mismo martes, mientras retiraba los rosetones y ramos de flores ya marchitos que los asistentes al funeral de la semana pasada habían dejado posados bajo el nicho del finado, José Luis volvió a escuchar el mismo quejido que le había interrumpido el día anterior.

Sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, recorrió de nuevo el camino que bordeaba el mausoleo localizando a la misma mujer postrada frente a la cruz de madera. A pesar de mostrarse realmente compungida, su actitud no despertó en José Luis la más mínima reacción. Una vez más, el empleado municipal se limitó a darse la vuelta y rogándole a Dios que la joven no cogiese por costumbre ir a molestar, retomó su trabajo.

Desafortunadamente, sus suplicas no fueron atendidas.

Las semanas fueron pasando y la misteriosa muchacha continuó visitando la tumba sin faltar un solo día a su cita. De hecho, el único punto que vario en su rutina diaria fue su comportamiento. Poco a poco, los lamentos agachada frente a la tumba dieron paso a visitas en las que se limitaba a traer flores frescas que con cariño colocaba junto a la cruz. De igual modo y ante la incrédula mirada de José Luis, la joven comenzó a dedicar largas horas al cuidado y mantenimiento del lugar donde al parecer había sido enterrado su ser querido.

Fue esa peculiar e inusual forma de actuar la que finalmente llevó al encargado del cementerio a interesarse por la historia que había detrás.

Así pues, una tarde como otra cualquiera y aprovechando que la mujer acababa de marcharse, el operario se acercó hasta la tumba con intención de curiosear. Una vez allí, no tardó en comprobar como el espacio escogido para la sepultura, correspondía a una zona prácticamente aislada en los márgenes del recinto. Extrañado por la elección de un lugar tan apartado, se aproximó hasta la cruz a fin de poder estudiarla con detenimiento. La misma había sido elaborada artesanalmente con dos listones de madera previamente barnizados. En el punto en que ambos se cruzaban, alguien había grabado tres simples letras con un punzón:

<<KYA>>

A partir de su descubrimiento, José Luis intentó sin éxito encontrar información sobre el nombre al que correspondían las siglas talladas en la cruz. Aunque fueron varias las ocasiones en que comprobó el registro donde quedaban anotadas todas las defunciones, fue incapaz de localizar un solo difunto cuyas iniciales coincidiesen con aquellas tres letras.

Desconcertado por la falta de datos y la extraña localización de la tumba, su interés por la historia que rodeaba a la mujer fue aumentando progresivamente. Sin darse apenas cuenta, pasó de ignorar su presencia a permanecer largos ratos mirándola fascinado. Después de la dejadez demostrada por los cientos y cientos de personas que en los últimos años habían pasado por aquel cementerio, no lograba comprender como una simple muchacha podía mostrar un cariño tan profundo hacia un fallecido. Estaba claro que quien estuviese allí enterrado, debía tratarse de alguien realmente especial.

En vista de que los meses quedaban atrás y el enigma seguía sin resolver, el encargado de mantenimiento decidió hacer lo más sensato: preguntar directamente a la afectada.

Como era lógico, no podía inmiscuirse en la vida de una perfecta desconocida de la noche a la mañana. En un intento por romper la barrera invisible que les separaba, José Luis comenzó a saludar a la joven cuando llegaba y a despedirse de ella cuando la veía marchar. Su estrategia tuvo el efecto esperado y poco tiempo después empezaron a mantener breves conversaciones que finalmente dieron lugar a una especie de amistad.

Por lo poco que pudo averiguar durante aquellos intercambios, la joven se llamaba Yolanda y vivía junto a su madre en un pueblo cercano desde el que acudía cada día.

Para sorpresa del propio José Luis, el acercamiento con su única visitante hizo que comenzase a ver las cosas de un modo completamente distinto. Ahora, cuando la encontraba secándose las lágrimas frente a la cruz de madera, no podía evitar que una extraña sensación le oprimiera el pecho. Por algún motivo que no acababa de entender, el insólito comportamiento de la muchacha y su recién adquirida amistad habían hecho que, por primera vez en toda su vida, tomase conciencia de lo que realmente implicaba el dolor por la pérdida de un ser querido.

No obstante, no fue hasta el día en que por fin se atrevió a preguntarle por lo sucedido cuando realmente llegó a experimentar ese sentimiento por completo.

–Hola –dijo acercándose a ella mientras se limpiaba las manos en un trapo cubierto de tierra –No te había visto llegar.

–Buenos días José Luis –respondió ella mostrando su preciosa sonrisa –Estabas tan entretenido arrancando ortigas que me ha dado cosa molestarte.

–Tu nunca eres una molestia –contestó él complaciente.

–Hace unos meses no pensabas lo mismo... –dijo Yolanda en una clara alusión a la conversación en que le había confesado su parecer sobre las personas que pasaban por allí.

–*Touché* –replicó él devolviéndole la sonrisa –Pero como te dije aquel día, tú eres distinta a los demás.

–Yo no lo veo así...

–Mírate... vienes aquí cada día a traer flores y mantener la tumba limpia. Te puedo asegurar que el resto de difuntos no reciben esa atención por parte de sus familiares –expuso el encargado de mantenimiento.

–Supongo que hay gente que prefiere pasar el trago lo antes posible; puede que venir aquí complique demasiado esa tarea. Otros probablemente consideren que lo que hay enterrado en los cementerios no son más que las carcacas vacías de lo que un día fueron sus seres queridos y optan por recordarlos tal y como eran en vida... no sé, cada cual tiene su forma de encajar estas cosas. Si algo tengo claro, es que todo el mundo sufre de un modo u otro... al menos a su manera.

–Quizá tengas razón –manifestó José Luis reflexionando sobre las palabras de la joven.

En ese momento, un silencio recorrió el cementerio.

Viendo la oportunidad, José Luis volvió a hablar.

–¿Y en tu caso? ¿Qué es lo que te hace regresar cada día?

–Creo que se lo debo.

–¿Se lo debes? ¿A qué te refieres?

–Durante los quince años que pude compartir con ella, nunca se separó de mi lado. Crecimos juntas, jugamos juntas, dormimos juntas, lloramos juntas... –dijo girándose hacia la tumba– Me gusta venir aquí y sentir que en cierto modo seguimos estando cerca la una de la otra.

–Ella... ¿era tu hermana?

–Algo parecido... aunque muchos crean que Kya no era más que un simple perro, para mí era uno más de la familia. A veces hubiese jurado que de un momento a otro se arrancaría a hablar. Sobre todo cuando quería comida... –respondió al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas se formaban bajo sus ojos –De no ser por esas enormes orejas y ese hocico, más de uno la hubiese confundido con una persona.

En ese preciso instante, José Luis comprendió que lo que había grabado en la cruz no eran unas siglas, si no el nombre completo. También entendió el motivo por el cual se había elegido un lugar apartado para darle sepultura y por qué no salía en los registros del cementerio. Lógicamente, la cruz en madera la había hecho la propia Yolanda.

Mientras el encargado asimilaba la sorpresa, la joven continuó hablando.

–Acababa de cumplir quince años. Estaba ciega y sorda. Mi madre creyó que podían medicarla para que aguantase un par

de semanas más, pero no tenía sentido alargar la agonía. Había dejado de comer y apenas podía caminar. Yo misma la llevé al veterinario a ponerle la inyección. Quería estar con ella hasta el último momento por duro que pudiese parecer. He de decir que, aunque tenía claro que había llegado el momento de dejarla marchar, estuve a punto de echarme atrás. Justo antes de que le administrasen los fármacos y el sedante, salí con Kya de la clínica para que pudiese pasear un poco y hacer pis. Me parecía lo mínimo que podía hacer por ella en ese momento. La vi tan alegre... era como si al salir de allí junto a mi hubiese rejuvenecido... se me rompe el corazón al recordar cuando pasamos junto a mi coche y al reconocerlo intentó subirse. No dejaba de mirarme moviendo la cola...-añadió al mismo tiempo que la voz se le quebraba.

La reacción de la joven ante el recuerdo de lo sucedido hizo a José Luis estremecerse. Descubrir la historia del animal no sólo había resuelto sus dudas, sino que, además, le había hecho ponerse por primera en el lugar del prójimo.

A pesar de que nunca antes había derramado una sola lágrima por ninguna de las personas que habían pasado por su cementerio, esa vez no pudo reprimirse.

Con una mano apoyada en el hombro de Yolanda y la otra enjugándose los ojos, se limitó a decir:

-Lo siento mucho... de verdad que lo siento.

QUE TENEMOS QUE HABLAR DE MUCHAS COSAS

RAÚL GARCÉS REDONDO



Me citas en la plaza de San Francisco, junto a la estatua de Fernando el Católico. Ése que desde su elevado pedestal contempla como la avenida que lleva su nombre se extiende hasta convertirse en la de su católica esposa. Siempre dudo en que punto termina una y comienza la otra. Supongo que no importa demasiado por aquello *del tanto monta, monta tanto*.

Mientras espero, contemplo al rey aragonés apoyado en su espadón, orgulloso de haber tomado esta plaza que no le pertenece. Lo que le faltaba al pobre santo franciscano que ya tuvo que ver como su nombre era desterrado hasta este lugar de la ciudad, al rebautizar su céntrica plaza como de la Constitución en un primer momento, Plaza de España ahora.

No me sorprende el lugar elegido pues aquí se encuentran varias librerías, queriendo ver un guiño simpático a nuestra lejana época universitaria, cuando con los bolsillos vacíos estampábamos las caras en el escaparate de Cálamo, ávidos de novedades literarias, igual que dos mendigos hambrientos

contemplando el abundante buffet de un restaurante. Luego nos acercábamos a la librería de viejo, Hermanos Vidal, para acallar el hambre sumergiéndonos en las cajas de las ofertas.

Los intelectuales del todo a cien – solía llamarnos con sorna tu hermano.

Me citas, como digo, en esta plaza, pero no para recordar tiempos pasados, sino porque aquí también se encuentra la asociación española contra el cáncer.

En ese momento la muerte tan solo es una sombra que no logra apagar el brillo de tus ojos.

Hablamos de la cantidad de librerías de segunda mano que han ido surgiendo en la ciudad. Libros de todo tipo a tres euros, cinco euros si te llevas dos.

Yo te cuento fascinado que en ocasiones doy con algún ejemplar dedicado. La dedicatoria puede ser del autor o de la persona que regala el libro. Las hay de todo tipo: escuetas, extensas, protocolarias, ilegibles, simpáticas, hasta con dibujos.

Me divierte imaginar las vicisitudes del libro, sus idas y venidas, hasta acabar en mis manos. ¿Por qué alguien querría deshacerse de él? Quizá se trate del obsequio de un amor que se desea olvidar. O tal vez, forme parte de la biblioteca de un fallecido cuyos familiares no supieron valorar.

Con el compromiso de recorrer juntos estas librerías, nos emplazamos para vernos en unos días. Pero a las pocas semanas tan solo podemos dar breves paseos cerca de tu casa. La quimio te deja casi sin fuerzas. Adelgazas mucho en poco tiempo. Y aquella temida sombra se instala en tu mirada.

El siguiente encuentro es en la planta tercera del hospital Miguel Servet, la que corresponde a Oncología. Ignorando los

ascensores, subo las escaleras resollando teniendo que dedicar unos segundos a recuperar el aliento junto a las máquinas de café y de refrescos. Los dos últimos elementos del mundo cotidiano al que estamos habituados. A partir de ahí, una realidad que no queremos ver, que ignoramos deliberadamente pero tan real o más si cabe que la diaria. Una realidad de sufrimiento, de tristeza, donde la esperanza se va evaporando poco a poco encerrada en el ánfora de Pandora.

Avanzo por aquel pasillo de puertas cerradas repitiendo en mi cabeza el número de tu habitación tratando de ahuyentar el temor a cómo voy a encontrarte. ¿Sabes que al final del pasillo hay una sala de espera con libros? – te digo.

Tú sonríes levemente. ¿Alguno dedicado?

Compartes habitación con otro compañero. Permanece en silencio mientras su risueña mujer se esfuerza por animarlo. Luego, bajo cualquier pretexto, abandona la habitación y sale al pasillo para llorar.

La ventana da a las ventanas del edificio de enfrente en un juego de espejos donde otros pacientes miran mientras miramos. Detrás está el parque. José Antonio Labordeta se llama ahora en sustitución de Parque Primo de Rivera, Miguel Primo de Rivera, no José Antonio, el fundador de Falange. Aunque da igual el nombre pues los zaragozanos lo seguimos llamando Parque Grande. Este adjetivo también se usa para el hospital, La Casa Grande. Me extraña que el vecino campo de La Romareda no se conozca también como el Campo Grande.

Dicen que desde la última planta se puede ver el fútbol. Imagino el fin de semana a los enfermos, a las visitas y al personal sanitario asomados para ver el partido del Real Zaragoza.

Los aficionados subiendo para ver a los jugadores y éstos no son capaces de subir a Primera ni de casualidad – reflexiono.

Quieres reír, pero en seguida sientes la falta de aire y vuelves al tubo de oxígeno en la nariz. En tu delgadez se adivina ya el esqueleto bajo la piel. La muerte pugnando por salir.

No tardas en ser trasladado a otra habitación. Una individual. Al fondo del pasillo junto a la sala de libros que nadie lee.

Toda una habitación para ti solo. Nosotros no lo sabemos o quizá sí y no lo queremos ver.

Una habitación para estar tranquilo. Para bien morir.

Recuerdo aquella mañana. Te cuesta mucho respirar. Eres un pececillo buscando oxígeno. Te tomo de la mano, tu mano huesuda y pálida. Y te hablo aun dudando de que puedas oírme. Estás hasta arriba de morfina.

Tienes la boca muy abierta y los ojos entornados. Por un momento me recuerdas a aquellas perturbadoras tallas barrocas de Jesús agonizante.

Y de repente, dejas de dar bocanadas. Dejas de respirar. Te vas.

El bus C1 es gratuito. Se coge en la plaza de las Canteras y te deja dentro del cementerio de Torrero. Luego tan solo hay que bajar por un camino asfaltado, torcer a la derecha y ya se ve tu columbario. Traigo conmigo mis recientes adquisiciones. Entre ellas, un libro de relatos de Sergio Algora. Lleva por título *A los hombres de buena voluntad*. Y viene con dedicatoria de su puño y letra: a Giselle.

Sergio Algora tiene un jardín con su nombre junto a la antigua Harinera de San José. A su amigo Félix Romeo le pusieron una calle junto a las piscinas de La Granja. Tiempo atrás lo

metieron preso en la cárcel de Torrero por insumiso. Estudió en Las Fuentes, en el mismo instituto que nosotros. Fue allí donde tú y yo nos conocimos, compartiendo nuestros primeros relatos.

Leo las bases de un nuevo certamen literario. Sabes bien que te hubiera animado a participar. Aunque de alguna manera participas. No como escritor, claro. Pero sí como protagonista, mi protagonista.

UN LUGAR PARA ESCAMPAR

JUAN PABLO RAMÍREZ POLANÍA



Habían pasado no sé sabe cuántos meses o años sin llover, por eso, que aquel día cayera semejante aguacero de padre y señor mío, fue para muchos un verdadero milagro. Era como si el cielo se estuviera desatrasando, arrojando a baldados sobre la ciudad el agua que se había guardado por tanto tiempo. Lo que caían no eran gotas sino chorros gruesos y desaforados que se acumulaban en las calles y entorpecían el tráfico. Los que iban en carro tenían que andar casi a veinte, tratando de distinguir a través del parabrisas las difusas figuras que se formaban tras el borrón de las plumillas. Los de las motos, en cambio, no pudieron seguir andando, y mucho menos cuando casi ninguno llevaba consigo aquella salvadora capa de plástico que solían echarse encima en estos casos, pues tanto hacía que no llovía que ya muy pocos cargaban con ella. Sorprendidos por aquel diluvio que tenía ya las calles medio inundadas, los motociclistas iban arrimando como podían bajo el primer puente que encontraban, a donde podían al menos guardarse mientras pasaba lo peor de la tormenta.

Fue bajo el primer puente de la Gran Autopista donde comenzaron a acumularse más motociclistas, seguro por ser

ese el único refugio después de un largo tramo de aquella vía, famosa por atravesar la ciudad sin cruzarse casi con ninguna otra calle. Uno a uno iban llegando, el grupo crecía rápido y todos eran bien recibidos, como si pertenecieran de antemano a aquella comunidad recién formada por el solo hecho de llegar en moto y empapados. Los primeros que llegaron se orillaron debidamente al borde de la calzada, y a los que arrimaron luego se les fue abriendo algún espacio para acomodar su moto, cosa tal que todos pudieran bajarse, sacudirse un poco la lluvia, fumarse algún cigarro para calentarse y conversar con sus colegas sobre cualquier cosa que no fuera el clima.

El borde de la vía bajo el puente se atiborró en menos de nada, pero las motos seguían llegando y se iban agolpando como podían sobre el costado, al punto que comenzaron a obstruir el paso de los vehículos. No pasó mucho tiempo antes de que las motos amontonadas ocuparan casi todo el carril derecho, dejando solo el izquierdo disponible, en el que pronto también comenzarían a estorbar. El tráfico, compuesto ahora de solo carros, se hizo todavía más lento, y los conductores se impacientaban al ver el arrume de motos que los hacía desviarse para pasar por el estrecho corredor que había quedado al lado izquierdo de la vía. Los pitazos no se hicieron esperar, y ninguno desaprovechaba su lento paso bajo el puente para lanzar algún insulto o una seña vulgar a los motociclistas, que respondían a su vez con el puño levantado y su propia sarta de improperios, sacando a relucir esa vieja rivalidad que existe desde que existen en el mundo las motos y los carros.

El tráfico pasaba cada vez más cerca de las motocicletas, de forma que sus dueños decidieron pararse junto al paso de los vehículos, bien fuera para asegurarse de que ninguno de esos atarbanes golpeará su moto, o para responder más de cerca a los insultos que les caían desde los carros y que se confundían con el ruido de las bocinas. Fue entonces cuando el conductor de

una vieja furgoneta, un hombre calvo y de frente arrugada, fuera por torpeza o porque el paso era ya demasiado estrecho, pasó tan cerca de una de las motos que alcanzó a golpearla con el costado y la tumbó, causando una reacción en cadena que llevó abajo a otros cuatro o cinco ejemplares. Aunque el estruendo casi ni se oyó en medio del aguacero, todos vieron el desastre y a la furgoneta cuyo conductor, por estar ahora pendiente del estrago que había hecho, olvidó pisar el freno y acabó más bien pisando el pie de uno de los motociclistas.

Cierto es que la escasa velocidad con que se circulaba bajo el puente ayudó a que el impacto no pasara a mayores, pero eso no evitó que el pobre hombre gritara de dolor al sentir el peso de semejante camastrón, grito al que todos sus camaradas acudieron en enjambre, olvidando las motos que habían quedado regadas sobre la vía. El victimario se detuvo en el acto, con el rostro blanco al sentir aquel bache de carne hueso bajo su rueda y el alarido de dolor. Los motociclistas rodearon y atendieron al herido, cuya gravedad no lograba verse debido al tumulto y a la confusión. El de la furgoneta, en medio del nerviosismo, se bajó y quiso acercarse para conocer la seriedad de las heridas, pero fue recibido por un sinnúmero de insultos y de manos que lo empujaban y no lo dejaban llegar hasta su pobre víctima.

Segundos después de que pasara la impresión del incidente, los carros de atrás comenzaron a inundar otra vez la vía de gritos y pitazos, pues la furgoneta había quedado obstruyendo el único carril libre y el tráfico se había detenido por completo. El conductor, al sentir el bullicio y ver que era por su culpa, se montó a su vehículo para moverlo, pero los motociclistas lo rodearon y le obstruyeron el paso, alegando que nadie podía irse luego de haber provocado un accidente, mucho menos dejando un herido y varias motos en el suelo. El hombre calvo, cuya frente parecía cada vez más arrugada, intentó decirles que tan solo movería la furgoneta fuera del puente para abrir el paso,

pero los otros no estaban dispuestos a asumir el riesgo de una huida y adujeron que, por cuestiones de croquis, ningún vehículo podía moverse un milímetro después de un siniestro hasta que llegara la autoridad de tránsito.

Los carros no paraban de pitar, los conductores bajaron sus ventanillas y no les importaba mojarse con tal de lanzar sus gritos culpando a los motociclistas por el accidente, alegando que quién los mandaba a atravesarse en la vía, dizque para no mojarse, como si los demás tuvieran la culpa de que anduvieran en moto. Los de las motocicletas no cedieron, y tanto unos como otros forcejeaban con sus celulares tratando de llamar a la policía o al tránsito, los unos para que registrara debidamente el siniestro, los otros para que destapara la vía y de paso levantara todas esas motos por parquear en sitio prohibido. Pero la ciudad estaba tan colapsada que las líneas ni siquiera respondían, quién sabe si ocupadas atendiendo otros incidentes similares en los demás puentes de la ciudad.

La cacofonía de pitos iba en aumento, opacando cada vez más el ruido de la lluvia y mostrando el desespero de los conductores, que de seguro iban ya más que tarde a sus trabajos y un accidente no les serviría de excusa, a no ser que fueran ellos los accidentados. Un rato después, los pitazos y los gritos se detuvieron de pronto. En el silencio subsiguiente se escucharon los portazos de los carros cuyos conductores que habían decidido bajarse, dispuestos a acudir personalmente bajo el puente a liberar a su camarada, a quien tenían casi secuestrado, y a destapar la vía por la fuerza si era necesario. Los motociclistas se plantaron alrededor de la furgoneta, sin intenciones de dejarse amedrentar por ese montón de salvajes que creían que por andar en carro podían pasar por encima de la gente. Pero justo cuando apretaban los puños y se preparaban para recibir el embate, notaron algo en el silencio que se había hecho de

repente. Al ver a los de los carros acercarse, vieron algo extraño en aquellos rostros enrojecidos de ira: vieron que estaban secos, pues hacía un rato que había dejado de llover.

Los motociclistas se miraron entre sí, recordando de pronto por qué estaban allí. Uno por uno se alejaron de la furgoneta, buscaron su moto entre el montón y arrancaron, casi en desbandada, pues también ellos iban más que tarde a sus trabajos y una riña en plena calle tampoco les serviría de excusa. El de la furgoneta logró por fin mover su vehículo y orillarse unos metros adelante, y los que se habían bajado de los carros, algo desconcertados, volvieron a subirse y avanzaron ahora con la vía libre. La Gran Autopista se destapó y todos continuaron su retrasado viaje, sin reparar apenas en el herido que yacía bajo el puente junto a su moto y con su pie bien hinchado, esperando una ambulancia o algo, y sin más ayuda que la de un hombre calvo con la frente terriblemente arrugada.

UNA MADRE PREOCUPADA

MERCEDES VILORIA



El problema doctor, es con mi chiquito ¿sabe? Bueno, chiquito ya no, pero entiéndame, es mi único hijo, lo tuve de muy chica, antes de cumplir veinte ¿Cuántos años tengo ahora? Que atrevido, doctor, eso no se le pregunta a una mujer; no deje que lo engañen mis canas y mis arrugas, mi hijo ni llegó a los cuarenta, mañana cumple treinta y ocho. Sí, ya sé que no es un chico, sino un hombre, eso lo sé pero una siempre ve a su hijo como un bebito así que tengo el derecho de decirle como quiera.

El hecho es, si me permite contarle, es que mi pobre hijo no ha tenido una vida fácil. Usted que es neurólogo sabrá entender, seguro es un hombre muy inteligente, ya veo todos esos diplomas, señor doctor, colgados ahí en esa pared tan limpia que si le soy honesta lo envidio; no por mí, sino por mi pobre hijo, que en esta vida no tuvo un buen pasar. Y a la madre de usted también la envidio, de madre a madre, por haber tenido un hijo tan inteligente y claro que mi hijito es inteligente, siempre lo fue. En el secundario se recibió de perito contador y qué jovencito era esos años. Y yo, señor doctor, no tenía ni arrugas ni canas, y todavía veía bien. Tan buenmozo era mi hijo en esos años, doctor no se lo imaginaría, casi tan buenmozo como usted.

Eso de adolescente, claro, pero entenderá que han pasaron años y todos fueron de desgracias, señor doctor, ahora mismo le cuento para que entienda el porqué de mi preocupación. Cuando mi hijo tenía veintipico de años, en el año 2001 para ser más precisa, usted se acordará doctor de la crisis de esos años, el helicóptero, los patacones, la gente que perdía sus casas. Nosotros, ahí perdimos la nuestra, mi bebito y yo. Yo me mandé a cartonear porque entienda usted señor doctor, no hay nada que una madre no esté dispuesta a hacer para poner comida en la boca de su hijo. De más está decir que en tiempos de crisis cualquier trabajo es digno si me permite agregar, porque a usted lo veo con todos esos diplomas, con su camisa bien planchada y qué bien que huele, disculpe el atrevimiento pero seguro que tiene una buena mujer que lo espera en casa. Qué suerte que tiene usted, señor doctor, seguro que su madre nunca tuvo que juntar cartones para sobrevivir.

Ese año mi hijo empezó a trabajar de noche con un amigo. Yo nunca supe bien qué era lo que hacían, y ni mi hijo ni el amigo quisieron contarme nunca. Verá usted, como nos quedamos sin casa tuvimos que ir a vivir a lo de los abuelos de mi nene, los papás del padre. Unos hijos de puta si me permite, siempre me trataron de mala madre, justo yo que tanto me preocupo por mi bebito. ¿Ya le conté señor doctor que le di la teta hasta los cuatro años? Mordía el bife con los dienteitos de leche chiquitos que tenía, y pasaba el bocado con leche de la teta. Un bebito hermoso era mi nene en esos años. Y antes de que me diga que estoy loca, señor doctor, yo sé que eso hizo a mi hijo más fuerte y eso doctor, no me lo quita nadie.

Bueno, doctor, le resumo, yo entiendo que usted es un hombre muy ocupado pero estoy acá porque necesito su ayuda, y no porque quiera. Después de un año doctor de trabajar en la calle, mi hijo juntó suficiente como para comprar unos pasajes, sabe doctor, y se fue a vivir a Italia él solito, sin mí, sin su amigo,

ni nadie, ni siquiera una novia señor, una que le planche las camisas así como a usted, que está todo prolijo. Dos años estuvo mi hijo en Italia señor doctor, trabajando como un negro. No se escandalice, señor, que acá en este país la palabra negro se usa así, yo no busco insultarlo, ni nada y además, usted es de piel blanca, sino mírese a un espejo señor doctor si tiene los ojos azules como el mar del Caribe, aunque esas playas le confieso que yo solo las vi por el canal 26, ¿lo vio alguna vez? ahí pasan todo el día noticias del mundo, a mi hijo le encantan, tan culto mi bebito, siempre curioso por lo que pasa fuera de acá, de este país de negros. No se escandalice doctor ¿usted ve bien?, mi piel no es blanca como la suya y mis ojos no son azules, doctor, yo vengo de una familia nativa de Argentina, mis abuelos, pobrecitos que ya murieron, vinieron a Buenos Aires de Jujuy, una familia humilde la mía señor doctor, en esta vida no hemos tenido un buen pasar.

En Italia mi hijo tenía un buen trabajo, sabe doctor, no como el suyo, claro, tan inteligente señor. Mi hijo empezó desde abajo, como mozo en un restaurante, pero de a poquito se fue ganando la confianza de los dueños y se hizo gerente del hotel entero, eso hizo mi bebito en menos de dos años. Pero ahí señor, ahí le tocó a mi pobre hijo la desgracia. Yo le pregunto a Dios todas las noches señor porqué le tocó a mi hijo que esa moto lo atropellara. Y bueno, doctor, por eso estamos acá; mi nene dio dos vueltas en el aire y cayó sentado en el cordón de esas calles de piedras europeas, igualitas a las de acá, y enseguida se vino para Buenos Aires para que yo lo cuidara porque usted entenderá señor doctor que ahí, solo, tan lejos, sin una novia que le dé una mano; no podía quedarse tan lejos porque mi pobre hijo quedó en silla de ruedas para siempre señor.

Qué injusticia la de Dios. Veo que usted acá en el consultorio no tiene crucifijos, solo tiene diplomas tan educado y culto

señor doctor, pero no se me impaciente que enseguida le cuento a qué vine yo acá tan preocupada por mi hijo, señor, que de tan jovencito que es todavía ni llegó a los cuarenta...

Cuando vino tuvimos que contratarle una enfermera, entiende doctor, porque yo, que no soy tan vieja pero ya le dije que no tuve un buen pasar, no podía sola, señor doctor. Y ahí contratamos a esa muchacha. Parecía buena, señor doctor; se lo juro por los clavos de Cristo que esa muchacha parecía buena, si hasta se enamoraron, señor doctor. Una muchachita tan linda, rubiecita, con la piel blanca, se le veían las venas de las piernas, señor doctor. Mi hijo la amaba tanto que cuando le dieron la escritura del departamento que se compró con esos billetes que trajo de Europa la puso a nombre de los dos, de él y de ella, esa muchacha tan buena que era señor que mi hijo, inválido y todo quiso casarse con ella. Yo le avisé señor doctor que mejor no lo hiciera porque como podrá usted imaginarse, señor, a mi hijo lo de allá abajo no le anda y la piel es más débil que el corazón, si lo sabré yo señor doctor.

Un día doctor, y esto le pido que quede entre nosotros, y que ni se le ocurra contárselo a mi hijo cuando lo vea, la encontramos con el albañil que pintaba la casa. Sí señor, estábamos juntos, vio que yo soy una madre que se preocupa y todo lo que pueda hacer por mi hijo lo hago, a mí no me da vergüenza nada y verá usted señor doctor que mi pobre hijo entró en desesperación pero no el pobrecito podía hacer más que gritar; mi hijo, señor doctor no se puede parar de la silla de ruedas. El albañil salió corriendo, yo no pude hacer nada porque la tenía a ella agarrada por los pelos y la llevaba por las escaleras, señor doctor, usted entenderá que una madre como yo, qué más podía hacer que sacar a esa muchacha que parecía tan buena, doctor, pero cuando abrimos la puerta estaba en cuatro en el piso señor doctor, como los perros.

La cosa es que a esa mujer se le rompió un huesito de la columna se esos chiquitos, usted sabrá cuales son. Yo hubiese querido que se muera señor, qué le puedo decir, pero se ve que Dios a mí ya no me escucha ¿y sabe que hizo mi hijo señor doctor?, tan buenito es mi bebito que la perdonó porque le dio lástima. Pero verá usted, señor doctor, ese huesito que se le rompió la dejó inválida a esa muchacha del cuello para abajo, eso le pasa por ponerse en cuatro en el piso como los animales.

¡No me mire así señor, que yo no tengo la culpa de nada, yo solo soy una madre preocupada y hago por mi hijo todo lo que pueda, y también por su mujer ahora que los dos están postrados, señor, ya le dije que yo no tuve un buen pasar en esta vida. Nos mandaron con usted señor doctor para que los revise porque usted podrá entender que ellos no pueden trabajar señor doctor, y yo no puedo sola, señor, imagínese que ni una enfermera puedo pagar.

¿Alguna vez tuvo usted que limpiarle el culo a un adulto después que tuvo que ir de cuerpo? Discúlpeme señor si lo ofendo pero necesito que me firme este papel señor después de que los examine y vea usted lo mal que están los dos señor para que nos aprueben esa plata que da el Estado, usted seguro sabe cuál es, señor; mi hijo, tan culto, tan educado, pobrecito que no se puede parar de esa silla de ruedas, mi pobre bebito que no llega ni a los cuarenta, pero vio, este trámite lo hizo él solo porque es tan inteligente mi hijo señor doctor, espéreme acá, mire los papeles que ya le traigo, señor, mi bebé está afuera en el pasillo sentado en la silla de ruedas, él sin mí no va a ninguna parte señor doctor, espéreme que ya lo traigo para que hable usted con él, que los dos son tan inteligentes que seguro se van a entender.

EL TROVADOR DEL SIGLO XXI

VÍCTOR VALDESUEIRO BERNABÉ



Desde la ubicación elegida se divisa la arcada que da acceso a la Plaza Mayor de Salamanca, lugar por el que a esas horas de la mañana no dejan de circular camiones de reparto que surten los negocios que allí se instalan, como si fueran hormigas que entran y salen de un hormiguero portando granos de trigo.

Tienen que hacerlo rápido, antes de que la urbe despierte y las calles se llenen de gente ultimando las compras para esas navidades o simplemente paseando y tomando café.

Como lleva haciendo los últimos cinco años, Fermín llega antes de las nueve a la calle Toro, en compañía de su perro Pipo.

La mañana es fresca pero el cielo está despejado. Ya ha salido un tímido sol cuyos rayos todavía no calientan pero dan una agradable sensación de calidez.

-No parece que vaya a llover, se augura una larga y provechosa jornada de trabajo-.Le dice a Pipo, el cual ya se ha aposentado al lado de la caja negra que hace las veces de humilde escenario.

Lleva una mochila Adidas de la que metódicamente va sacando la ropa de cowboy necesaria para su performance: unas botas altas, un chaleco y un vistoso sombrero de anchas alas. Todo pintado en color marrón arenisco.

El sombrero es su prenda fetiche, lo compró hace más de quince años en una mítica sombrerería de las Ramblas de Barcelona y está tan desgastado que la copa clarea, pero sabe que con una nueva mano de pintura apenas se apreciará.

Como cualquier artista antes de salir a actuar, Fermín también cuenta con su propio camerino, usa el callejón de los Melancólicos, una bocacalle que da a la entrada trasera de una elitista comunidad de vecinos, que a esas horas suele estar muy poco transitada.

Allí, entre bambalinas y contenedores de distintos colores, se pinta la cara de marrón terracota para conferirse la apariencia de estatua humana.

Hace tiempo que se planteó usar gafas oscuras para ocultar sus intensos ojos azules que tanto resaltaban sobre ese fondo pardo, pero finalmente, en común acuerdo con Pipo, lo descartó por la falta de rigor histórico.

Por el sonido que hacen las monedas al ser depositadas en el platillo, sabe si se trata de euros o calderilla. Tantos años de artista callejero le han conferido ese don; y en función de tal sonido, o se lleva la mano enguantada al ala del sombrero y saluda, o si considera que su momentáneo espectador ha sido más generoso, desenfunda la pistola de la cartuchera y apunta al frente como si se estuviese batiendo en duelo con algún forajido.

Pipo mira a los viandantes con ojos tristes, consciente de la imposibilidad de que comprendan el amor de su dueño por este oficio.

Renunció a todo por actuar para un público que en ocasiones se muestra bastante desagradecido, pero sabe que es el tributo que deben pagar los comediantes.

Tampoco pasa por alto que entre las miles de personas que cada día recorren esa céntrica calle, tiene que haber historias de todo tipo: parejas que se acaban de enterar que están embarazados y caminan ensimismados, escribiendo con el móvil a sus familiares para hacerles partícipes de la buena nueva; gente que le acaban de detectar alguna grave enfermedad y deambulan por la calle con el miedo instalado en su cuerpo, preguntándose qué les deparará el año que empieza; o simplemente personas que en fechas tan señaladas como las navidades acusan más la soledad y se acuerdan de los que ya no están.

-Somos los herederos de los juglares y trovadores medievales, encargados de llevar la alegría a pueblos asolados por grandes epidemias y hambrunas, una especie de médicos del alma- Le suele decir a su leal compañero cada día, mientras se da los últimos brochazos de maquillaje.

Durante el confinamiento por la pandemia de Covid 19, se autoproclamó un servicio esencial y como tal siguió actuando para la calle desierta.

No fueron pocas las ocasiones en que la policía intentó convencerle sin éxito que tenía que permanecer en su domicilio.

-Ahora más que nunca la gente me necesita, actúo para el que sale a hacer la compra, para el que va al médico e incluso para vosotros, que también tenéis que seguir al pie del cañón-, se justificaba ante unos resignados agentes.

Solo Pipo y sus dos protagonistas, fueron testigos del duelo que tuvo lugar una silenciosa mañana de marzo de 2.020,

cuando uno de los policías que más insistentemente le había pedido que se quedase en casa, al pasar por su lado se agachó y depositó unas monedas en el bote.

Entonces, con cierto nerviosismo, Fermín extrajo el revolver de su funda, apuntó al frente, apretó el gatillo dos veces y después sopló el imaginario humo que desprendía el cañón. El agente se le acercó y con una sonrisa de medio lado, en tono confidencial, le dijo: -Tú ganas, no está siendo fácil para nadie. Mucha suerte, vaquero.

Fermín no pudo contener las lágrimas y se sintió el artista mejor pagado del mundo. “Ha merecido la pena el viaje”, se repetía mentalmente.

Fue en la obra de teatro de fin de curso de octavo de E.G.B., cuando un tímido niño quedó cautivado por el aplauso tras la función. Vencer el nerviosismo y ser capaz de recitar las cuatro frases que tenía asignadas, le convenció de que quería dedicarse a eso el resto de su vida.

Ni siquiera le habían dado un papel principal.

Ahora, le gustaría asistir a clases de mímica en una academia próxima al lugar donde cada día actúa, si bien siente cierto pudor al pasar por allí. Baja la mirada y piensa que no es tan bueno, además de que no se lo puede permitir.

De momento se conforma con los tutoriales de YouTube, que ya ha visto cientos de veces y los ensayos frente al espejo de cuerpo entero que ocupa un lugar preferente en su habitación.

Cada vez que incorpora un nuevo gesto, lo repite lentamente una y otra vez. Para él es una especie de coreografía que tiene que interiorizar. Cuando considera que ya lo ha logrado, busca en la mirada de Pipo su aprobación.

En función de su expresión, sabe si será un éxito o por el contrario necesita seguir ensayando o incluso descartarlo.

Su talón de Aquiles son los niños. Le maravilla la curiosidad e inocencia con la que se aproximan, tan contraria a la suspicacia de los adultos, quienes evitan confrontar la mirada para no sentirse en la obligación de tener que soltar algo de parné.

Cuando un chiquillo se para en frente, no tiene en cuenta la cantidad depositada para obsequiarle con su mejor actuación, pese a la sensación de que Pipo, levantando la cabeza cansinamente, le mire con resignación, como diciendo “ese no es el *business jefe*”-.

Fermín lo ignora, su compañero desconoce lo gratificante que le resulta recibir la sonrisa de un niño, aunque con ella no pueda pagar el alquiler de la fría habitación del piso que comparte con un camarero y un estudiante, en un barrio de las afueras de la ciudad.

Tantas horas estático en pleno mes de diciembre, hacen que al llegar a casa y descalzarse, los pies estén morados por el frío y le duelan horrores. Entonces, sin que nadie se lo pida, Pipo se echa sobre ellos y le regala su calor.

Así pasan las horas, primero contando las monedas recaudadas y después comentando los pormenores de la jornada.

Fermín ya no se siente solo, sabe que su perro le comprende y lo que es más importante, nunca le juzga.

Era el día de Nochebuena y había sido un buen día.

Cenarán juntos, sentados en la cama, dos latas de sardinas con pan de molde y un refresco. Lo comparten todo, la comida, el frío y las esperanzas de un futuro mejor.

La familia de Fermín la estaría celebrando en su acomodado piso de la calle de Alfonso I, en pleno corazón de Zaragoza. Quizás echándole de menos, quizás todavía molestos porque no quiso seguir con el tratamiento del doctor Esquivel, un reconocido psiquiatra con el que su padre solía jugar al golf.

Mañana a las ocho y media volverá a estar en su sitio, *“the show must go on”*.

